
HARLEQUIN
Jazmín
UN MARIDO ADECUADO
RENEE ROSZEL

Jazmín

RENEE ROSZEL

Un marido adecuado



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Un marido adecuado, n.º 1669 - agosto 2019
Título original: Her Hired Husband
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1328-443-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

SALLY forzó una sonrisa mientras miraba a las dos personas que menos le gustaban en el mundo. Era una lástima que prácticamente fueran toda la familia que le quedaba… En su mente sabía que no les debía ninguna explicación, pero su corazón le decía que mintiera.

El sonido de un coche sobre la grava del sendero le hizo comprender que su falso marido acababa de llegar. Suspiró aliviada y bendijo en silencio a su hermano por haber acudido en su ayuda.

–Disculpadme, abuelos –dijo, y corrió hacia la puerta de entrada.

Aunque la palabra «correr» no era la más adecuada para describir sus movimientos, pues estaba embarazada de ocho meses y en aquellas circunstancias no era precisamente lo que mejor hacía. Su corazón latió más rápido mientras abría la puerta y bajaba las escaleras del porche con una mano apoyada sobre la barandilla. Llevaba la otra posada sobre su vientre en un gesto inconsciente de autoprotección.

–Gracias a Dios –murmuró sin resuello. Miró su reloj–. Qué puntualidad…

El hombre que salió del todoterreno tenía mejor aspecto de lo que esperaba. Medía más de un metro ochenta y vestía un polo beige y unos pantalones caqui que le sentaban de maravilla. Sus anchos hombros realzaban aún más su atractivo, al igual que su pelo, negro y brillante como el petróleo de Texas. Sus ojos eran de un intenso azul y sus pestañas, largas y oscuras. Mientras lo miraba, Sally experimentó la punzada de un deseo largo tiempo adormecido. «Menuda situación», se reprendió en silencio. «A él debes parecerle el muñeco del anuncio de Michelin».

Al parecer, Sam había reclutado al camillero más apuesto del hospital. Durante los días anteriores se había preguntado en numerosas ocasiones qué lamentable tipo de hombre habría aceptado seguirle el juego. Aunque también era cierto que, si se empeñaba en ello, su hermano médico era capaz de convencer a un pato de que se metiera voluntariamente en el horno.

No se dio cuenta de que había sonreído al pensar aquello hasta que el hombre le devolvió la sonrisa. Y esa sonrisa hizo que un

agradable cosquilleo recorriera su espalda.

«Basta ya, tonta», volvió a reprenderse. «No te pongas de pronto atolondrada y femenina. Sería una pérdida de tiempo. Solo te está haciendo un favor, así que, ¡adelante!».

El atractivo camillero se acercó a ella con una mano extendida.

–Hola, Sam me ha enviado para…

–Lo sé –Sally tomó su mano y tiró de él para que subiera las escaleras–. Sígueme la corriente –dijo mientras lo hacía pasar al interior–. Ah…, y eres médico –susurró.

Justo antes de entrar en el cuarto de estar se acordó del anillo. Se detuvo, rebuscó en un bolsillo de su vestido, sacó el anillo y lo introdujo en el dedo del hombre. Milagrosamente, encajó.

–He estado a punto de olvidarlo –dijo, y dedicó a su compinche una mirada de complicidad.

Él entrecerró los ojos y la miró con curiosidad. Ella sonrió tímidamente.

–Así es más tradicional –volvió a tomar la mano en que había puesto el anillo y la colocó sobre su propio hombro–. Y ahora, ¡sonríe, por favor! –dijo entre dientes–. ¡Somos tremendamente felices! –añadió y pasó una mano por la cintura del hombre.

Toda aquella farsa con sus abuelos estaba resultando traumática e incómoda en extremo, pero no lo suficiente como para que dejara de notar la solidez del cuerpo de su acompañante y lo bien que olía.

Entraron con paso decidido en el cuarto de estar, una habitación agradablemente desordenada, abarrotada de cosas y bonitos muebles ligeramente ajados. Hasta que había visto el indisimulado desagrado con que sus abuelos la habían observado al entrar, su cuarto de estar siempre le había parecido un lugar acogedor y maravilloso.

Sintió que su vientre se tensaba y supo que no era a causa de una patada de su pequeña, sino de la hostilidad que sentía hacia sus abuelos. ¿Cómo se atrevían a hacerle sentirse inferior sin ni siquiera pronunciar una palabra?

Con un rápido movimiento de la cabeza, apartó a un lado su rabia y se centró en su actuación.

–Cariño, quiero presentarte a mis abuelos, Abigail y Hubert Vanderkellen, son de Boston –dedicó la mejor de sus sonrisas a su falso marido, aunque no se atrevió a mirar de lleno aquellos maravillosos ojos azules–. ¿Recuerdas que te dije que pasarían a hacernos una rápida visita antes de salir hoy mismo para su crucero?

El camillero la miró mientras hablaba. Luego volvió la vista

hacia los abuelos de Sally, que estaban rígidamente sentados en un sofá estampado de flores rojas y amarillas. Sally se preguntó qué estaría pasando por su mente. Casi parecía que estuviera viendo un fantasma.

Al cabo de un momento, volvió la mirada hacia ella con el ceño fruncido. Sally experimentó un arrebato de pánico y lo pellizcó por encima del cinturón. Comprendió que su mirada se endureciera, ¿pero acaso no le había explicado Sam lo importante que era aquello? Ella no mentiría sobre su matrimonio si no fuera absolutamente necesario.

Simuló una risita y centró su atención en sus abuelos.

–Mi… cariñito es un médico estupendo, pero es un poco olvidadizo –miró de nuevo a su falso marido y le dedicó una sonrisa a la vez que le rogaba con la mirada que se ciñera al guion–. Abuela, abuelo, me gustaría presentaros oficialmente a mi marido, el doctor Thomas… Step.

¿Step? Sally se estremeció. Aquel apellido había surgido de la nada. ¿No podía haber pensado en algo más sustancial? Pero ¿qué más daba? A fin de cuentas, sus abuelos se habrían ido en menos de una hora.

–¿Cómo está? –dijo Abigail Vanderkellen sin apartar las manos de su regazo–. Supongo que puedo comprender que ni Sam ni Sally nos dijeran nada sobre vuestro matrimonio –lanzó una mirada desaprobadora a su nieta–. Lo cierto es que hasta ahora ha habido un poco de tensión en nuestra relación.

«¿Un poco?», pensó Sally burlonamente tras una sonrisa forzada. ¡Aquello era como decir que el Titanic se había hundido por un poco de mala suerte!

Abigail Vanderkellen dedicó una severa mirada al camillero.

–Pero, por supuesto, tú estás al tanto de todo eso, ¿no?

Tom se aclaró la garganta y Sally tuvo un mal presentimiento. Le lanzó una mirada aterrorizada, pero ya era demasiado tarde. Habría dado cualquier cosa por saber qué estaba pensando.

–Lo cierto es que no –Tom se apartó de ella y rodeó la mesa de centro–. Puedo decir con toda sinceridad que mi mujer no me ha contado nada sobre vuestra relación –extendió una mano hacia Abigail–. Y mis amigos me llaman Noah –mantuvo su posición hasta que la abuela de Sally se decidió a aceptar su mano. Después, se volvió hacia Hubert–. Thomas Noah Step –añadió mientras estrechaba la mano del abuelo.

El corazón de Sally latía tan ensordecedoramente en sus oídos que no estaba segura de haber oído bien. ¿Thomas Noah Step?

Eso… eso quería decir que, después de todo, iba a seguirle la corriente. ¡Gracias a Dios!

Hubert miró a Noah atentamente.

–Por algún motivo, la verdad es que su rostro me resulta familiar, joven.

–No puedo decir que me sorprenda. Tengo unos rasgos muy comunes –dijo el camillero, sonriente–. Si nos hubiéramos conocido antes, señor Vanderkellen, estoy seguro de que lo recordaría –volvió la mirada hacia la señora Vanderkellen–. A ambos, por supuesto.

Recelosa, Sally vio que su falso marido volvía hacia ella. Era posible que aquel tipo hubiera decidido formar parte de la farsa, pero era evidente que no le gustaba adaptarse a las normas. ¿A qué había venido aquella innecesaria insistencia en decir que se llamaba Noah?

Para asombro suyo, el camillero volvió a pasar un brazo por sus hombros e incluso le dio un afectuoso abrazo.

–Había olvidado que ibais a pasar por aquí –se volvió hacia Sally–. ¿Cuánto tiempo dijiste que iban a quedarse, cariño?

–Eh… una hora.

Tom miró su reloj.

–Ah.

¿«Ah»? ¿Qué significaba eso? ¿Acaso no le había dado Sam ningún detalle? ¿Por qué había fruncido el ceño al mirar el reloj? ¿Acaso tenía que tomar un tren? Aunque, por su aspecto, lo más probable era que se tratara de una cita con una mujer.

–¿Hay algún problema, doctor Step? –quiso saber Hubert.

Noah se volvió hacia él y sonrió.

–Noah. Y no, no hay ningún problema –miró a Sally–. ¿Por qué no te sientas, corazón? –preguntó, a la vez que la conducía hacia un sillón estampado de narcisos–. Pon los pies en alto. Ya sabes cómo se te hinchan los tobillos cuando estás de pie.

Sally miró sus tobillos reflexivamente. No estaban hinchados. No se le habían hinchado ni una sola vez durante el embarazo.

–Mis tobillos están bien… cariño.

Él sonrió, y en esa ocasión la sonrisa abarcó toda su boca y algunos resplandecientes dientes. Sally se dejó caer pesadamente en el asiento, más por una inesperada y repentina debilidad en las rodillas que por un exceso de agua en los tobillos. Debía reconocer que el tal Noah sabía sonreír.

Vio con inquietud que iba a sentarse en el sofá con sus mojigatos abuelos. «¡No digas nada que lo estropee!», rogó en silencio, con la esperanza de que fuera mejor en el terreno de la telepatía que en el

de la obediencia.

–De manera que sois los abuelos de Sally –Noah extendió relajadamente un brazo por el respaldo del sofá–. ¿Por parte de madre?

Hubert y Abigail se movieron al unísono y lo miraron con expresión conmocionada.

–¡Por supuesto! –dijo la abuela, claramente ofendida–. ¡Seguro que eso sí lo sabías!

–No necesariamente –Noah miró a Sally y volvió a dedicarle su sexy sonrisa–. Miradla. ¿Os parece que últimamente nos hemos dedicado mucho a hablar?

Sally no podía creer que hubiera hecho aquel comentario subido de tono. Las mejillas le hirvieron mientras hacía un esfuerzo sobrehumano para mantener la sonrisa. Notó que el bebé daba una patada y apoyó las manos en su vientre. Al parecer, ella no era la única mujer de la habitación que se sentía alterada por la sonrisa de aquel hombre.

–Ca… cariño –dijo, y trató de mostrarse divertida–. Por favor.

El guiño de Noah resultó alarmantemente malicioso.

–Lo siento, corazón, pero ya sabes que me vuelves loco –se volvió de nuevo hacia los boquiabiertos Vanderkellen–. De manera que sois de Boston –añadió en tono animado.

Con aquel comentario, Abigail y Hubert recuperaron la compostura e incluso parecieron henchirse un poco. Ser un Vanderkellen de Boston no era ninguna tontería. Cualquiera que fuera alguien en Boston conocía a Abigail y Hubert Vanderkellen.

–Sí, claro que somos de Boston –dijo Hubert, aunque no sonrió.

–¿Has ido alguna vez allí? –preguntó Abigail mientras jugueteaba teatralmente con el diamante de uno de sus pendientes, a la vez que mostraba los numerosos anillos y sortijas que llevaba en la mano.

–No pretendo fanfarronear –añadió Hubert–, pero la familia Vanderkellen es una de las más antiguas de la ciudad.

–No suelo ir mucho al norte –dijo Noah.

–Es una lástima –Abigail pareció lamentarlo sinceramente por él–. Boston es una de las ciudades históricas más importantes de Estados Unidos.

–Houston también tiene historia –replicó Noah.

–Estoy segura de ello –el tono de Abigail fue tan altanero que lo mismo podría haber dicho «no seas ridículo».

Sally se pasó una mano por el pelo y deseó que el tiempo pasara más deprisa. Solo habían transcurrido quince minutos desde la

llegada de su atractivo compinche. Miró a sus abuelos y no pudo evitar desear que desaparecieran.

Todo su antagonismo afloró a la superficie. Con su aspecto acartonado, su carísima ropa y sus estrechas mentes, permanecían sentados en el borde del sofá como si temieran que la vieja casa familiar fuera a contaminarlos si entraban demasiado en contacto con ella.

Iban vestidos para el frío de Boston, no para las temperaturas de Houston, y debían estar muriéndose de calor, pero eran demasiado refinados como para demostrarlo. Además, nunca se habrían permitido reconocer que Texas existía… excepto en el mal sueño en que su obstinada hija huía para casarse muy por debajo de sus posibilidades.

–Cuando vengáis alguna vez para quedaros más tiempo os daremos una vuelta.

Sally volvió la mirada hacia su falso marido. ¿Qué creía que estaba haciendo?

–¿Cómo? –preguntó Hubert.

–Una vuelta… por Houston –repitió Noah en tono despreocupado a la vez que miraba a Sally–. Nos encantaría, ¿verdad, corazón?

Sus ojos se encontraron. Los de él brillaron. ¡Brillaron! Parecía estar disfrutando con su interpretación de marido tremendamente feliz. ¿Pero a qué venía aquel comentario de dar una vuelta por Houston? Eso era pasarse. Era posible que Sally fuera a pagarle cincuenta dólares por su actuación, pero no tenía intención de meterlo en nómina para siempre.

Lo último que quería era tener que pasar más de una hora con aquella gente insufrible. De todos modos, se obligó a sonreír y a asentir, pues no se fiaba de su voz.

–¿Sabes qué? –preguntó Noah a la vez que se inclinaba hacia delante en el sofá.

Sally no sabía a qué se refería, y no estaba segura de querer saberlo. Tragó saliva.

Noah se puso en pie.

–Lo que necesitamos es algo de beber. Cariño, ¿qué podemos ofrecerles a tus abuelos?

–Oh…, hay té en la nevera –Sally fue a levantarse, pero él se acercó y apoyó una mano en su hombro para impedírselo.

–No te molestes, cariño –se inclinó y la besó.

El contacto de sus labios fue breve, pero su efecto resultó intenso. Aturdida y sin aliento, Sally sintió que un cálido cosquilleo

recorría todo su cuerpo.

–Tus tobillos, ¿recuerdas? –los labios de Noah se curvaron, divertidos. Por fortuna, su cabeza bloqueó la expresión aturdida y las mejillas ruborizadas de Sally–. Señálame la cocina –susurró.

Ella tardó unos segundos en reaccionar, pero finalmente ladeó con disimulo la cabeza hacía su izquierda. Él se irguió.

–¿Quién quiere azúcar? –preguntó por encima del hombro.

–Yo –contestó Sally, y de inmediato se mordió la lengua.

La risa de Noah resonó en el cuarto de estar.

–Eso sí que no se me olvidaría, cariño.

–No creo que tengamos tiempo para tomar un té –dijo Hubert.

–Claro que sí –replicó Noah–. Solo nos llevará un momento.

Hasta que salió de la habitación, Sally no se dio cuenta de lo útil que había sido tenerlo allí para dirigir la conversación. Se aclaró la garganta y unió las manos sobre su regazo.

–Así que… ¿adónde vais a ir de crucero?

–La primera semana incluye una caminata a las pirámides de Cozumel. Después haremos las paradas típicas del Caribe.

–Ah… –murmuró Sally, sin saber qué decir. Sabía tanto sobre las pirámides de Cozumel como sobre Marte. Una vez más, se sintió como la inepta hermana Johnson. Sam, su hermano mayor, era médico. Ella dejó la universidad tras un semestre para concentrarse en sus esculturas de metal.

El año anterior Sam había ido a Boston. Al regresar, le contó entre risas que sus abuelos se referían a ella como «la soldadora»; en un susurro, por supuesto, y en las raras ocasiones en que mencionaban su humillante condición social. El bueno de Sam encontraba hilarante y sin importancia la rígida actitud victoriana de sus abuelos, pero a Sally no le sucedía lo mismo. Cada vez que pensaba en ello, su autoestima se debilitaba. Podía imaginarse a sus abuelos llevándose una mano al corazón y susurrando, escandalizados: «Una Vanderkellen… ¡soldando!». Era algo impensable.

–Tengo entendido que Sam se va esta tarde de vacaciones –dijo Abigail.

Sally hizo un esfuerzo por salir de su ensimismamiento y asintió.

–Va a practicar submarinismo en Bon… Bon… –no lograba recordar el nombre.

–Bonaire –dijo una profunda voz masculina a sus espaldas.

Sally se volvió y vio que Noah acababa de entrar con cuatro vasos altos en una bandeja.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó, y estuvo a punto de llevarse una

mano a la boca. Si no tenía cuidado, ella misma iba a estropearlo todo. Después de todo, Noah conocía a Sam, y era evidente que le había oído hablar de ello.

–¿No te acuerdas, cariño? –Noah la miró mientras dejaba la bandeja en la mesa–. Me has hablado de Bonaire esta misma mañana, mientras nos duchábamos.

Sally notó que se había quedado boquiabierta y apretó la mandíbula. ¿«Mientras nos duchábamos»? ¿Habría oído bien?

Miró preocupada a sus abuelos. Los ojos de Abigail parecían más abiertos que de costumbre y Hubert tiraba del cuello de su planchadísima camisa como si se estuviera asfixiando.

Volvió a mirar Noah, que estaba inclinado sobre la bandeja. Si se estiraba lo suficiente podría darle una buena patada en el trasero. Probablemente se consideraba el camillero más gracioso del hospital.

Optó por contenerse y se aclaró la garganta significativamente, pero él no pareció darse por aludido mientras entregaba dos vasos a sus abuelos. Un destello de naranja y negro hizo comprender a Sally que había encontrado unas servilletas de papel. Desafortunadamente, estaban cubiertas de brujas y calabazas de Halloween. Al día siguiente de la fiesta estaban muy rebajadas y servían perfectamente. No debía sentirse como una anfitriona inferior simplemente por ser práctica y ahorradora.

Cuando Noah le alcanzó uno de los vasos, dijo:

–Seis cucharadas de azúcar, ¿no, cariño?

Ella sonrió sin convicción.

–Perfecto –iba a morir de una intoxicación de glucosa, pero debía seguir adelante con la farsa.

Cuando Noah rodeó su asiento para volver al sofá, le guiñó un ojo, haciendo evidente ostentación de su ilícita colaboración. Ella contuvo el aliento. ¿Y si sus abuelos lo habían visto?

Aunque molesta por su imprudencia, no pudo reprimir una risita. Aparte de muy poco sutil, debía reconocer que el guiño había resultado muy atractivo y sexy. Hizo un esfuerzo por recuperar la compostura y, tras decidir que más le valía simular que le encantaban las seis cucharadas de azúcar, dio un sorbo a su té. Cuando su lengua notó el sabor se quedó sorprendida. Era perfecto. Noah no debía haberle servido más de una cucharada. Lo miró con disimulo y vio que observaba a sus abuelos mientras estos contemplaban sus vasos y se movían incómodos en el asiento. ¿Qué esperaban encontrar? ¿Suciedad?

Abigail acercó el vaso hasta que casi tocó sus labios, pero hizo

una pausa y volvió a dejarlo en la mesa.

–La verdad es que deberíamos irnos –dijo a la vez que miraba su reloj tachonado de diamantes–. ¿No has dicho al conductor del taxi que volviera a recogernos a las tres y media? Deberíamos ir a embarcar.

Hubert miró su reloj.

–El tiempo pasa volando –dijo mientras se ponía en pie.

Noah dejó su vaso y también se levantó.

–Creo que oigo el taxi –alargó una mano y ayudó a Abigail a ponerse en pie.

Al ver que Sally estaba a punto de levantarse, su abuela le lanzó una severa mirada.

–Oh, no te molestes –dijo, e hizo un gesto con la mano como si estuviera apartando un mosquito–. Tu marido puede acompañarnos a la puerta.

Sally se dejó caer de nuevo en el sillón sin protestar. Por su parte no había objeciones. Últimamente le costaba verdaderos esfuerzos levantarse de las sillas.

–Que disfrutéis de vuestro crucero –dijo, y dio un sorbo a su té. Gracias al cielo, el suplicio estaba a punto de terminar. Se relajó contra el respaldo del sillón y cerró los ojos.

Un repentino grito seguido de un ruido ensordecedor le hicieron abrirlos. El angustiado aullido que taladró a continuación sus oídos la hizo saltar de la silla.

Capítulo 2

NOAH sintió un impacto en el estómago y al bajar la mirada vio a Abigail Vanderkellen caída contra él. Instintivamente, tomó a la mujer en brazos mientras veía pasmado que Hubert, a quien Abigail había empujado en su pánico inicial, resbalaba sobre las baldosas de la entrada.

El anciano chocó de costado contra una escultura de metal que parecía representar una parra llena de hojas. Debido al impacto, la escultura se ladeó y cayó contra el suelo con un terrible estrépito. Hubert siguió rápidamente a la escultura. Cuando por fin cesó el movimiento, el señor Vanderkellen quedó aparatosamente arqueado boca arriba sobre la parra metálica.

El aullido que soltó hizo salir a Noah de su momentáneo asombro, y corrió a dejar a la señora Vanderkellen en el sofá.

–¡Ocúpate de tu abuela! –gritó a su falsa esposa mientras volvía a rescatar a Hubert.

En cuanto estuvo junto a este, comenzó a hacerle una exploración preliminar mientras se preguntaba cuándo terminaría aquel largo día de trabajo y comenzarían de una vez sus largo tiempo deseadas vacaciones. El día había sido realmente pesado, y casi había llegado a creer que nunca saldría del hospital. Mientras se dirigía hacia la casa de la hermana de Sam, había tratado de engañarse pensando que sus dolores de cabeza iban a desaparecer durante al menos dos semanas. La atractiva y embarazada señorita que había bajado las escaleras del porche para recibirlo no le había dado ningún motivo para cambiar de opinión… al menos hasta que había tomado su mano, le había introducido en el dedo un anillo de casado y había susurrado que eran tremendamente felices.

Y de pronto había entrado en otra dimensión y se había encontrado cara a cara con un pasado que creía haber dejado atrás hacía media vida, en Boston. No le sorprendió que Abigail y Hubert no lo hubieran reconocido de inmediato. Después de todo, se había ido de Massachusetts después de terminar el instituto y solo había regresado algunas veces para visitar a su familia en Navidad. No había duda de que la vida le deparaba a uno muchas sorpresas.

Mientras examinaba a Hubert deseó estar atendiendo un caso de

última hora en el hospital. Desde que se había presentado en casa de la hermana de Sam, media hora atrás, las cosas habían enloquecido demasiado para su gusto.

Lo único que sabía era que la bonita rubia se sentía terriblemente incómoda teniendo a sus abuelos cerca, aunque no entendía exactamente por qué. No conocía bien a los Vanderkellen, pero nunca le habían parecido unos demonios. Solo un tanto pomposos. A pesar de todo, la evidente consternación de la hermana de Sam había bastado para que le siguiera el juego.

Aquellos grandes ojos grises ejercían un extraño efecto sobre él. O tal vez había sido su avanzado estado de gestación lo que lo había decidido. Siendo tocólogo, era lógico que hubiera querido ayudar a una mujer en su estado…, a pesar de no tener la más mínima idea de lo que estaba haciendo.

Oyó unas voces apagadas en el cuarto de estar y supuso que la hermana de Sam estaba hablando con su abuela, que ya debía haber recuperado la consciencia. Afortunadamente.

–Vamos a llevarlo al hospital, señor Vanderkellen, y allí…

–No –dijo el anciano de inmediato, sin aliento–. Nada de hospitales. No me gustan los hospitales… no necesito ir al hospital.

–¡No lo muevas! –exclamó una voz femenina desde el cuarto de estar–. Tenemos que pedir una ambulancia.

La hermana de Sam apareció en la entrada del vestíbulo.

–¿Cómo está tu abuela?

–Se siente débil, pero está recuperando el color –Sally frunció el ceño–. ¿Qué le estás haciendo al abuelo? –se acercó y tomó un hombro de Noah como si quisiera que se detuviera–. No debes moverlo hasta que llegue la ambulancia.

–Todo irá más rápido si no me agarras –replicó él.

–Necesita un… –Sally hizo una pausa y acercó sus labios al oído de Noah–. Necesita un médico –susurró.

Él se volvió y la miró con cara de pocos amigos.

–Ya lo sé –había estado en el hospital desde las cinco de la mañana. Estaba cansado y no le gustaba que lo agarraran, aunque quien lo hiciera fuera una mujer atractiva–. Vuelve con tu abuela y ofrécele un vaso de agua y un paño húmedo para la frente.

Una mirada de advertencia brilló en los ojos de Sally.

–Pero… cariño… no puedes…

–Es mi lumbago –interrumpió Hubert, y a continuación gimió–. Me ha vuelto a dar, pero no es nada serio.

Sabiendo ya que se trataba de un mal crónico en su espalda, lo único que quedaba era prescribirle un medicamento adecuado y

descanso, pero Noah lo intentó de nuevo.

–Sería mejor que lo examinaran en el hospital.

–¡No! –protestó Hubert a la vez que trataba de erguirse–. No pienso ir. Detesto esos lugares.

–De acuerdo, de acuerdo –dijo Noah–. Ahora estese quieto y deje que lo ayude –con mucho cuidado, alzó al hombre en brazos y lo llevó al cuarto de estar. La señora Vanderkellen estaba sentada y se tocaba el pelo nerviosamente con una mano. Estaba claro que no era una mujer que perdiera la compostura sin sufrir terriblemente por ello.

–Cariño… –Noah trató de no apretar los dientes con aquella mentira.

Su falsa esposa respondió:

–¿Sí… cariño?

–¿Puedes ayudar a tu abuela a trasladarse a un sillón? Sería mejor que Hubert pudiera tumbarse.

Su tremendamente feliz compañera de crimen no parecía tremendamente feliz mientras observaba el rostro de abuela.

–Sí, claro –se acercó a la señora Vanderkellen–. ¿Abuela? Voy a ayudarte a ir hasta el sillón. ¿Crees que podrás hacerlo?

Su abuela tampoco parecía tremendamente feliz.

–Por supuesto. Estoy bien –una vez en el sillón miró a Hubert–. ¿Es la espalda?

Noah asintió.

–Eso me temo –dejó a su gimiente carga en el sofá–. ¿Ya te había sucedido esto antes?

–Sí –Hubert asintió y cerró los ojos, dolorido–. Un músculo se contrae y produce la lumbalgia.

–Cuando sucede, ¿qué te prescribe el médico?

–Permanecer activo y curarse caminando –dijo Abigail en tono cortante.

Hubert hizo una mueca.

–Reposo completo y un relajante muscular –susurró. Era evidente que incluso hablar le costaba esfuerzos–. No recuerdo el nombre de las pastillas.

–¡Está fingiendo!

–Por favor, Abigail –dijo Noah con amabilidad–. Necesito hablar con tu marido.

La señora Vanderkellen se cruzó de brazos y apartó la mirada, ceñuda. Noah volvió a prestar atención a Hubert.

–¿Eres alérgico a algo?

–No.

–Trata de relajarte –Noah palmeó con suavidad su hombro–. Voy a hacer que envíen cuanto antes esas pastillas que necesita.

–Ay, abuelo, lo siento tanto… No debería haber dejado esa escultura de metal en el vestíbulo –Sally se agachó junto a Noah y tomó la mano de su abuelo. Este se contrajo y dejó escapar un prolongado gemido.

–No recomiendo tirar de él –dijo Noah–. Está sufriendo un dolor severo –se irguió y se encaminó hacia el vestíbulo, donde había visto un teléfono.

–No he tirado de… ¿Adónde vas? ¿Qué haces? –preguntó Sally.

El sonido de sus zapatillas deportivas sobre el suelo de madera hizo comprender a Noah que lo había seguido.

–Tu abuelo necesita medicación –dijo mientras descolgaba el auricular del teléfono–. ¿Cuál es la farmacia más cercana?

–La de Bert. ¿Por qué?

En lugar de contestar, Noah marcó el número de información y pidió que le dieran el número de teléfono de la farmacia.

–¿Qué haces? –preguntó Sally, suspicaz.

–Voy a encargar unas pastillas –replicó él mientras volvía a marcar.

–¿Estás loco? –susurró ella–. No puedes…

–Chist –ordenó, y se apartó a un lado–. Buenos días, soy el doctor Noah Barrett y necesito que envíen una receta a… –hizo una pausa, recordó el papel en que Sam había escrito las señas de su hermana y lo sacó del bolsillo trasero de su pantalón– al número nueve de Babolink Lane. El nombre del paciente es Hubert Vanderkellen –mientras explicaba al farmacéutico los detalles sintió que tiraban de su camisa. Miró por encima del hombro, exasperado–. ¿Qué sucede?

–¿Cómo te atreves a hacer un diagnóstico y a solicitar una receta por teléfono? –preguntó Sally en voz baja, indignada–. ¡Hacerse pasar por médico es un delito!

Noah concluyó la llamada, colgó el auricular y la miró con el ceño fruncido. Los ojos de su supuesta esposa estaban abiertos como platos, horrorizados.

–Tú misma has dicho que era doctor –replicó, y sonrió irónicamente–. Si no dejas de cambiar las reglas, podría liarme.

La expresión consternada de Sally resultó curiosamente encantadora. Noah oyó que la señora Vanderkellen reprochaba algo a su marido, pero no logró entenderlo.

–Por cierto… –ladeó la cabeza hacia el cuarto de estar–. ¿Qué le ha pasado a tu abuela?

–¡No cambies de tema! ¡No puedes ir por ahí simulando ser médico! ¡Podrías ir a la cárcel por hacer algo así! –Sally apoyó repetidas veces un dedo en el pecho de Noah–. Los cincuenta dólares que te voy a pagar no bastarían para la fianza.

–¿Cincuenta? –repitió él, sorprendido y divertido al averiguar que la hermana de Sam planeaba pagar a un desconocido para que se hiciera pasar por su marido.

–¡No se te ocurra pedirme más! –dijo Sally–. Y ese beso… ¡Te has pasado!

Noah sonrió.

–¿Quieres devolvérmelo?

–¿Devolvértelo? –repitió Sally, confundida–. ¿Cómo?

Él inclinó la cabeza hasta que sus labios quedaron a escasos centímetros de los de ella.

–Así.

Cuando su intención de besarla quedó clara, Sally se apartó, escandalizada.

–Puedes ser todo lo altanero que quieras en tu tiempo libre, pero ahora mismo estás trabajando para mí.

Noah volvió a sonreír.

–Así que altanero, ¿eh? Es la primera vez que me llaman eso.

–¡Es la palabra más agradable que se me ha ocurrido!

–De acuerdo. Si no quieres devolverme el beso, podemos considerar que estamos en paz. No me debes ningún dinero.

Sally pareció sorprendida, pero el recelo hizo que siguiera frunciendo el ceño.

–No seas tonto. Te pagaré lo que te debo. Y ahora, muévete. ¡Voy a llamar una ambulancia!

–Tu abuelo no quiere saber nada de hospitales y, teniendo en cuenta lo que me ha dicho, creo que tiene razón.

–Así que crees que tiene razón, ¿no? –dijo Sally en tono sarcástico–. ¡Qué alivio! –en ese momento sonó el timbre de la puerta y se quedó paralizada–. ¿Quién será?

–Probablemente es para mí –replicó Noah en tono burlón.

Ella hizo una mueca antes de volverse hacia la puerta. Pero Noah sospechaba de quién podía tratarse, de manera que la sujetó por la muñeca mientras con la otra mano sacaba la cartera de su bolsillo.

–Dale esto –dijo.

Sally no ocultó su confusión al ver que sacaba dos billetes de veinte y uno de diez de la cartera y se los entregaba.

–¿Para qué es esto?

–Tú tenlo en la mano cuando abras.

Sally fue a decir algo, pero otra llamada a la puerta le hizo volverse de nuevo para abrirla.

–¿Sí?

Noah no pudo escuchar la respuesta, pero supo que el visitante era un hombre.

–Oh –susurró Sally–. Oh, Dios mío… –salió al porche y volvió a entrar unos segundos después, muy ruborizada.

–¿Era para mí? –bromeó Noah con una ceja alzada.

Su pregunta pareció sacar a Sally de una especie de trance.

–No… Era un… un camillero.

–¿Le has dado los cincuenta?

–Los ha aceptado –dijo ella, aún aturdida–. Ha dicho que… se los debía… –tras unos segundos, su expresión se endureció y lanzó a Noah una mirada fulminante–. ¿Se puede saber quién eres y qué haces aquí?

–He tratado de decírtelo nada más llegar.

Sally se puso pálida.

–¿Por qué no me lo dices ahora?

Noah miró su reloj. El tiempo pasaba rápidamente.

–Soy un amigo de Sam, y necesito irme de aquí cuanto antes si quiero tomar mi avión.

–¿Por casualidad eres… médico de verdad? –preguntó ella en tono débil.

–No por casualidad, sino tras ocho años de estudios –contestó Noah, y notó que Sally volvía a mirarlo con expresión horrorizada.

Tenía los ojos enormes y llevaba el pelo, casi albino, sujeto en una cola de caballo. Algunos mechones sueltos enmarcaban su rostro formando un etéreo halo. En la oreja derecha llevaba tres pendientes de plata, uno en forma de corazón, otro representaba una mariquita y el tercero, un colibrí. Una camiseta rosa brillante asomaba bajo un vestido premamá estampado que le llegaba justo por encima de las rodillas. Completaban la vestimenta unos calcetines rojos y unas zapatillas amarillas.

Noah nunca habría imaginado a la hermana de Sam Johnson con aquel aspecto. Sam era un hombre moreno, más bien reservado y tranquilo, con gafas, cuya expresión apenas delataba sus sentimientos. Sin embargo, Noah dudaba que su hermana fuera capaz de ocultar una sola de sus emociones.

Desprendía un magnetismo imposible de pasar por alto. Podía sentirlo atravesando el aire, embotando su mente. De lo contrario, y de no ser por aquellos enormes y vivaces ojos, estaba seguro de que

nunca se habría visto envuelto en circunstancias semejantes.

–Así que… ¿eres médico de verdad? –preguntó Sally, asombrada.

–Tengo el título y todo lo demás –bromeó Noah, que por algún motivo que no lograba explicarse, tendía a apiadarse de ella. Posiblemente a causa de aquellos ojos, un poco llorosos en aquellos momentos.

–Pensaba que eras…

–Lo sé. Olvídalo. Sam me había pedido que pasara por aquí de camino al aeropuerto para recoger sus gafas graduadas. El vuelo a Bonaire sale dentro de una hora, así que debo irme al aeropuerto –Noah extendió una mano hacia Sally–. Soy Noah Barrett. Sam y yo vamos a bucear unos días. ¿Te suena?

Sally tragó saliva y tomó su mano. Noah se sorprendió al notar que la de ella era fuerte y tenía callosidades. ¿Qué hacía aquella mujercita a diario? ¿Cavar zanjas?

–Sam dijo algo de bucear –murmuró–. Sabía que hoy se iba de vacaciones.

Noah ladeó la cabeza hacia el cuarto de estar.

–¿Te ha explicado tu abuela qué la ha asustado?

–Ha visto una salamanquesa pasar corriendo y ha supuesto que era un bicho portador de alguna «típica» plaga de Texas –Sally se encogió de hombros–. Supongo que el animal habrá entrado mientras yo estaba fuera contigo. Creo que la he convencido de que lo más probable es que la pobre salamanquesa se haya asustado aún más que ella. La abuela piensa que Texas está a más de mil millas de cualquier sitio civilizado y espera encontrar roedores comedores de hombres a la vuelta de cada esquina.

–He supuesto que no habían venido aquí por mero placer.

–Aun no comprendo por qué han venido –dijo Sally–. Cuanto antes logremos que se vayan, mejor.

–No pueden irse.

Sally miró a Noah con expresión perpleja.

–¿Por qué no pueden irse?

–Tú abuelo está lesionado.

–¿Y el hospital? ¡El dolor es su especialidad!

Noah la observó con seriedad y se preguntó a qué vendría aquella ansiosa hostilidad.

–Hubert no necesita ir al hospital. Solo tiene que guardar reposo en cama. Y, a menos que estuviera inconsciente, creo que nadie lograra hacer que ingresara en un hospital.

Sally miró rápidamente hacia la sala de estar con una expresión

mezcla de beligerancia y pánico.

–Pues aquí no puede quedarse.

–¿Por qué no? ¡Es tu abuelo!

–¡Porque no quiero que esté aquí!

Noah movió la cabeza, desconcertado.

–Se trata de tu familia.

–¿Y qué? No se comportaron como una familia cuando… –Sally cerró repentinamente la boca–. El motivo por el que no quiero que estén aquí no es asunto tuyo.

Aquello era cierto, pero Noah no pudo evitar sentirse intrigado, pues, desde pequeño, su camino se había cruzado en numerosas ocasiones con el de los Vanderkellen en los acontecimientos sociales de Boston. Pero no tenía tiempo para tratar de satisfacer su curiosidad.

–Muy bien, como quieras –dijo, e inclinó levemente la cabeza–. Voy a recoger las gafas de Sam y me voy –señaló hacia la cocina–. Sam pensaba que podían estar en el porche acristalado. Supongo que está ahí detrás, ¿no?

–No las he visto –dijo Sally, seria–, pero sí, el porche está junto a la cocina –se despidió con un movimiento de la mano, dejando claro que tenía asuntos más urgentes que atender–. Ve a ver si quieres.

Noah dio un paso pero se detuvo enseguida.

–Por cierto –susurró–, ¿cómo te llamas?

Sally parpadeó como si acabara de salir de algún lugar oscuro.

–¿Qué?

–¿Cómo te llamas?

–Ah… Sally, Sally Johnson.

A Noah le sorprendió que estuviera soltera, pero supuso que no había motivo para sorprenderse. Había visto muchas madres solteras durante el ejercicio de su profesión. Sin embargo, teniendo en cuenta lo circunspecto y lógico que era Sam, nunca habría imaginado que su hermana fuera tan poco convencional.

–Pues buena suerte, Sally –dijo, y se fue en busca de las gafas.

Volvió al vestíbulo unos minutos después con las lentes asomando por el bolsillo del pantalón. No había nadie en la entrada, pero oyó voces en el cuarto de estar. Cuando se asomó para despedirse, se topó de nuevo con los brillantes ojos de Sally y un nuevo y silencioso ruego en ellos.

–¿Va todo bien? –preguntó contra su voluntad.

Ella hizo un gesto para que pasara.

–Eh… cariño… ¿podrías llevar al abuelo a mi… eh… a nuestro

dormitorio? La abuela y él van a quedarse.

Noah echó un vistazo a su reloj con expresión preocupada.

–Sí… claro.

–Esto es ridículo –dijo la señora Vanderkellen–. ¡En realidad nunca has querido ir a ver las pirámides! Debería haber supuesto que…

Un intenso gemido de Hubert interrumpió la diatriba de su esposa.

–Ha sufrido una caída bastante mala –dijo Noah.

Abigail lo miró con expresión de duda, pero no manifestó lo que pensaba.

–Va a hacer falta una buena propina para que el taxista meta el equipaje en la casa –murmuró–. Ocúpate de eso, Noah.

Tras obedecer, Noah subió a Hubert a la planta superior y lo dejó cuidadosamente sobre la cama de Sally.

–Cuando haya tomado su medicación, te ayudaré a meterlo dentro.

En lugar de contestar, la señora Vanderkellen sacó un pequeño bote de su bolso y roció con él la habitación, dejando en ella un claro olor a desinfectante.

Noah salió al descansillo y estuvo a punto de tropezar con Sally.

–Así que vas a dejar que se queden –dijo–. Es todo un detalle.

–¿Todo un detalle? –repitió ella, claramente desesperada–. Me han dicho que su casa de Boston está siendo completamente redecorada. Piensan que, excepto algún hotel europeo, todos los demás son lugares sucios plagados de gérmenes de miles de desconocidos. Y, por supuesto, nunca se les ocurriría imponer su presencia a unos amigos. ¿Puedes creerlo? ¡No quieren imponer su presencia a unos amigos! Pero a mí sí, claro.

–Son tu familia…

–Estoy segura de que tienes una relación cálida y encantadora con tus abuelos, doctor Garrett –interrumpió ella–, y que son dulces como ositos de peluche. Pero no todo el mundo tiene esa suerte.

Noah no tenía tiempo de meterse en una conversación como aquella, aunque estaba seguro de que Sally se llevaría una sorpresa si lo hiciera. De manera que se limitó a decir:

–Me apellido Barrett.

–¿Qué?

Noah movió la cabeza.

–Da igual. Ha sido interesante conocerte, Sally –dijo, y empezó a bajar las escaleras rápidamente.

–Oh… ¡espera, por favor!

Cuando se volvió, Noah vio que Sally estaba bajando tras él a toda prisa, con una mano apoyada sobre su estómago. Se dirigió automáticamente hacia ella.

–Ten cuidado –dijo, a la vez que la sujetaba por un brazo–. ¿Qué es tan urgente?

–No… ¡no puedes irte! –Sally lo tomó de un brazo y lo llevó de nuevo al cuarto de estar–. ¿Qué voy a decirles a mis abuelos?

–¿Sobre qué? –preguntó Noah, confundido.

–Sobre nosotros… ¡sobre nuestra tremenda felicidad!

Él suspiró profundamente.

–Me da lo mismo lo que les digas –se quitó el anillo que le había puesto Sally y se lo entregó–. Llevo tres años esperando estas vacaciones. Tres años –repitió–. Mi vuelo sale dentro de cuarenta y cinco minutos. Diles a tus abuelos lo que quieras. Diles que he tenido que acudir a una convención, o que unos alienígenas me han abducido. Me da igual. Que tengas suerte.

Sally lo miró con expresión afligida.

–¡Te pagaré!

–No quiero tu dinero.

–¿Qué quieres? ¡Estoy dispuesta a hacer lo que sea! ¿No te das cuenta? Mis abuelos me consideran inferior. Piensan que mi madre se casó por debajo de sus posibilidades, que mi padre era una alguna clase de subespecie inferior solo porque era un bombero de Texas y no pertenecía a una de las familias de rancio abolengo de Boston. Si averiguan que voy a tener un hijo sin estar casada… se reafirmaran en su idea de que pertenezco a la «chusma».

–¿A la «chusma»? –repitió Noah, asombrado–. Lo dudo. Estoy de acuerdo en que criar a un hijo sin padre no es precisamente lo ideal, pero creo que estás dando demasiada importancia a la reacción de tus abuelos…

–¡No es cierto! ¡No conoces a mis abuelos, así que más vale que te guardes tus opiniones! ¡Médicos! –dijo en tono burlonamente despectivo–. Sois todos unos sabiondos insufribles –añadió, enfadada–. El motivo por el que voy a tener este bebé es asunto mío, no de mis abuelos, ni tuyo.

–Parece que voy a tener que recordarte que eres tú la que me ha metido en esto.

–Reconozco mi error –dijo Sally–. Pero sé con certeza que no estoy equivocada respecto a la actitud de mis abuelos. ¡Son las personas más clasistas, rígidas y estrechas de mente del mundo! No podría soportar ver sus expresiones de desagrado si averiguaran que mi bebé procede del congelador de un banco de esperma y que una

especie de cuentagotas hizo de Cupido.

A Noah lo sorprendió averiguar que no había un hombre de por medio. Sally era lo suficientemente bonita como para haber podido elegir al padre de su bebé. Se preguntó por qué habría optado por la inseminación artificial. Tal vez no le gustaban los hombres… Pero, fuera cual fuese el motivo, no era asunto suyo.

–Sé que estás preocupada y disgustada, y lo siento por ti, pero este no es un buen momento.

Sally suspiró y alzó las manos en señal de derrota.

–Es cierto. Esto no es problema tuyo, y tienes que tomar un avión –señaló el equipaje de sus abuelos–. Pero… ¿podrías subir eso antes de irte? Mi abuela sería incapaz de hacerlo, y me temo que yo me pondría de parto si tratara de subir ese baúl por mi cuenta.

Noah lanzó una mirada muy poco amistosa al montón de equipaje, pero dudó solo uno segundo. De algún modo, sabía que discutir con aquella especie de dínamo sería una pérdida de tiempo.

–De acuerdo –se encaminó hacia las maletas–. Pero luego me voy.

El teléfono sonó en ese momento y Sally fue a contestar.

–Es para ti –dijo, y ofreció el auricular a Noah–. Una mujer llamada Jane. Dice que es importante.

–¿Jane? –repitió él, sorprendido. Se suponía que su novia estaba en el aeropuerto con Sam y Dorothy, la prometida de este. Tal vez su vuelo se había retrasado. Por una vez, no estaría mal.

Tomó el auricular de manos de Sally.

–Voy por tus cincuenta dólares –susurró ella.

Él negó con la cabeza y cubrió el teléfono con la mano.

–No te va a servir de nada porque no los voy a aceptar –dijo, y giró sobre sí mismo para indicar que el tema quedaba zanjado–. Hola, cariño. ¿Qué sucede?

–¡Cariño! Ya llevamos un rato esperándote en el aeropuerto. ¿Ha surgido algún problema?

–Yo…

–Ven cuanto antes, Noah. ¡Tengo una sorpresa maravillosa para ti!

Noah sonrió, pero cuando estaba a punto de responder su novia lo interrumpió de nuevo.

–Oh, no puedo soportarlo. ¡Tengo que decírtelo!

Noah dejó de sonreír. Estaban perdiendo un tiempo precioso, pero sabía que sería inútil intentar hacer callar a Jane.

–He hecho un ligero cambio en el itinerario, cariñito. Dorothy me ha hablado de Bonaire, y estoy segura de que no sabes que es un

lugar que carece por completo de vida nocturna. Lo único que se puede hacer es bucear.

Noah experimentó una punzada de aprensión

–Eso es precisamente lo que queremos hacer. ¿Recuerdas que dijiste que querías aprender?

–Claro que quiero aprender, pero he pensado que eso podemos hacerlo una tarde, o tal vez dos. ¡Supongo que no querrás dedicarte a bucear a diario durante las vacaciones! –la voz de Jane había adquirido un matiz ligeramente quejumbroso–. Ya sabes que con lo delicada que tengo la piel no puedo pasar mucho tiempo al sol. Por eso he cambiado nuestras reservas para el mejor hotel de Aruba. Te encantará. Aruba no está muy lejos de Bonaire. Puedes quedar con Sam y Dorothy un par de mañanas para bucear mientras yo duermo. ¡Será una maravilla!

Noah no podía creerlo. ¡Sus planes para las vacaciones se estaban yendo por la borda!

–Supongo que estás bromeando, ¿no? –dijo con la esperanza de que así fuera.

No buceaba desde que era estudiante, y estaba muy emocionado ante la perspectiva de volver a hacerlo. Llevaba mucho tiempo buscando un antídoto para el estrés y las largas horas de trabajo. Amaba su profesión, pero resultaba demasiado agotadora y debía buscar un equilibrio. Necesitaba sosiego y un lugar tranquilo en el que descansar tanto física como emocionalmente.

Su primer esfuerzo por encontrar cierto equilibrio emocional había sido su relación con Jane. Era una mujer preciosa y siempre estaba dispuesta a divertirse. Pero tras dos años de salir con ella empezaba a darse cuenta de que faltaba algo.

–¿Bromeando? –repitió Jane–. ¿Por qué iba a bromear, Noah? Nosotros podemos ir a nuestro aire y ellos al suyo. ¿No te parece un plan maravilloso?

Noah sintió que su estómago se contraía al comprender la detestable verdad.

–No, Jane –murmuró–. No me lo parece.

–¿Qué?

Noah estuvo a punto de reír al oír el tono incrédulo de su novia. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que pudiera estar enfadado, que pudiera pensar que estaba manipulando sus vacaciones egoístamente. Dos meses atrás, para decepción de Jane, había renunciado a un puesto en el Hospital para Mujeres de Boston. «¡El nombre Barrett significa algo en Boston!», había dicho ella. «¡Allí podrías hacer lo que quisieras! ¡Podrías ser importante!».

Para aplacarla, se vio obligado a pedirle a Sam que lo sustituyera mientras llevaba a Jane a pasar un largo y romántico fin de semana a Las Vegas.

Sí, él sabía muy bien lo que significaba el apellido Barrett en Boston, la obligatoria pompa y las obligaciones que conllevaba. Ese era el motivo principal por el que había dejado Boston para asistir a la universidad de Texas y luego al Instituto Baylor de Medicina. Para cuando se graduó había perdido su acento de Boston y le encantaba vestir vaqueros y botas, de manera que se quedó en Houston. El apellido Barrett no significaba nada en allí. Además, le gustaban sus pacientes, especialmente los casos que veía una vez a la semana, cuando trabajaba como voluntario en un hospital de beneficencia.

Recordó las protestas de Jane. «¡También puedes trabajar para una institución benéfica en Boston!». No se molestó en explicarle que sus pacientes no eran meros nombres en una lista, sino personas de carne y hueso que dependían de él.

En esos momentos no solo estaba furioso y frustrado, sino repentinamente cansado de su relación con Jane. Necesitaba un poco de espacio, algún tiempo para calmarse.

Al oír un ruido a sus espaldas, se volvió y vio a Sally subiendo la escalera con una de las maletas. Frunció el ceño cuando se le pasó por la cabeza una idea un tanto singular.

–¿Cariñito? –la voz de Jane lo sacó de su ensimismamiento–. ¿Adónde has ido?

–Pon a Sam al teléfono –murmuró Noah.

–¿Qué?

–Que pongas a Sam al teléfono, Jane –repitió él, esforzándose por contener su genio.

Oyó que Jane llamaba a Sam. Apretó los dientes mientras esperaba.

–Hola, Noah. ¿No encuentras las gafas?

–Ya las tengo.

–Bien. En ese caso, hasta ahora.

–Me parece que no –normalmente, Noah no era un hombre impulsivo, pero en aquellos momentos estaba muy enfadado, de manera que no era exactamente el mismo–. Tu hermana me ha pedido que le haga un favor. Dile a Jane que disfrute de las vacaciones. Me reuniré con ella en cuanto pueda.

Sam rio.

–Muy gracioso.

–Hablo en serio. Te enviaré las gafas por correo.

Se produjo una pausa.

–Jane se va a enfadar mucho.

–Así ya seremos dos.

–¿Te ha contado lo que ha hecho?

–Sí.

Sam se aclaró la garganta.

–Lo siento. No me he enterado de lo que había hecho hasta que hemos llegado al aeropuerto –en el silencio que siguió, Noah sintió que su amigo estaba haciendo esfuerzos para no hablar mal de la novia de su mejor amigo–. Y… ¿cuál es el favor que le vas a hacer a mi hermana?

–Nada demasiado importante –enfadado e inquieto, Noah se pasó una mano por el pelo–. Simplemente voy a ser su marido.

Capítulo 3

SALLY arrastró la pesada maleta por las escaleras mientras trataba de no prestar atención a la conversación que estaba teniendo lugar en el vestíbulo. De todos modos, el doctor había bajado la voz, de manera que no era posible escuchar lo que decía.

No pudo evitar desear que el avión hubiera sufrido algún fallo mecánico y que su falso marido no pudiera irse de inmediato. Así tendría tiempo de buscar alguna excusa para explicar su marcha. Un congreso de médicos podía ser una justificación plausible.

–Menudo caos –murmuró mientras tiraba de la maleta.

De pronto, una mano surgió de la nada y la alivió de su carga. Por fortuna, estaba firmemente sujeta a la barandilla con la otra mano, o de lo contrario habría caído de espaldas a causa de la sorpresa.

–Hola –saludó Noah. Por su expresión, no parecía especialmente encantado.

–Yo puedo ocuparme de las maletas –dijo Sally–. Si tú pudieras subir el baúl antes de irte…

–No me voy –murmuró Noah–. Al menos, hoy.

Ella lo miró, confundida.

–¿Ha… sucedido algo con el avión?

Él negó con la cabeza.

–Acabo de decidirlo… –se encogió de hombros–. Sam me hizo un favor hace un par de meses. He pensado que no estaría mal que echara una mano a su hermana durante un día o dos para devolvérselo –se cambió la maleta de mano y alargó la otra hacia ella–. Será mejor que me devuelvas el anillo.

–¿El anillo? –repitió Sally, aturdida.

Él sonrió, aunque la sonrisa no alcanzó su mirada.

–«Con este anillo yo te desposo…», ¿recuerdas?

–Ah… –Sally se encontró totalmente centrada en aquella cínica sonrisa mientras escuchaba las palabras de la ceremonia nupcial. Una inesperada calidez recorrió su cuerpo, y se preguntó a qué habría venido aquella extraña reacción. Nunca se había casado, aunque sí había estado comprometida. Con un médico. Durante un breve periodo de tiempo. Pero no pudo evitar que su corazón latiera

más deprisa al oír a su falso marido pronunciando aquella frase.

«Contrólate, Sally Johnson», se dijo. «Solo está siendo sarcástico. ¡Además, pareces un autobús de dos pisos con cabeza!».

Temiendo que el calor que sentía en las mejillas fuera un indicio de que se había ruborizado, buscó el anillo de su padre en el bolsillo y se lo entregó.

–No sé cómo darte las gracias, doctor Garrett.

Él dejó la maleta, se puso el anillo y luego la miró con el ceño fruncido.

–En primer lugar, me apellido Barrett, no Garrett, y en segundo lugar, llámame Noah.

–¿No debería llamarte… «corazón», o «cariño», como hemos hecho en el cuarto de estar?

Noah volvió a tomar la maleta.

–Llámame lo que haga falta para que sigamos pareciendo «tremendamente felices». Pero no me llames doctor Garrett.

–¿Qué vas a llamarme tú?

Noah la miró y volvió a sonreír.

–¿Qué te parece «pastelito»? No hay duda de que suena tremendamente feliz.

Sally arrugó la nariz.

–Demasiado empalagoso.

Noah rio y ella sintió otra oleada de calor al oír el grave y cálido sonido de su risa.

–A mí me pareces un pastelito.

–¿Redondo y púrpura?

–Púrpura no. Más bien fucsia.

Sally no supo por qué le hizo gracia aquel último comentario. Era evidente que Noah se estaba burlando de ella, pero tuvo que esforzarse por no sonreír.

–Preferiría que me llamaras «cariño», o «corazón».

–De acuerdo… pastelito.

Sally sintió una punzada de enfado ante la desobediencia de Noah, y frunció el ceño mientras este seguía subiendo las escaleras. Por algún absurdo motivo, no lograba apartar la mirada de él. Se preguntó por qué. Desde luego, no era por lo bien que enmarcaban su trasero los pantalones que llevaba…

Hizo una mueca, irritada consigo misma.

–No desees al doctor, Sally –murmuró–. Recuerda el último médico que… –apretó la mandíbula y bajó las escaleras para tomar otra maleta. Tenía que concentrarse en cómo iban a llevar adelante aquella farsa.

Su pequeño engaño había parecido sencillo para ponerlo en escena durante una hora. ¿Quién podía haber imaginado que las cosas se iban a liar de aquel modo?

Caminaba por el vestíbulo cuando llamaron a la puerta. Era un empleado de la farmacia. Acababa de cerrar cuando Noah reapareció en lo alto de las escaleras. Sally no pudo evitar pensar que parecía tan sexy bajándolas como subiéndolas.

El bebé dio una patada y ella se tocó la tripa.

–De acuerdo –susurró–. El atractivo sexual del doctor no es asunto nuestro.

–¿Me has dicho algo? –preguntó Noah.

Sally negó con la cabeza.

–Estaba hablando con la pequeña Vivica –volvió a tocarse la tripa.

La ceñuda expresión de Noah se aclaró ligeramente.

–¿Una niña?

Ella asintió a la vez que sacaba la caja de las pastillas y la receta de la bolsa y empezaba a rascar el nombre Barrett hasta que quedó prácticamente irreconocible.

–¿Qué diablos haces? –preguntó él.

–¿A ti qué te parece, doctor «Step»?

Con el énfasis en su falso apellido de casados, Noah lo captó.

–Ah, claro. Bien pensado.

–Gracias –Sally volvió a dejar la receta en la bolsa–. Por cierto, Vivica era el nombre de mi madre.

–¿La hija de los Vanderkellen?

–Eso es. Y el segundo nombre de la niña es Charlotte. Así se llamaba la madre de mi padre.

–¿Y para cuando esperas a Vivica Charlotte Step?

–Para dentro de cuatro semanas. El uno de abril –Sally alzó una mano al ver que Noah iba a decir algo–. Lo sé. Lo sé. Es el día de los inocentes, pero Vivica ha prometido adelantarse o retrasarse un poco –alzó la bolsa para entregársela–. Toma.

En lugar de tomarla, Noah levantó del suelo dos maletas.

–Llevádsela Vivica y tú. Yo voy a terminar con esto –empezó a subir las escaleras, pero se detuvo enseguida–. Mi maleta está en el coche. ¿Dónde quieres que la deje?

Sally se quedó momentáneamente desconcertada. No había pensado en las consecuencias de que su falso marido se quedara a vivir allí.

–Eh… Supongo que en la habitación que hay al final del pasillo.

Noah asintió.

–De acuerdo.

La realidad abofeteó de pronto el rostro de Sally. Temblorosa, se agachó con cuidado para sentarse en un escalón. Aparte del cuarto para el bebé, que en aquellos momentos carecía de cama, el dormitorio del final del pasillo era el «único» dormitorio libre de la casa. Desafortunadamente para ambos, Noah Barrett se iba a ver obligado compartirlo con una compañera de dormitorio embarazadísima.

Apoyó el rostro entre las manos y rogó para que su falso marido se tomara bien la noticia. O, al menos, para que se la tomara silenciosamente.

La tarde fue larga. El ambiente estaba cargado de tensión. Hubert pasó casi todo el rato gimiendo e insistiendo en que no podía moverse, mientras Abigail lo presionaba para que se levantara y diera un buen paseo.

Noah estuvo callado y serio. Salió a media tarde para comprar comida para el «delicado paladar» de Abigail, lo que, traducido, quería decir que esta consideraba que cualquier cosa ya abierta en la nevera de su nieta estaba contaminada.

Sally llevó una bandeja con queso recién comprado, melocotones y café recién hecho a su abuela. Mientras bajaba las escaleras se preguntó si el empeño de Abigail de comer junto a Hubert se debía a la devoción que sentía por su marido, o a su temor a que la cocina no estuviera desinfectada.

Cuando entró en la cocina se sorprendió al ver a Noah removiendo los ingredientes que ella había dejado cocinándose en la sartén. Al oír que entraba, él se volvió con expresión impenetrable.

Sally aún seguía preguntándose por qué habría decidido renunciar a unos días de sus vacaciones para ayudarla. El favor que le había hecho Sam debía haber sido muy grande. Era evidente que Noah no se sentía especialmente feliz por haber tenido que tomar aquella decisión. Tal vez debería preguntarle qué había inclinado la balanza en su favor. Más tarde. En aquellos momentos optó por una pregunta más inmediata.

–¿Qué estás haciendo con las patatas y las cebollas?

–Estaban empezando a pegarse.

A Sally la asombró que se hubiera dado cuenta. Sam no lo habría notado ni aunque toda la casa se hubiera llenado de humo.

–Gracias –dijo, y tomó el tenedor de madera con el que Noah

estaba removiendo los ingredientes–. Creo que ya está listo. Podemos comer.

–¿Qué tal una ensalada?

Sally no era muy aficionada a las ensaladas, aunque se había esforzado por incorporarlas a su dieta. Ocasionalmente.

–No sé qué tengo…, pero si quieres una… –señaló la nevera, dándole permiso para husmear en ella.

Noah señaló su vientre, cubierto por un colorido y arrugado delantal.

–A Vivica le vendría bien un poco de verdura cruda.

Sally no estaba acostumbrada a que le dijeran lo que tenía que hacer, pero contuvo su genio. Después de todo, Noah le estaba haciendo un favor.

–Si encuentras algo para preparar la ensalada, adelante.

Noah se puso a buscar en la nevera.

–¿Qué tal está tu abuelo?

–Dormido. Creo que como método de autodefensa. Así no puede escuchar a la abuela acusándolo de estar fingiendo.

Noah se rio.

–Por lo que les he oído, la primera semana de su crucero incluía una larga caminata por las pirámides de Cozumel. Me ha dado la impresión de que Hubert estaba especialmente emocionado ante la perspectiva.

–La siguiente semana iban a ir a la Martinica donde, según Abigail, Hubert tenía planeado jugar al golf, jugar al golf y jugar al golf, deporte que ella aborrece apasionadamente.

Noah se irguió y Sally vio que había encontrado algunos ingredientes para preparar la ensalada.

–Creo que puedes contar con que Hubert se recupere en una semana.

Sally exhaló pesadamente y movió la cabeza.

–Puede que para entonces ya me haya suicidado.

Noah dejó sobre la encimera un tallo de apio, unos rábanos y un par de tomates un tanto arrugados.

–¿Tienes verduras en lata?

Sally no pudo reprimir una sonrisa.

–¿Por qué? A fin de cuentas eres médico. ¿No puedes salvar eso que has encontrado en la nevera?

Noah le devolvió la sonrisa y Sally contuvo el aliento. Incluso sus dientes resultaban sexys. Se preguntó cómo sería en la cama, pero enseguida reprimió su imaginación.

«Nada de pensamientos lascivos, Sally», se reprendió. «Estás a

punto de convertirte en madre. ¡Tus pensamientos deberían ser maternales, no carnales!».

–Lo que he encontrado no está mal, pero estaría mejor si añadiera unas judías verdes y unas zanahorias.

Sally señaló la puerta de un armario.

–Echa un vistazo.

Noah lo hizo así y, tras rebuscar unos segundos, sacó un par de latas.

–Maíz y guisantes –dijo.

Sally hizo una mueca de desagrado.

–Parece una mezcla repugnante. ¿Estás seguro de que Vivica necesita pasar por eso? Ya estoy tomando vitaminas prenatales.

–Te aseguró que le sentará bien.

Cinco minutos después estaban listos para comer. Cuando Sally fue a sentarse a la mesa, Noah retiró la silla amablemente para que lo hiciera.

–No hace falta que te molestes –dijo Sally, un poco avergonzada.

–Eres mi querida esposa, ¿no? –bromeó él mientras ocupaba su asiento.

–¿Acaso eres un actor de método, o algo parecido?

Noah sirvió una generosa ración de ensalada en cada plato y Sally tuvo la desagradable sensación de que le iba a obligar a comérsela.

–Lo cierto es que tengo cierta tendencia a ayudar y consolar a las mujeres embarazadas. Es uno de los gajes del oficio de tocólogo.

Sally no ocultó su sorpresa.

–Ah… yo… –se encogió de hombros y sirvió las patatas con cebollas–. Con la caída de mi abuelo he pensado que eras traumatólogo o algo parecido.

–Pensabas que era un camillero.

Sally se ruborizó.

–Esa broma ha dejado de ser graciosa.

Permanecieron un rato en silencio mientras comían. Después, Noah dijo:

–Sally… quiero decir, «pastelito»… –su burlona mirada atrapó la de ella–. Ya que estamos solos de momento, ¿te importaría satisfacer mi curiosidad respecto a cierto detalle?

Ella sintió una punzada de inquietud.

–Si esperas un cumplido para la ensalada, de acuerdo. Está muy buena. ¿Con qué la has aderezado?

Noah sonrió y Sally tuvo que bajar la mirada a su plato de inmediato para evitar verse afectada por su sonrisa.

–Es una mezcla original de aceite de oliva, vinagre balsámico, pimienta y orégano, pero…

–¿Vinagre balsámico? ¿Dónde has encontrado eso?

Noah señaló una bonita botella azul que había junto a la ventana.

–Ahí mismo.

Sally la miró.

–Así que eso era…

–¿Qué creías que era?

–Me daba lo mismo. Compré la botella porque era pequeña. Me gustaron el cristal y la ramita de romero que llevaba dentro.

–Pues ahora ya sabes que contiene vinagre balsámico, pero cuando he preguntado si te importaría satisfacer mi curiosidad respecto a algo me refería a tu poco ortodoxo embarazo.

Sally lo miró con suspicacia.

–¿Por qué? Es un modo totalmente legítimo de quedarse embarazada. ¿Tienes algo en contra?

Noah siguió sonriendo, pero arrugó la frente como si la agresiva reacción de Sally lo hubiera sorprendido.

–No, en teoría. Pero, ya que eres soltera, me preguntaba qué te habría impulsado a tomar una decisión tan extrema.

Ella alzó la barbilla con gesto desafiante.

–¿Qué tiene de extrema? Quiero un hijo. Y no quiero que un simple conocido pueda reclamarlo, complicando mi vida. Así que fui al banco de esperma. Sencillo.

–Ah –la frente de Noah permaneció arrugada, como si dudara del razonamiento de Sally–. La sencillez.

Ella no estaba dispuesta a ser cuestionada por aquel tipo… ¡casi un desconocido! ¿Cómo se atrevía a cuestionar sus decisiones?

–Sí, sencillez. En primer lugar, me gustan los niños. En segundo lugar, en estos momentos no mantengo una relación estable con ningún hombre y, en tercer lugar, estoy a punto de cumplir veintiocho años.

Noah alzó una ceja con expresión escéptica.

–Comprendo.

Sally miró su plato e hincó el tenedor en una zanahoria.

–No hace falta que lo comprendas ni que te guste –espetó.

–En el ejercicio de mi especialidad veo a diario los resultados de las familias monoparentales. Demasiadas mujeres jóvenes asumen la responsabilidad de criar a un hijo por su cuenta sin la madurez ni el conocimiento necesarios para hacerlo. Quieren un muñeco con el que jugar, o alguien que las quiera. No se paran a pensar antes en el

dinero, el tiempo, la energía y la paciencia necesarias para encargarse de un bebé ellas solas –Noah se inclinó un poco hacia delante y apoyó las manos en la mesa. Para Sally, aquel movimiento resultó agresivo–. Por eso, cuando veo a una mujer joven y atractiva con años y años por delante para tener una familia real y descubro que ha tomado la decisión consciente de tener un hijo sola, no puedo evitar preguntarme si sabe lo que está haciendo.

Aquello hizo saltar a Sally.

–Pues pregúntate lo que quieras, «pastelito», ¡mientras te guardes las preguntas para ti! Para tu información, «doctor» Barrett, no necesito sermones y, desde luego, no necesito un padre, ¡y tampoco lo necesita mi hija! –golpeó la superficie de la mesa con ambas manos y se puso en pie enérgicamente, cosa que en su estado no resultó tarea fácil–. Solo voy a necesitar un marido durante los próximos días. Es una lástima para ambos que tengas que ser tú.

A continuación se quitó el delantal y lo arrojó sobre el respaldo del asiento, molesta consigo misma por haberse mostrado tan ofendida a causa de la actitud de Noah. Era tan estrecho de miras como sus abuelos. Al parecer, había saltado de la sartén al fuego.

–¡Médicos! ¡El mundo se terminará el día que uno admita haberse equivocado!

–Tranquilízate –dijo Noah a la vez que se levantaba–. Estás tan tensa que podrías estallar.

–¡Tampoco es asunto tuyo lo tensa que esté!

–Como tocólogo, y debido a que estás embarazada, si es asunto mío. No tiene por qué gustarte.

–¡Pues no me gusta, así que no te molestes! –advirtió Sally, y a continuación murmuró entre dientes–: ¡Pomposo sabelotodo!

–No creas que no he oído eso.

–¡No creas que me importa que lo hayas oído! –replicó Sally–. Voy a darme un baño –añadió mientras se encaminaba hacia la puerta masajeándose los riñones–. Deja todo como está. Ya fregaré yo luego.

–Ni hablar.

Sally subió las escaleras murmurando sugerencias muy explicitas sobre lo que podía hacer Noah con su tiranía.

Tras tomar un baño, Sally se asomó al dormitorio para decirle a su abuela que el baño quedaba libre. Hubert seguía acostado y roncaba rítmicamente.

–¿Quieres que le suba al abuelo algo de comer?

–No –dijo Abigail, malhumorada–. Puede levantarse y alimentarse por sí mismo.

Sally suspiró.

–Pero… bueno, si necesita algo, avísame.

–El viejo farsante… –murmuró su abuela–. ¡Si tuviera que jugar al golf, seguro que ya se le habría pasado el dolor de espalda! –hizo un expresivo gesto con la mano–. Vete a la cama. Tu abuelo no se va a morir de hambre durante la noche.

Sally cerró la puerta y bajó las escaleras. Ya estaba vestida para acostarse, y lo último que le apetecía en aquellos momentos era ponerse a fregar. Pero dejar la vajilla sucia para el día siguiente solo haría que la tarea resultara aún más desagradable.

Encendió la luz de la cocina y se sorprendió al ver que estaba totalmente recogida. De manera que el doctor había hecho la limpieza, ¿no? Cruzó los brazos sobre su Vivica.

–Hmm –murmuró, y experimentó una punzada de culpabilidad. A pesar de cómo se había puesto ella, Noah se había quedado para fregar los platos, e incluso los había guardado–. Sin duda, es parte de su plan para poder seguir metiéndose conmigo –añadió, y encontró cierto consuelo en su enfado tras decidir que aquello formaba parte de una oscura trama para manipularla.

¡Médicos! Todos tenían complejo de dios. Ellos tenían razón y todos los demás estaban equivocados. La única excepción era su hermano Sam, quien, a pesar de ser médico, la quería tal como era.

Los rescoldos de su animosidad se avivaron mientras subía las escaleras. Ya tenía la mano en el pomo de su dormitorio cuando recordó que, al menos para el futuro inmediato, aquella habitación ya no era suya. Giró sobre sí misma y fue hasta el final del pasillo. La puerta estaba cerrada. Iba a llamar, pero el ruido de la puerta del baño le hizo comprender que su abuela acababa de salir de este, de manera que cambió de opinión.

Tomó el pomo de la puerta y se volvió para dedicar a su abuela una breve y educada sonrisa antes de entrar.

En el interior fue recibida por la visión de su pomposo y dominante falso marido sentado en el borde de la cama y vestido tan solo con unos calzoncillos que más bien parecían un taparrabos.

Al oír que la puerta se abría, alzó la vista. Su expresión de preocupación se transformó en otra de sorpresa al verla.

Pero él no era el único conmocionado.

–Uy… –Sally miró al techo y apoyó la espalda contra la puerta en un instintivo intento de dar a toda aquella piel desnuda un poco más de espacio e intimidad–. No… no podía llamar. La abuela ha

salido del baño justo en ese momento y… Lo siento.

–¿Qué puedo hacer por ti? –preguntó él con suavidad.

Sally movió la mirada hasta la ventana y trató de concentrarse en las cortinas blancas de encaje que se balanceaban hacia la cama como diciendo: «¡Míralo! ¿No es guapísimo? ¡Echa un buen vistazo!»

–Yo… –empezó, pero tuvo que aclararse la garganta para seguir–. He olvidado decirte algo.

–¿Qué?

Noah parecía un poco irritado, pero no podía culparlo.

–Que… –Sally estaba teniendo que hacer verdaderos esfuerzos para seguir concentrada en la ventana–. ¿Podrías…? ¿Te importaría ponerte algo de ropa?

–Ya tengo puesto algo de ropa.

Sally movió la cabeza y lamentó no haber tenido la presencia de ánimo suficiente para decirle la verdad después de cenar, antes de salir de la cocina echa un basilisco.

–No tienes puesta ropa.

Noah se levantó. Ella se dio cuenta porque los muelles de la cama sonaron.

–¿Cuánto tiempo va a llevarnos esto? –preguntó.

Sally se esforzó por no mirarlo.

–¿Por qué?

–Para saber hasta qué punto vestirme.

Ella tragó saliva.

–Simplemente… ponte lo que suelas llevar en la cama.

–Eso implicaría quitarme lo que llevo puesto… –Noah se interrumpió al ver que Sally se ruborizaba–. Creo que estoy bastante presentable. Si quieres, puedes pensar que mis calzoncillos son pantalones cortos para hacer ejercicio.

Sally miró a lo alto al escuchar la última palabra. Más le valía ir directamente al grano para acabar de una vez con aquello.

–Bueno, yo… –movió la cabeza mientras buscaba la manera de darle la noticia–. Es solo que…

Oyó que Noah se acercaba y de pronto se vio enfrentada a la visión de su pecho. Un pecho fuerte, ligeramente cubierto de vello en el centro…

–Es solo ¿qué? –preguntó él.

Sally subió lentamente la mirada hasta sus ojos.

–Vamos a tener que… dormir juntos.

Durante unos interminables segundos, la mirada de Noah no cambió. Luego, sus cejas prácticamente se unieron en el entrecejo.

–Me estás diciendo que, aparte del tuyo, este el único dormitorio que hay, ¿no?

Sally asintió mientras se mordía el interior de la mejilla.

–También está la futura habitación de Vivica, pero de momento no hay cama… –su voz se fue apagando y siguió mordiendo nerviosamente–. Y… y… se supone que somos un matrimonio tremendamente feliz –temiendo que Noah se diera la vuelta y saliera corriendo, añadió rápidamente–: Recuerda que has aceptado quedarte para ayudarme.

Él pareció meditar sobre aquello durante un interminable momento.

–Empiezo a recordarlo –dijo, y sus labios se curvaron en aquella cínica y sexy sonrisa–. De acuerdo… pastelito –se apartó un poco y abrió los brazos como si se estuviera exponiendo en un escaparate–. Por desagradable que resulte la perspectiva, más vale que te acostumbres a mirar los calzoncillos –bajó los brazos e introdujo los pulgares bajo el elástico–. O mí… –añadió en tono burlón–. Tú eliges.

Capítulo 4

NOAH vio que Sally se ruborizaba y se reprendió por haberse burlado de ella haciéndole creer que iba a quitarse los calzoncillos. Ya tenía bastante con el problema de sus abuelos. Además, estaba especialmente emotiva debido al embarazo. No entendía por qué estaba haciendo el tonto de aquella manera. Normalmente no se dedicaba a tomarles el pelo a las mujeres.

Alzó los brazos en señal de rendición.

–Lo siento. Estaba bromeando –al ver que ella se limitaba a parpadear sin decir nada, señaló la cama con un amplio movimiento de brazo–. ¿Cuál es mi lado? –estuvo a punto de añadir «pastelito», pero decidió que ya había sido suficiente por un día. Sally siguió en silencio y él frunció el ceño–. No esperarás que me acueste en el suelo, ¿no?

Por su infeliz expresión, Noah supo que eso era precisamente lo que estaba pensando. No le sorprendió, pero no le apetecía en lo más mínimo tumbarse en el suelo de madera con una manta encima. Ni siquiera la alfombra que había a los pies de la cama resultaba tentadora.

Sally suspiró y movió la cabeza.

–No. Me estás haciendo un favor y mereces dormir en la cama –dijo, y a continuación le dedicó una mirada de advertencia–. Supongo que no necesito recordarte que nuestro arreglo para dormir es meramente platónico –fue a decir algo más, hizo un par de falsos intentos, pero no pareció capaz de encontrar las palabras. Noah tuvo la sensación de que lo que le costaba decir era algo parecido a «de todos modos no estoy especialmente atractiva, así que no creo que vayas a saltar sobre mí», pero, evidentemente, decidió dejarlo. Él se alegró. Sally Johnson era muy atractiva, lo supiera o no. Sin embargo, ya que era reacia a dejarle meterse en su cama, no convenía que dijera nada que pudiera hacerle replantearse su oferta.

–¿Y bien? –dijo Sally.

–¿Eh? Ah, sí. Platónico. Totalmente.

Ella señaló la parte del colchón más cercana a la puerta.

–Si no te importa, yo dormiré aquí. Está más cerca del baño.

Noah asintió.

–No hay problema.

Sally lo miró con expresión seria.

–¿Me ayudas a doblar la colcha?

Era evidente que la perspectiva de compartir la cama con él no le resultaba muy atractiva. Noah adoptó una actitud igualmente seria.

–A su servicio, señorita.

Ella lo miró con suspicacia.

–Esto no tiene gracia.

Él frunció los labios y asintió.

–Desde luego que no.

–Si hubiera otro modo…

–Podrías decirles la verdad a tus abuelos –dijo Noah–. Si te desagradan tanto, ¿por qué te importa lo que puedan pensar?

–Ya te lo he dicho. No quiero que menosprecien a papá.

–Me temo que no te sigo.

–No te estoy pidiendo que lo hagas –replicó Sally en tono beligerante–. Limítate a doblar.

Tras dejar la colcha a los pies de la cama, ella se sentó en el borde de esta. Noah la observó mientras le ofrecía un recatado striptease. Desabrochó el cinturón de su bata y se la quitó primero de un hombro y luego del otro. Después alzó rápidamente las caderas, la retiró y la colgó junto a la cama.

Luego se metió bajo la sábana y una manta ligera, tomó las tres almohadas que había en la cama y colocó una bajo su estómago, otra presionada contra su espalda y la otra bajo la cabeza. Noah observó con lo que debería haber sido un interés totalmente cínico, pero que no lo era.

Tras su bien practicado ballet de almohadas, Sally giró sobre sí misma y le dio la espalda.

–Buenas noches, Noah –murmuró.

–¿Estás segura de tener suficientes almohadas? –preguntó Noah, divertido.

–Sí, gracias –contestó ella sin mirarlo.

–¿No quieres ponerte una entre las rodillas?

–No tengo ninguna más.

–Podrías doblar una toalla…

–Estoy bien –Sally se volvió ligeramente y miró a Noah con expresión repentinamente preocupada–. Ay… me había olvidado de ti.

–Vaya, gracias –se burló él.

Sally se mordió el labio.

–No tengo más almohadas –fue a retirar la que había colocado contra su espalda pero él se lo impidió con un gesto de la mano.

–Quédate tus almohadas, Sally. No suelo utilizarlas para dormir.

Ella dudó un momento.

–¿Estás seguro?

–Totalmente.

–De acuerdo. En ese caso, buenas noches.

–Buenas noches, Sally.

Noah permaneció de pie junto a la cama mientras ella volvía a instalarse con la clara intención de dormir.

–¿Te molesta que lea?

Sally se volvió a mirarlo de nuevo.

–¿Leer?

Noah señaló un libro que estaba en la mesilla.

–Lo he encontrado en la estantería del cuarto de estar. Parece interesante y soy un ave nocturna.

–No te preocupes por mí. Duermo como un tronco.

Noah encendió la lámpara que había en la mesilla de noche y colocó un cojín que encontró en una silla contra el cabecero metálico de la cama. No tenía sueño y, por algún motivo, el libro que una hora antes le había parecido interesante ya no lo atraía. De todos modos lo tomó y lo abrió por el capítulo primero. Tras leer unas páginas estaba prestando más atención al sonido de la respiración de su compañera de cama que a la truculenta novela de suspense.

Probablemente, su inquietud se debía a que nunca había compartido la cama con una mujer platónicamente. Estar acostado con una mujer sin hacer nada sexual no era una experiencia que hubiera tenido muy a menudo. De hecho, no la había tenido nunca. Y no porque fuera una especie de fiera lujuriosa en lo concerniente a las mujeres. De todos modos, estar acostado junto a una mujer encantadora como Sally y tener que comportarse como si no estuviera allí, no era fácil.

Su respiración era suave y regular. En cierto modo, Noah encontraba aquel sonido muy agradable, pero por otro lo inquietaba. Desde luego, no tenía intención de hacer nada sexual. Debía pensar en Jane. Hacía dos años que eran pareja. A pesar de todo, Sally podría tener al menos el detalle de mostrar cierta dificultad para dormir.

Intentó seguir leyendo, pero enseguida comprobó que eso no lo distraía. Molesto consigo mismo, la miró con el ceño fruncido.

–Espero que no ronques –dijo, sin saber qué incorregible parte de su cerebro había insistido en iniciar una conversación… y con un tema tan tonto.

Sally no respondió y, por algún motivo, para Noah su silencio fue como un reto.

–Yo no soy un gran dormilón –añadió en tono despreocupado, atento por si Sally daba alguna muestra de estar despierta.

Pero no fue así.

–¿Sally? –Noah era consciente de que podía volverse en cualquier momento para darle un puñetazo en el estómago, pero eso no impidió que siguiera provocándola–. ¿Estás dormida? –tal vez era a causa del modo en que brillaban sus ojos cuando estaba enfadada, o del aterciopelado rubor de sus mejillas. Fuera lo que fuese, le estaba haciendo comportarse como un estúpido y corría el riesgo de acabar con un ojo morado.

–Sabrás que estoy dormida cuando empiece a roncar –murmuró Sally–. Lee tu libro –al oír que Noah soltaba una risita, se volvió hacia él–. ¿Por qué estás tan animado de repente?

–He pensado que debía advertirte sobre mi sensibilidad a los ronquidos –bromeó él, pero en silencio añadió, «no puedo dejar de mirarte».

Sally lo miró como si fuera un mosquito molesto zumbando en torno a su oído. Luego suspiró y volvió a apoyar la cabeza en la almohada.

–Muchas gracias por la advertencia.

Noah experimentó una punzada de enfado por el hecho de sentirse atraído por una mujer a la que solo conocía hacía unas horas, sobre todo porque era una mujer a punto de dar a luz. Contempló su perfil. Su piel era muy clara y su rostro carecía del más mínimo resto de maquillaje. En realidad, creía que no la había visto maquillada en todo el día.

Parecía tener diecisiete años, pero ya había admitido que era una década mayor, de manera que debía tener al menos veintisiete. Su sutil aroma a jabón de lavanda flotaba a su alrededor, un aroma anticuado en una habitación anticuada con cortinas de encaje, mobiliario de pino y alfombras. Excepto la cama, con su cabecero y su pie de metal que representaban unas ramas enlazadas y cubiertas de hojas, todo parecía de principios de siglo.

La mirada de Noah se vio inevitablemente atraída de nuevo hacia el perfil de Sally. No sabía si dormía o si solo estaba fingiendo. Su camisón blanco de franela tenía un cuello de encaje que se había alzado y cubría la parte baja de su rostro. Por un

momento se centró en sus ojos cerrados. Sus largas pestañas rubias reposaban sobre sus altos pómulos. Su nariz era pequeña, recta y definitivamente aristocrática.

Era una mujer muy atractiva, y le costaba creer que estuviera soltera y sin compromiso. Y su elección de un método de embarazo tan aséptico lo intrigaba. En ciertos aspectos era anticuada, pero su embarazo pertenecía a la era espacial. Era directa y valiente, y sin embargo parecía que sus abuelos la asustaban. Era bella y femenina, y sin embargo no quería un hombre en su vida. Para Noah, aquello era un trágico desperdicio. Por algún motivo, quería averiguar qué motivaba a Sally Johnson.

–Entonces, ¿te gustan los hombres o no? –preguntó de pronto. Al ver que no reaccionaba, se inclinó hacia ella–. ¿Sally? –dijo en voz baja, para no despertarla si realmente estaba dormida. Siguiendo un impulso, tomó el cuello del camisón y lo retiró con delicadeza de su rostro.

–¿Qué crees que estás haciendo?

Noah se sorprendió al oír el tono acusador de Sally. No parecía adormecida. Volvió a apoyarse contra su cojín mientras luchaba por reprimir una indisciplinada sonrisa.

–Solo te estaba colocando bien el cuello del camisón –dijo en tono inocente, y deseó que sus pensamientos fueran igualmente inocentes. ¿Por qué se sentía tan caliente y excitado? Debería avergonzarse de sí mismo.

–Tenía el cuello exactamente como quería tenerlo.

–¿Quieres que vuelva a ponértelo como estaba?

–No –Sally se volvió y le lanzó una mirada desafiante–. Y para responder a tu otra pregunta, claro que me gustan los hombres... mientras no me mantengan despierta haciendo preguntas que no les conciernen. ¿Satisfecho?

Noah asintió.

–Sí. Ya me callo.

Ella se volvió de nuevo con expresión solemne.

–Ahora voy a leer –añadió él, sorprendido consigo mismo por su empeño en dar la lata. Normalmente se quedaba dormido antes de apoyar la cabeza en la almohada. Ese día había empezado a trabajar a las cinco de la mañana, y no entendía por qué no dejaba en paz de una vez a Sally y se ponía a dormir–. Pensándolo bien, creo que tal vez sería un buen momento para que nos conociéramos mejor.

Sally suspiró teatralmente.

–¿No deberías saber algo sobre mí? –insistió Noah–. Podría surgir algún problema.

–Te he dado tu apellido, doctor Step. Puedo improvisar sobre la marcha.

–¿Y si Abigail me pregunta algo mientras tú estás fuera de la habitación y de pronto entras y sueltas algo que contradiga lo que yo le haya contestado?

–Trataré de no «soltar» nada contradictorio. ¿Pero por qué estás tan interesado ahora en que nuestras versiones coincidan? Hace unos minutos me estabas recomendando que dijera la verdad.

–Soy voluble –contestó Noah.

Sally lo miró con cara de pocos amigos.

–Lo que estás haciendo es vengarte de mí por haber perdido el avión.

Noah se puso repentinamente serio al recordar sus vacaciones arruinadas y las maniobras de Jane.

–No. Tú no tienes ninguna responsabilidad en eso.

–¿Y bien? –Sally señaló el libro–. Pensaba que estabas muy interesado en tu novela de intriga.

–Cuando he empezado a leerla me he dado cuenta de que no estaba de humor para asesinatos.

–Qué extraño –Sally se tumbó de espaldas para poder mirarlo mejor–. De pronto, yo sí.

Noah sonrió antes su descarada amenaza. No entendía por qué lo excitaban las réplicas de Sally, pero así era.

–¿Y nuestras historias?

Ella miró el techo con gesto exasperado.

–De acuerdo –dijo, y se cubrió con la sábana hasta la barbilla–. Naciste aquí, en Houston.

–Error.

Sally cerró los ojos y contó hasta diez.

–Lo estoy afirmando, no te lo estoy preguntando.

–Ah –Noah dejó el libro a un lado–. De acuerdo, nací en Houston. ¿Qué más?

–Tienes un hermano mayor y una hermana más joven.

–¿Por qué?

Sally abrió los ojos y frunció el ceño, cosa que hizo que la sonrisa de Noah reapareciera.

–No sé «por qué» tienes un hermano mayor y una hermana pequeña –contestó ella con cansancio–. Es una simple tapadera.

–¿Por qué no puedo ser de donde soy y no tener hermanos? –Noah se inclinó hacia ella–. Como médico, puedo decir sin temor a entrar en contradicciones que el embarazo no anula la capacidad de aprender.

Sally cerró los ojos de nuevo. En aquella ocasión contó hasta veinte.

–De acuerdo –dijo finalmente–. Si así voy a lograr que te calles, lo haremos a tu modo. ¿Dónde naciste?

Noah no estaba seguro de si debía revelar sus conexiones con Boston, pero decidió que la verdad podía servir para que Sally empezara a ver a sus abuelos con mejores ojos. Cuando llegara a conocerlo y comprendiera que era un tipo normal y corriente se daría cuenta de que Boston estaba lleno de personas amistosas…, algunas incluso con dinero y posición social.

–Nací en Massachusetts.

Sally abrió los ojos de inmediato.

–¿En serio?

Noah notó que tenía toda su atención, pero trató de mostrarse despreocupado.

–Alguien tiene que ser de Massachusetts.

Sally se irguió sobre un codo.

–¿De qué parte de Massachusetts?

–De una pequeña localidad sin importancia –al ver que ella fruncía el ceño, añadió–: De acuerdo, puede que hayas oído hablar de ella –sus dudas resurgieron, pero hizo caso omiso de ellas–. De Boston.

Durante los años que había vivido en Texas nunca le había hablado a nadie sobre su infancia y su ciudad, pero al ver el creciente interés de Sally, o más bien su creciente pánico, se arrepintió de haber empezado con ella.

–Eso no es cierto –dijo Sally con cautela–. Hablas como un texano.

Ya estaba hecho. No podía echarse atrás.

–He vivido en Texas desde los dieciocho años –dijo Noah–. Cuando decidí que Houston iba a ser mi ciudad, me sumergí de lleno en su acento. De lo contrario, me costaría verdadero esfuerzo entender a mis pacientes.

Sally tragó saliva y lo miró con expresión seria.

–Di algo con acento de Boston.

Noah se había esforzado realmente por olvidar el delicado y nasal acento de su infancia, pero logró decir unas frases con el auténtico acento de Boston.

–¡Basta! –interrumpió Sally, y lo miró como si acabara de traicionarla–. ¡Es suficiente! ¡Oh… Dios mío!

Noah se arrepintió de inmediato de haberle contado la verdad. ¿Por qué diablos no se había limitado a seguir leyendo hasta

quedarse dormido?

–Pero… no serás uno de los Barrett de Boston, ¿no? –la pregunta de Sally fue casi un ruego–. ¡Eso no es posible!

Como Noah había supuesto, y a pesar del evidente rechazo que manifestaba hacia los «snobs» de Boston, Sally estaba al tanto de su jerarquía aristocrática.

La verdad sobre sus orígenes no iba a hacer ningún bien a su plan. Debería haber esperado antes de contársela.

–No importa –dijo, y movió la cabeza con pesar–. Tienes razón. El doctor Step tiene que haber nacido y haberse criado en Houston. ¿Qué te parece? –se preguntó, sintiéndose como un miserable al ver la expresión abatida de Sally–. El doctor Tommy Noah Step es de Houston. Nos conocimos en… –se interrumpió–. ¿Dónde nos conocimos?

Sally abrió la boca, pero volvió a cerrarla enseguida.

–No pudo ser en el instituto –continuó Noah–, porque yo tengo treinta y cinco años. ¿Qué te parece si decimos que nos conocimos en una cita a ciegas?

–En Boston hay un dicho… ¿Cómo era? –susurró Sally, que, evidentemente, no había escuchado una palabra–. «Los Vanderkellen solo se inclinan ante los Barrett y los Barrett solo se inclinan ante los Vanderkellen». No serás uno de esos Barrett, ¿verdad?

Por el brillo que vio en sus ojos, Noah temió que fuera a romper a llorar en cualquier momento. Se maldijo a sí mismo por haber sido tan cretino. ¿Por qué no había dejado que se durmiera plácidamente? Ya tenía bastantes problemas a los que enfrentarse. Si hubiera sabido que había escuchado aquella ridícula frase, nunca habría sacado el tema a relucir.

–Olvídalo –dijo–. Ahora soy un Barrett de Houston.

Sally se sentó en la cama como impulsada por un resorte, aunque no olvidó cubrirse con la sábana.

–¡Sí que eres!, ¡eres uno de los Barrett de Boston! –se pasó una temblorosa mano por el pelo–. Pero si eso es cierto… ¿cómo es que no te han reconocido mis abuelos?

Noah se encogió de hombros.

–Hubert ha estado a punto. Pero hace años que no…

–¡Ah… eso es magnífico! –exclamó Sally–. Sabía que eras un engreído, ¡pero no que fueras el príncipe de los engreídos!

Aquello enfadó a Noah, pero no contra ella. Debería haber mantenido la boca cerrada. ¿Por qué había pensado que la hostilidad de Sally hacia la alta sociedad de Boston desaparecería al

saber que él era un Barrett de Boston?

–¿Engreído? –repitió, dolido en su ego–. Dame un respiro. ¿Expreso una opinión médica sobre las familias monoparentales y soy el príncipe de los engreídos?

–Mi madre me habló de los Barrett –dijo Sally, pálida.

Noah no podía creer que se estuviera tomando aquello tan mal.

–Dios santo, Sally, mi abuelo es Morris Barrett, un banquero, no Atila, rey de los hunos.

Ella lo miró con ojos brillantes.

–¿Te ha divertido mucho oír mis críticas a la gente rica de Boston? –una lágrima tembló en sus pestañas y se deslizó por sus mejillas. Noah observó su trayectoria con creciente autodesprecio. Apretó los dientes.

–Teniendo en cuenta cuál es mi familia, he pensado que era un poco irónico… de acuerdo… –corrigió tras un suspiro. La verdad no podía hacer que Sally lo odiara más–, y tal vez un poco divertido.

–¡Un poco divertido! –repitió Sally, tensa–. Para tu información, doctor «aristócrata» Barrett, nunca he vivido en Boston, así que el hecho de que tú seas un Barrett y yo una Vanderkellen no significa nada para mí. ¡Yo no me inclino ante nadie! ¿Comprendido? –sus ojos brillaban de hostilidad. Era una visión espectacular, y Noah sintió un impulso completamente absurdo de estrecharla entre sus brazos.

–¡Maldita sea! –murmuró entre dientes–. Solo estaba…

–Riéndote de mí –interrumpió Sally–. ¡Lo sé!

–No es eso lo que iba a decir.

–No me importa lo que fueras a decir –replicó ella a la vez que salía de la cama y tomaba su bata.

–¿Qué haces?

Sally se ató el cinturón de la bata sin molestarse en responder.

–Sally… –Noah también salió de la cama–. ¿Dónde crees que vas?

–Voy a dormir en la mecedora del porche.

–De eso nada –Noah alcanzó a Sally en la puerta y apoyó una mano en esta para impedirle abrirla–. No vas a ningún sitio.

Ella tiró del pomo, pero fue inútil.

–¡Déjame en paz! –exclamó–. Duermo en el porche muchas veces.

–Pues no lo harás mientras yo sea tu marido –afirmó Noah con tono decidido.

–No te emociones con tu papel –dijo Sally en tono irónico–. El espectáculo acabará dentro de un par de días.

–Va a acabar esta misma noche si te vas de la habitación –replicó Noah, asombrado consigo mismo por la vehemente oposición que estaba mostrando a que Sally se fuera.

Ella lo miró al rostro.

–¿Quieres decir que te irías?

–Tú lo has dicho –contestó él, y se aseguró de que su silencio y su intimidatoria expresión no dejaran dudas sobre quién tenía un problema y quién le estaba haciendo un favor a quién.

Aunque con expresión aún beligerante, Sally tragó saliva con esfuerzo. Unos tensos segundos después apartó la mano del pomo.

–De acuerdo, tú ganas –parpadeó para contener las lágrimas y se enfrentó a él con la barbilla alzada–. Me quedo, pero no me gusta tener que hacerlo.

Verla mirándolo fijamente y con el labio inferior tembloroso hizo que Noah sintiera por ella una intensa compasión y algo más…, algo inquietante e innegable. De pronto se sintió optimista y sonrió.

–No te entristezcas tanto. Formamos un buen equipo –apoyó las manos en los hombros de Sally, los apretó con suavidad para darle ánimos y guiñó un ojo–. El Príncipe de los Engreídos y la Princesa Pródiga.

Sin analizar por qué, inclinó la cabeza, acarició los labios de Sally con los suyos y sintió el delicado temblor de los de ella, que lo afectó profundamente.

Luego deslizó las manos por sus hombros hasta su espalda y la atrajo con suavidad hacia sí. Aunque el beso solo pretendía ser superficial y consolador, se encontró prolongándolo. El delicado y sensual sabor de los labios de Sally despertó en él un inquietante deseo. De pronto se sintió muy vivo, cargado de adrenalina. El puro y desnudo placer de la experiencia resultó desconcertante.

Se estaba metiendo en un buen lío.

Capítulo 5

CUANDO los labios de Noah rozaron los de Sally, esta entró en una especie de trance. No se podía mover ni pensar. Solo sentía que la boca de Noah se movía lentamente sobre la de ella, dejando a su paso un rastro de fuego. Un involuntario gemido escapó de su garganta.

El beso era exquisitamente tierno, pero el contacto resultó provocador y muy masculino. Cualquier pensamiento de resistencia quedó olvidado. A Sally la habían besado en otras ocasiones, pero nunca de aquel modo. El mero encuentro con otros labios nunca había despertado en ella un anhelo tan intenso.

Sin pensar en lo que hacía, deslizó las manos por la cintura de Noah y las extendió sobre la piel de su espalda. Aspiró su aroma a limpio, a jabón, disfrutó de la cálida sensación que le producía su piel bajo los dedos… Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que un hombre la había acariciado y besado.

¿Cuánto tiempo hacía que había roto con su prometido? ¿Casi dos años? Hasta que Noah la había besado y había apoyado sus ardientes y seductoras manos sobre ella, no se había dado cuenta de lo alejada que había estado de todo aquello.

Su cuerpo temblaba de deseo y anhelaba ser conquistado con una pasión primitiva y explosiva. Cuando la lengua de Noah presionó sus labios, se rindió a su solicitud con impetuoso abandono y dejó que acariciara con ella el interior de su boca. Su cuerpo estaba al rojo vivo, su corazón latía como un yunque en su pecho…

Y algo más latía en su cuerpo. Se estremeció. Noah dejó escapar un gruñido y se apartó un poco de ella.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó con voz ronca.

Sally tardó unos segundos en volver a la realidad. Aunque las manos de Noah seguían sobre ella, sintió que algún director invisible había gritado «corten» a su improvisada escena de amor. Frustrada, retiró las manos de su espalda y dio un paso atrás.

Noah miró su vientre con el ceño fruncido.

–Tu pequeña Vivica me ha dado un buen patadón –alzó la mirada hacia el rostro de Sally con expresión de disculpa–. Ha hecho bien. Me lo merecía.

Mientras ella pensaba que incluso su ceño fruncido resultaba sexy, Vivica arreció en sus patadas.

«¡Esa patada ha estado muy bien!», dijo su lado racional. «No deberías haber respondido al beso. En primer lugar, se te podría haber adelantado el parto y, en segundo lugar, ¡acabas de conocerlo!».

El comportamiento sexual temerario era algo totalmente desconocido para la naturaleza de Sally. No podía comprender qué le había pasado.

–Ahora… –tuvo que tragar con esfuerzo para poder seguir hablando– ¿me dejarás dormir en la mecedora? –no se atrevía a mirar a Noah a los ojos. ¿Cómo había podido permitir que las cosas llegaran tan lejos?

–Sally –Noah pronunció su nombre con suavidad a la vez que presionaba con delicadeza sus brazos–. Te prometo que no volveré a hacerlo. Además, he visto la mecedora, y ni siquiera está acolchada. No hay razón para que tengas que dormir en algo tan incómodo, especialmente en tu estado. Me portaré bien.

«¡No lo dudo!», susurró un diablillo en la mente de Sally. «¡Hasta ahora has sido espectacular!».

Se frotó los ojos para controlar sus emociones. Sabía que Noah estaba siendo sincero, y que su comentario no ocultaba ningún significado indecente. Y lo que había dicho sobre la mecedora era cierto. Con un reacio asentimiento de cabeza, se volvió hacia la cama.

–Buenas noches.

Volvió a quitarse la bata con dedos temblorosos y se metió en la cama sin mirar a Noah. Sabía que sería más seguro que no volviera a poner los ojos sobre el cuerpo al que había estado a punto de rendirse… o, más bien, al que se habría rendido de no ser por la vigilancia prenatal de la pequeña Vivica.

Apretó los párpados con firmeza mientras sentía que él se acostaba a su lado.

–Nunca había hecho algo así –dijo Noah al cabo de un momento.

–¿A qué te refieres? –preguntó ella, nerviosa.

–Al beso. Nunca había saltado así sobre una paciente.

–No soy una paciente –murmuró Sally–. Además, no has saltado sobre mí.

Él exhaló un largo y profundo suspiro.

–Si lo fueras, me temo que tendría que explicar mi comportamiento ante la Junta de Ética profesional.

Sally sintió una absurda punzada de compasión.

–Olvídalo –dijo–. Yo soy tan culpable como tú de lo sucedido. He estado… sola mucho tiempo. Así que, tal vez… –se interrumpió, horrorizada por haber admitido aquello en alto–. Ahora no quiero hablar más sobre ello –susurró–. Mañana tengo que levantarme temprano.

–Comprendo. No hay problema.

Al cabo de unos momentos, la luz se apagó.

–¿No quieres leer? –preguntó Sally, sorprendida.

–Ni una línea –murmuró él.

Noah despertó al oír el estrépito de lo que parecía un metal golpeando contra otro. Miró hacia la ventana y vio que acababa de amanecer. Fuera, alguna pobre e indefensa pieza de metal estaba siendo de sometida a base de poderosos golpes. Esperaba que no fuera su todoterreno.

Atontado tras una noche en la que apenas había pegado ojo, se sentó en la cama. Se frotó los ojos y se pasó ambas manos por el pelo mientras esperaba a que su cerebro se pusiera en marcha. Los golpes cesaron y suspiró, aliviado.

Volvió la cabeza con cautela para mirar a Sally y se sorprendió al ver que no estaba a su lado. En cuanto saltó de la cama volvieron a sonar los golpes.

–¿Qué diablos es eso? –preguntó al vacío. ¿Habría una fundición o algo parecido en los alrededores? No era de extrañar que Sally se levantara temprano. ¿Quién podía dormir con aquel ruido?

Sacó unos vaqueros y una camiseta de la maleta que había guardado en el armario de Sally, se vistió y salió de la habitación decidido a averiguar el origen de los golpes.

Cuando pasaba junto a la habitación de los Vanderkellen, Abigail se asomó al exterior.

–Bien, veo que vas a detenerla.

Noah supuso que había oído mal, pues lo que había dicho la abuela de Sally carecía de sentido.

–Buenos días, abuela Vanderkellen –dijo, y sonrió–. Disculpa, pero no te he oído bien.

–He dicho que me alegra que vayas a impedir que Sally siga haciendo ese ruido infernal. ¡Es increíble que se ponga a soldar a estas horas de la madrugada!

¿Soldar? ¿Sally? La imagen de la bonita y embarazada rubia como fuente de aquel ruido no encajaba en la mente de Noah.

Pero, ya que estaba interpretando el papel de marido

tremendamente feliz, decidió no decir nada hasta averiguar lo que estaba pasando. Mantuvo su sonrisa

–¿Ruido? –mantuvo su sonrisa mientras se encogía de hombros–. No lo he notado –la expresión horrorizada de Abigail no tuvo precio–. Iba a llevarle una taza de café –improvisó Noah–. ¿Quieres que te traiga una?

–Supongo, ya que no puedo dormir con todo ese… –Abigail se interrumpió, irritada–. ¡Esta no es forma de tratar a los invitados! Pero parece que un comportamiento tan poco cortes es algo aceptable en Texas.

Cerró la puerta de golpe, antes de que Noah pudiera responder, cosa que este agradeció. Cuanto más conocía a aquella mujer más comprendía el rechazo que sentía por ella Sally, a pesar de que no lo encontrara muy razonable. Pero una cosa era evidente; había poco afecto familiar entre los Vanderkellen.

Bajó las escaleras de dos en dos. El ruido lo llevó hasta la parte trasera de la casa. Salió al porche, cruzó un patio bordeado de pinos y llegó a un establo semioculto, sin ventanas y con el techo de chapa galvanizada. La doble puerta de entrada estaba cerrada, aunque eso no servía para amortiguar el discordante y estruendoso «clang, clang» que surgía del interior.

Ni siquiera mientras abría la puerta logró imaginar a Sally Johnson como soldadora. Bailarina, tal vez. Activista político, sí. Incluso trompeta en un grupo de jazz funk. Pero… ¿soldadora? Ni en un millón de años.

El interior estaba iluminado por dos bombillas directamente colgadas de sus cables. Parecía un establo transformado en algo parecido a una herrería.

Deslizó la mirada por una serie de ordenadas hileras de martillos, tenazas, sierras de todos los tamaños y dos yunques. Encadenados a un carrito, entre enormes mesas de trabajo de acero, había varios tanques de acetileno. Una grúa amarilla sobresalía entre todo lo demás como un tyrannosaurus rex con armadura. Una forja cubierta bostezaba, esparciendo chispas y ceniza desde el ardiente interior de su garganta.

En medio del metal y el fuego, Sally parecía pequeña y vulnerable. Estaba de espaldas a él y vestía un peto. Sobre este llevaba un pesado delantal de cuero, además de guantes de cuero y una gorra de visera roja puesta al revés. Unos protectores para los oídos la salvaguardaban del ruido, y unas gafas especiales, de las chispas.

Estaba frente a la ruidosa forja con la actitud de un domador de

leones. El martillo estaba aplastando una chapa al rojo que ella iba cambiando de posición.

Cuando Noah pasó al interior, el calor lo golpeó de lleno en el rostro. El ambiente era sofocante. Se preguntó qué temperatura alcanzaría aquel lugar en un típico día de verano texano. Observó a aquella pequeña mujer con creciente admiración. Una cosa era evidente: no estaba soldando, sino creando.

Una vez resuelto el misterio, miró a su alrededor. Contra una pared se apoyaba lo que parecía media verja, hecha con la forma del ala de una mariposa. Lo impresionó el modo en que el sólido metal había sido transformado en etéreas formas de tan delicada fluidez.

Movió la cabeza. De manera que Sally era una artista del metal. ¿Acaso desconocía Abigail la diferencia entre un soldador y un artista del metal? ¿Era tan snob que pensaba que cualquiera que trabajara con las manos era inferior?

Noah no se había preguntado qué hacía Sally para ganarse la vida, pero nunca habría imaginado algo así, y se había llevado una agradable sorpresa. Mientras observaba el estudio se fijó en una estantería en la que había varios trofeos. ¿Serían de ella? Y si era así, ¿por qué no los tenía en la casa?

Aquella mujer estaba resultando un auténtico enigma. Un enigma muy atractivo, enérgico y frustrante. Se apartó de la mesa y decidió que lo mejor que podía hacer era ir a ducharse y a cambiarse antes de preparar el café para Abigail. Podía hacer sus preguntas luego, cuando no tuviera que gritar para hacerse oír.

Sally se sorprendió al entrar en la cocina y encontrar a Noah apoyado contra el borde de la mesa. Tenía muy buen aspecto allí sentado. Demasiado bueno, con aquella camiseta ceñida y unos vaqueros gastados. Algún día tenía que preguntarle cómo se mantenía un médico en tan buena forma.

Instintivamente, apartó un mechón de pelo húmedo de su rostro.

–Ah… Hola –se frotó las manos contra el peto–. No esperaba que ya estuvieras levantado.

Él se apartó de la mesa y la miró con expresión escéptica.

–¿No pensabas que esa especie de máquina infernal que tienes por despertador me despertaría? Si hay algún cementerio cerca, los muertos deben estar revolviéndose en sus tumbas –tomó su taza de café y dio un sorbo.

–Ah… Normalmente no tengo invitados. ¿El ruido ha despertado

a…?

–A Hubert no, desde luego. Las pastillas que tomó ayer lo dejaron totalmente fuera de circulación. Pero Abigail… –Noah alzó una ceja expresivamente y dejó la frase a medias.

Sally hizo una mueca de pesar.

–Seguro que estará encantada. Odia que le recuerden que su nieta es soldadora.

Noah dejó su taza.

–Ha mencionado lo de la soldadora –señaló la mesa–. Siéntate y toma un café.

–Necesito una ducha.

–Tómate un respiro –Noah fue al armario en que estaban las tazas, sacó una y la llenó de humeante café–. Es la marca que Abigail nos encargó ayer que compráramos. Ese reloj rodeado de diamantes que lleva debe valer al menos veinticinco mil dólares, así que supongo que podrá permitirse dejarnos beber un poco de su exquisito descafeinado Colombia Moca –tomó a Sally de una mano de Sally y la llevó hasta una silla.

Ella aceptó la taza que le ofrecía y se sentó.

–No soy soldadora –dijo.

–Ya lo sé.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Sally, sorprendida.

Noah se sentó en una silla a su lado y señaló hacia el patio.

–He salido. Es evidente que eres una artista. ¿Diseñaste tú nuestra cama?

¿«Nuestra cama»? Su empleo de la palabra «nuestra» produjo una desconcertante calidez interior en Sally. Si Noah supiera que prácticamente había pasado la noche en blanco… Había tratado de dormir, pero solo había logrado simular que lo hacía. Resultaba irónico, pero nunca en su vida se había esforzado tanto por parecer relajada.

Y durante los escasos ratos que había logrado dormir había tenido unos sueños descaradamente lascivos… y Noah Barrett intervenía de forma descaradamente lasciva en ellos. ¿Qué le había preguntado? Ah, la cama. Asintió.

–Me la encargó una pareja que rompió durante su luna de miel. Pagaron la mitad por adelantado, pero renunciaron al resto, de manera que decidí conservarla en lugar de tratar de venderla a alguna otra persona.

–Hiciste un trabajo estupendo.

Sally se ruborizó. No era fácil enfrentarse a la mezcla de aquel cumplido y los seductores ojos azules de Noah.

–Gracias –susurró.
–¿Qué más cosas haces?
Sally se aclaró la garganta.
–Trabajo sobre todo por encargo. Hago verjas, barandillas para escaleras, bancos para jardines… objetos funcionales y únicos.
–¿En qué estabas trabajando esta mañana?
Sally dio un sorbo al café y se sorprendió de su delicioso sabor.
–Está muy bueno –murmuró.
–Gracias.
Ella lo miró con ironía.
–Ah. Así que el sabor se debe tan solo a tu talento para preparar café, ¿no?
Los labios de Noah se curvaron en una peligrosa sonrisa.
–Los cumplidos no van a servirte para cambiar de tema.
Sally parpadeó y se sintió momentáneamente desconcertada, hasta que recordó que Noah le había preguntado en qué estaba trabajando.
–Ah, sí. Es la cuna de Vivica. Tenía que terminar un encargo antes de ponerme con ella –se frotó el dolorido hombro sobre el que había estado acostada toda la noche, sin atreverse a volverse–. Quiero tenerla terminada antes de que nazca.
–No he visto nada parecido a una cuna.
Sally dio otro sorbo a su café y dejó la taza en la mesa.
–Qué halagador.
Noah permaneció en silencio un rato, sin dejar de mirarla. Finalmente se movió y terminó su café.
–La próxima vez me fijaré más atentamente.
–No te molestes.
Noah arqueó una ceja con expresión inquisitiva y abrió la boca para responder, pero la cerró enseguida, como si de pronto hubiera decidido pasar por alto el desagradable comentario.
Por algún motivo, aquello irritó a Sally.
–Sé lo que estás pensando –dijo.
–¿En serio?
–Estás pensando, «voy a pasar por alto su cortante comentario porque está embarazada e incómoda y eso la pone de mal humor». Pero no necesito que me hagas ningún favor, gracias. Mi embarazo no tiene nada que ver con mi actitud –lo retó con la mirada a que la contradijera–. Eso es lo que estabas pensando, ¿verdad?
Noah se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en la mesa.
–En realidad estaba pensando en pasar por alto tu refunfuñona verborrea, pero «comentario cortante» tampoco está mal.

–¿Refunfuñona verborrea? –repitió Sally, cada vez más irritada. ¿Por qué la molestaba tanto la franqueza de Noah? A fin de cuentas, ella se lo había buscado.

–¿Vives de tu arte?

Sorprendida por el desenfadado tono de la pregunta, miró a Noah con cara de pocos amigos.

–Esa es una pregunta bastante personal.

–Soy tu marido, ¿recuerdas? –Noah señaló la segunda planta–. ¿Y si preguntan?

–No lo harán. Asumirán que mi rico marido médico me mantiene.

–¿No quieres que sepan que te ganas la vida con tu talento artístico? No muchos artistas pueden decir eso.

–No me importa lo que piensen.

–Claro que te importa –dijo Noah–. ¿Por qué si no habrías montado esta farsa?

Sally se encogió de hombros.

–No es fácil explicarlo.

–No suele ser fácil explicar las contradicciones en el comportamiento de uno mismo.

Sally sintió la punzada del cinismo de Noah y le dedicó una penetrante mirada.

–Decídete. ¿Eres tocólogo o psiquiatra?

Él la observó un momento.

–Decídete tú. ¿Te importa lo que piensen tus abuelos de ti o no?

A Sally no le gustaba como estaban yendo las cosas.

–Ya te he dicho que es complicado. No quiero hablar de ello –se puso en pie con esfuerzo y se volvió hacia la puerta–. Voy a tomar una ducha. Mientras lo hago, ¿por qué no pruebas a meter las narices en tus propios asuntos?

Acababa de empezar a caminar cuando sintió una mano sobre su hombro.

–Escucha, Sally –dijo Noah–. No es bueno para ti ni para el bebé que estés tensa y enfadada todo el rato –la rodeó para encararse con ella–. Relájate. Date un respiro.

–Dame tú un respiro –Sally trató de liberarse de su mano, pero él no se lo permitió–. Médicos… ¡Creéis tener todas las respuestas! Si dejaras de inmiscuirte en mi vida estaría perfectamente tranquila –alzó la barbilla con gesto beligerante.

–Al menos, dime cuándo nos casamos –refunfuñó Noah–. Eso merezco saberlo.

Aquella petición tomó a Sally por sorpresa. En ningún momento

se le había ocurrido pensar en aquel detalle.

–No sé. Antes de que me quedara embarazada, desde luego.

–¿En mayo pasado?

–Mejor en abril.

–¿Qué fecha de abril?

–Elige el día. Me da lo mismo.

–El primero de abril.

Sally frunció el ceño.

–¿Por qué el día de los Inocentes?

–Me parece una fecha adecuada –murmuró Noah–. Nunca había sentido de una forma tan clara que era el blanco de una broma.

Su irónico comentario hizo mella en Sally. Tenía razón. Le estaba haciendo un favor y ella le estaba pagando comportándose como una bruja malcriada. Llevaba tanto tiempo guardando para sí sus sentimientos y su resentimiento, sus esperanzas y sueños, que la mera idea de compartirlos le producía dolor.

Pero lo cierto era que ni siquiera Sam llegaba a comprender el resentimiento que ella guardaba hacia sus abuelos. Él había ido a verlos varias veces tras la muerte de su madre y había hecho las paces. Pero Sam era un médico todopoderoso. Evidentemente, era el único hermano que había heredado los genes superiores y dominantes de los Vanderkellen, mientras que ella, la soldadora, se había quedado con todas las características inferiores de los Johnson. Todos aquellos prejuicios le revolvían el estómago. Su padre había sido un hombre heroico, un bombero que había perdido la vida por salvar a otros. ¿Cómo se atrevían a…?

Vivica dio una patada y Sally se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. ¡Su rabia y su resentimiento eran tan intensos que podría haberse asfixiado! Noah tenía razón. Estaba demasiado enfadada, demasiado tensa, y eso no era bueno para el bebé.

Alzó la mirada y vio que tenía el ceño fruncido. Tras una larga y dura batalla interna, asintió.

–De acuerdo, tienes razón. Mereces saber algunas cosas –señaló la mesa–. Bébete el café. Hablaré yo.

Noah apartó la mano de su hombro muy despacio. Tras rellenar de nuevo las tazas, se sentó y la miró atentamente.

–¿Y bien?

Sally empezaba a arrepentirse. Durante años había sentido un intenso rencor hacia sus abuelos porque estos repudiaron a su única hija cuando huyó para casarse con un bombero de Texas. Ahora que eran ya mayores empezaban a sentir el aislamiento a que los había

abocado su comportamiento egoísta y cruel. ¿Acaso habían creído que iba recibirlos con los brazos abiertos? Eso era imposible. Ni siquiera se sentía capaz de hablar de ello. Todavía no.

A pesar de todo, le debía a Noah algo por todo lo que estaba haciendo por ella. Con el corazón oprimido y los pies de plomo, se acercó a la mesa y se sentó.

–Contestaré a tu pregunta de por qué decidí quedarme embarazada por inseminación artificial –dijo, aún irritada por estar haciendo aquella concesión–. Eso tendrá que bastar para satisfacer tu curiosidad. ¿De acuerdo.

La única respuesta que obtuvo fue una severa y silenciosa mirada de Noah.

Capítulo 6

SALLY lo miró. El doctor Noah Barrett no iba a hacerle sentirse culpable por guardar para sí sentimientos dolorosos que no concernían a nadie.

–¿De acuerdo? –repitió, y su tono de voz dejó bien claro que aquel punto no era negociable.

Noah se apoyó contra el respaldo del asiento.

–De acuerdo –dijo, y se cruzó de brazos–. Por algo se empieza.

A Sally no le gustó cómo sonó aquello. Era evidente que Noah esperaba que le contara su vida antes de irse de vacaciones. Por ella, podía vivir en su pequeño mundo de fantasía todo el tiempo que quisiera. Los médicos en general, y su actitud de «yo sé lo que es mejor para ti», le daban ganas de gritar.

Noah se aclaró la garganta como para recordarle que no estaba hablando. Sally tomó su taza de café entre ambas manos y le dio un trago. Quemaba.

–No lo bebas tan rápido –dijo Noah.

–¡No me digas lo que tengo que hacer! –le espetó Sally–. Haré lo que me apetezca y cuando me apetezca. ¡Soy una persona adulta y no tengo por qué dar explicaciones sobre mis actos a ningún médico pedante y engreído!

Noah no ocultó su enfado por aquella explosión de mal genio.

–El café está muy caliente. ¿De verdad quieres quemarte la boca? –preguntó.

Sally sintió una nueva punzada de remordimiento. Normalmente no era tan bruja. Hasta aquel momento no se había enfrentado al hecho de que aún estaba dolida por la ruptura con su prometido. Después de todo, Noah no era Wayne, el doctor Wayne Post, quien había dejado muy claro que la esposa de un cardiólogo no podía tener las manos encallecidas, ni podía pasarse el día sudando y dando martillazos junto a una forja de herrero.

Cuando ella rio al oírle decir aquello y le dijo que le parecían tonterías, él la dejó.

Por desgracia, Noah no solo era médico, sino también un Barrett de Boston. Estaba acostumbrado a que gente con las manos mucho menos encallecidas que las de ella le rindiera pleitesía. Se miró las

palmas, endurecidas por su duro trabajo de escultora.

–¿Sally? –dijo Noah–. ¿Estás ahí?

Ella alzó la vista y apoyó de inmediato las manos en su regazo. Cuando su mirada se encontró con la de Noah, se sorprendió al percibir en ella un matiz de compasión.

–¿Sucede algo malo con tus manos? –preguntó él.

–Nada en absoluto –replicó ella.

Noah pareció desconcertado, como si no pudiera comprender por qué motivo la había molestado su pregunta.

–No es nada –añadió Sally en un murmullo–. Simplemente… por un momento me has recordado a mi ex prometido.

Noah frunció los labios como si estuviera asimilando aquella revelación.

–¿Tu ex prometido? –repitió.

–Sí –a Sally no le gustó su tono escéptico–. ¿Por qué? ¿Acaso piensas que es imposible que un hombre me proponga matrimonio?

La mandíbula de Noah se tensó visiblemente.

–Pienso muchas cosas, pero esa no es una de ellas –miró su taza un momento–. Supongo que la ruptura no fue amistosa.

–Era médico, como tú. Y también tenía la detestable costumbre de decirme qué hacer con mi vida. Creo que conviene que sepas que no acepto órdenes con facilidad.

Noah alzó las cejas.

–Cariño –dijo en tono irónico–, no me veo poniéndome del lado de tu ex prometido, pero creo que conviene que sepas que no aceptas órdenes en absoluto –dio un sorbo a su café sin dejar de mirar a Sally por encima del borde de la taza. Su penetrante mirada tenía un sorprendente poder para atrapar y hechizar, y ella fue incapaz de apartar la vista.

Cuando dejó la taza sobre la mesa asintió levemente con la cabeza, como diciendo, «te escucho».

Sally estaba a punto de levantarse e irse, pero algo en la expresión de Noah la contuvo. Esperaba una reacción de dominante insolencia, pero su expresión no daba ningún indicio de que quisiera dominar o exigir. Lo que vio en su rostro, en su relajada actitud, fue mucho más receptivo de lo que habría imaginado. Aunque, como médico acostumbrado a tratar a diario con mujeres embarazadas y susceptibles, lo más probable era que hubiera desarrollado métodos más sutiles de manipular a las pacientes.

Pero lo cierto era que había prometido explicarle por qué había decidido quedarse embarazada por inseminación artificial. Extrañamente, su ira había remitido y volvía a sentir

remordimientos por el modo en que estaba tratándolo. Además, no era justo que lo convirtiera en un estereotipo por el hecho de que fuera médico y un Barrett. Eso era lo que habían hecho sus abuelos con su padre. ¿Acaso no era ella mejor que ellos? Respiró profundamente para darse valor.

–De acuerdo. Decidí quedarme embarazada de ese modo porque me encantan los niños.

–Eso ya me lo dijiste ayer.

Sally frunció el ceño.

–¿Sí? De acuerdo. En mi familia ha habido varias generaciones de mujeres con problemas… femeninos. Mi madre tuvo que someterse a una histerectomía a los veintinueve años, y su madre… –señaló la planta superior con un dedo–, la abuela, tuvo el mismo problema. También lo tuvo la hermana de esta. Solo hubo una tía abuela en la familia que no necesitó hacérsela antes de los treinta, así que supuse que tenía muchas probabilidades de sufrir el mismo problema y decidí tener un hijo antes de que fuera demasiado tarde –concluyó con firmeza–. ¿Lo ves? Los motivos que me han llevado a quedarme embarazada de este modo son completamente lógicos.

Noah permaneció en silencio, con expresión seria. Finalmente, preguntó:

–¿Cuál es exactamente el problema médico?

Sally se encogió de hombros y apartó la mirada.

–Tumores fibrilares. Por algún motivo, las mujeres de mi familia los desarrollan antes que la mayoría.

–¿A ti te los han diagnosticado?

Sally se sintió como si la hubieran trasladado al consultorio de un médico.

–¿Vas a cobrarme por la consulta? –preguntó, sin molestarse en ocultar su fastidio. El hecho de que no le hubieran diagnosticado los tumores no ayudaba a su argumento, de manera que se guardó aquella información–. Es curioso, porque no recuerdo haber pedido cita.

–Trato de obtener una visión clara…

–La única «visión» clara que pretendo darte es la solidez de mis argumentos para haber elegido la inseminación artificial. Además, no te he prometido una conversación sobre el tema, y tampoco te he pedido consejo como médico. Simplemente he dicho que te daría una explicación, y ya lo he hecho. Estoy embarazada, soy feliz y no te estoy pidiendo que apruebes mi conducta.

–No, me estás pidiendo que la encubra.

Aunque Noah dijo aquello con suavidad, para Sally fue como

una bofetada. Abrió la boca para replicar, pero algo le hizo contenerse. Una vocecita en su interior dijo: «solo porque su comentario te haya dolido no quiere decir que no sea cierto». Bajó la mirada y apretó los puños, frustrada.

–Espero que seas realmente feliz –dijo Noah.

–¿Qué se supone que significa eso?

Noah apoyó un antebrazo en la mesa y se inclinó hacia ella.

–Significa que ser madre es un deber muy duro, y lo es más aun estando sola.

–¿Y crees que no lo sé? –replicó Sally a la defensiva–. ¿Crees que no pensé seriamente en eso antes de tomar la decisión?

–Espero que sí.

El tono de duda de Noah hizo que la beligerancia de Sally aflorara de nuevo.

–¡Esto es magnífico! –exclamó a la vez que se ponía en pie–. Arriba tengo un par de snobs condescendientes y abajo un pelmazo condescendiente. ¿Con cuál debería quedarme? –apoyó una mano en la frente y simuló concentrarse profundamente. Un segundo después miró a Noah con gesto irónicamente sorprendido–. Qué curioso. Después de todo no ha sido nada difícil elegir –para enfatizar su hostil retirada, giró para ofrecerle una visión de su espalda, más tiesa que el palo de una escoba, y salió de la cocina sin decir nada más.

Exactamente veinticuatro horas después, Abigail tuvo el detalle de honrarlos con su presencia en la cocina. Al parecer, había decidido que los gérmenes y las alimañas eran preferibles a los gemidos y los ronquidos de Hubert. Pero antes de que saliera de su habitación, Noah tuvo que asegurarle que su nieta era una obsesa de la limpieza. Aquello puso aún más nerviosa a Sally.

Se le pasó por la cabeza alquilar algunas cucarachas para que se dispersaran por la mesa del desayuno, simplemente para sacar de quicio a su abuela, pero, por supuesto, ella nunca habría hecho algo así. Ni siquiera a una cucaracha.

Abigail llevaba apenas diez minutos en la cocina cuando Sally fue testigo de un auténtico milagro. La boca siempre fruncida de su abuela se curvó en una sonrisa. Fue una sonrisa muy breve, pero real.

Aún molesta por la actitud de Noah hacia su embarazo, Sally había ocupado una silla frente a él. Apenas habían hablado el día anterior, y esa noche él se había metido en la cama sin decir

palabra. Ella había encontrado dos almohadas más en un armario y prácticamente había construido una fortaleza a su alrededor, de manera que no estaba muy segura de que Noah la hubiera llegado a ver. Si era así, había perdido su afán por hablar con ella. Pero lo peor de todo era que, a pesar de sentirse segura tras su fortaleza, Sally no había dormido mejor que la noche anterior.

Bostezó.

–¿Tienes sueño, pastelito?

Sorprendida al verse tan rápidamente incluida en la conversación, Sally miró a Noah. Cerró abruptamente la boca y negó con la cabeza.

–No… estoy bien.

La sonrisa de Noah pareció genuina. Si alguna vez le iba mal como médico, podía reciclarse de actor.

–¿Estás segura? –preguntó.

Sally logró contener su genio por los pelos.

–Por supuesto. ¿Por qué lo preguntas?

Noah señaló a Abigail.

–La abuela te ha hecho una pregunta.

Sally parpadeó, confundida, y reprimió otro bostezo.

–Eh… ¿qué me has preguntado, abuela?

Abigail tamborileó con sus dedos cargados de sortijas sobre el correo del día anterior, que se hallaba sobre la mesa.

–Te he preguntado que por qué no utilizas el apellido de tu marido. ¿Por qué viene el correo a nombre de Sally Johnson? A fin de cuentas, ya lleváis un año casados, ¿no?

–Bueno… yo… –Sally lanzó una rápida mirada de pánico a Noah. Este parecía tan interesado en su respuesta como Abigail.

«¡Ayúdame!», exclamó telepáticamente.

–Yo… –miró a su abuela mientras ponía a funcionar los engranajes de su mente a todo marcha. Pero no le sirvió de nada. ¿Cuándo iba a aprender que si quería mentir debía practicar mucho más?

El sonido de una silla al ser apartada de la mesa llamó su atención. Noah se había puesto en pie.

–No tanto como un año, abuela –dijo Noah, a la vez que dirigía una sonrisa de «te lo había advertido» a Sally–. El uno de abril es nuestro aniversario –rodeó la mesa–. ¿Lo ves, cariño? Te dije que habría complicaciones.

¿Complicaciones? Sally se sentía confundida, y no podía decirse que la confusión beneficiara precisamente su proceso mental.

–Abuela –continuó Noah a la vez que palmeaba la mano de

Abigail–, mi pastelito decidió mantener su apellido por motivos profesionales.

–¿Motivos profesionales? –repitió Abigail en tono desaprobador. Tras una pausa, y con un expresivo gesto de la mano, añadió–: ¡Paparruchadas!

–Creo que eso fue exactamente lo que dije yo –la sonrisa ladeada de Noah hizo que el corazón de Sally latiera más rápido–. Paparruchadas –repitió, y sus ojos brillaron con picardía.

Mientras se acercaba a ella, Sally solo fue capaz de mirarlo. Se movía con una elegancia y una agilidad nada habituales en un hombre tan alto y fuerte. Con la brillante luz de la mañana a sus espaldas, era una visión demasiado estimulante para una mujer en su estado. Cuando pasó un brazo por sus hombros, se estremeció y tuvo que reprimir un grito de sorpresa.

Noah se inclinó hacia ella.

–Pero estoy seguro de que acabaré convenciendo a mi pastelito para que añada el apellido Step a su nombre, abuela –apoyó un dedo bajo su barbilla y le hizo alzarla. Un instante después, su boca cubría la de ella. El beso fue breve, cálido y delicado, como si fuera un marido besando a su esposa en presencia de la familia. Pero la sensación que recorrió a Sally no fue precisamente breve y delicada. Pero sí cálida. El beso de Noah había sido cálido. Demasiado cálido. De hecho, sintió que su cuerpo se derretía a la vez que parte de sus funciones principales, como respirar, ver, hablar y oír, quedaban en suspenso.

Cuando volvió a hacerse consciente de lo que la rodeaba, Noah estaba en el otro extremo de la cocina, sirviendo café y sonriendo a Abigail. Al parecer, habían seguido adelante con su conversación sin fijarse en que ella había abandonado el planeta. Tragó saliva y le alegró comprobar que al menos había recuperado parte de la movilidad, y también podía ver y escuchar. Respiró profundamente.

Nunca le había afectado tanto el beso de un hombre. Maldijo en silencio sus hormonas. Solo ellas podían ser las causantes de su reacción. Temblorosa, bajó la mirada hacia su recipiente de avena con pasas. Ya no salía humo del cuenco. ¿Cuánto tiempo habría estado sin enterarse de nada? Cuando Noah regresó a la mesa con dos tazas, lo miró con severidad.

–Toma, cariño –dijo él a la vez que dejaba una taza junto a ella–. Abigail… –entregó la otra taza a la abuela de Sally.

–Gracias, Noah.

Sally miró a su abuela, extrañada por el tono vagamente cantarín de su voz. ¿Estaría empezando a entusiasmarse con Noah?

Había supuesto que el hecho de que fuera texano, superaría a ojos de Abigail, el hecho de que fuera médico. Si realmente le caía bien, Noah había logrado algo realmente difícil.

Los observó mientras charlaban y empezó a morderse el interior de la mejilla. Un pensamiento irónico cruzó su mente. Su abuela se quedaría horrorizada si averiguara que el hombre al que había estado gritando absurdas órdenes durante las últimas cuarenta y ocho horas era nada menos que un auténtico Barrett de Boston.

El cuarto e interminable día de la estancia de los Vanderkellen en casa de Sally coincidió con el cumpleaños de esta. Había dejado de trabajar por las mañanas para no molestar con el ruido, pero eso hacía que cada vez viera más lejana la posibilidad de que Vivica pudiera estrenar la cuna que le estaba haciendo. Aquel era otro de los aspectos negativos de la situación en que se encontraba.

Cuando despertó aquella mañana, se volvió hacia Noah, un acto no intencionado que realizó antes de que su parte consciente entrara en funcionamiento. La sorprendió descubrir que no estaba. Olfateó el aire y creyó percibir aroma a café. Sonrió y se estiró como un gato. Había algo que no podía reprochar a Noah, y era su café. Si ejercía su profesión tan bien como preparaba el café, debía ser un médico increíble. El mayor problema de tener a Noah Barrett como ginecólogo y tocólogo era que estaba demasiado bien…

Sally se irguió mientras imaginaba a Noah haciéndole un reconocimiento.

Un intenso rubor cubrió sus mejillas.

–¡Guau! –murmuró–. ¡La fantasía está subiendo de tono rápidamente! –apartó un mechón de pelo de su rostro y sacó los pies de debajo de las sábanas–. Es hora de levantarse, de vestirse y, sobre todo, ¡de dejar de pensar en las manos de Noah!

Cuando entró en la cocina, no la sorprendió encontrar a su falso marido sentado a la mesa charlando con Abigail.

–Noah –dijo la abuela de Sally–, sé buen chico y tráeme otra taza de café.

Noah miró a Sally y su expresión cambió ligeramente. Estaba sonriendo, pero su sonrisa se ensanchó al verla.

–Por supuesto, abuela –se levantó, pero antes de ir por el café apartó una silla de la mesa para Sally–. Buenos días, dormilona.

Vivica dio una patada y Sally se preguntó si tendría algo que ver con su propia reacción ante la sonrisa de Noah. Cada vez que él le sonreía, Vivica reaccionaba. ¿Tendría tanto poder como para excitar

a las mujeres incluso antes de que nacieran?

Apartó aquel absurdo pensamiento de su mente, probablemente surgido a causa de la falta de sueño, y se centró en su papel.

–Gracias, cariño –fue hasta la silla y acercó su mejilla a Noah para que la besara. Aquello era más seguro que el último beso que se habían dado. No quería volver a sentirse tan confusa y estimulada. Eso hacía que permaneciera despierta por las noches y que perdiera el apetito, lo cual no podía ser bueno para Vivica.

Noah aceptó su remilgada invitación y la besó muy cerca de los labios. Sally se preguntó si lo habría hecho para burlarse de ella o si habría sido un mero accidente.

–Siéntate, cariño. Yo te sirvo el desayuno.

Sally miró el plato de su abuela. Contenía algo parecido a una tortita enrollada llena de fruta y requesón, con sirope. Fuera lo que fuese, no parecía encajar en absoluto con la dieta que seguía Abigail desde su llegada. Tres hurras por Noah, el hacedor de milagros.

–¿No tomas yogurt esta mañana, abuela?

Abigail tomó un bocado de su plato, lo masticó y lo tragó antes de hablar.

–¿Cómo iba a negarme a la oferta de Noah de preparar unas crêpes de fresa y requesón?

Sally miró la comida.

–Esa es una buena pregunta –murmuró mientras Noah le alcanzaba su plato. Ella tampoco tenía idea de dónde habían podido salir las crêpes.

–¿Qué es esto? –preguntó.

–Tu desayuno.

–¿Lo has preparado tú?

Noah apoyó una mano en su mejilla y la miró con un afecto aparentemente real.

–Naturalmente. Hoy es domingo. Siempre preparo tus crêpes favoritas el domingo.

Sally no había tomado una crêpe en su vida, pero, por su aspecto, no debía estar muy malo.

–Ah… ¿ya es domingo? –improvisó–. Cómo pasa el tiempo –se obligó a sonreír–. Tienen un aspecto estupendo, como de costumbre.

Noah se sentó.

–Gracias.

–Nunca hubiera imaginado que los texanos supieran algo de crêpes –con gran delicadeza, Abigail se limpió los labios con la servilleta–. La verdad es que estas están bastante buenas.

Sally reprimió un gruñido. ¿Texanos? Lo había dicho con una mueca, como si la palabra le dejara mal sabor de boca.

–Nosotros preferimos el revuelto de maíz y sorgo –Noah guiñó un ojo a Sally–, pero las crêpes tampoco están mal.

La expresión de Abigail dejó bien claro que no tenía intención de probar nada parecido. Sally tuvo que reprimir una sonrisa a la vez que dedicaba a Noah una mirada de advertencia. Este la pasó por alto.

–Es el plato favorito de tu nieta –añadió.

Sally se aclaró la garganta. La desobediente risita aún parecía empeñada en surgir. ¿Qué le pasaba? ¡Aquello no era divertido!

–Lo cierto es que me encanta la papilla de maíz, pero durante el embarazo no estoy comiendo nada frito.

–Va a ser una madre estupenda –dijo Noah, con expresión totalmente sincera. Pero a Sally no podía engañarla. Ella sabía que no le parecía bien lo que estaba haciendo. Su enfado resurgió y apartó la mirada. Para disimular, tomó un bocado de crêpe–. Mmm… Está buenísimo –dijo, y se mordió la lengua al darse cuenta de que había hablado en alto. «¡No deberías sorprenderte, tonta! ¡Se supone que las crêpes del domingo por la mañana están riquísimas!».

–Es tan dulce que siempre me felicita, abuela –dijo Noah–. Gracias, amor.

Sally se negó a mirarlo a los ojos pero, en beneficio de la farsa, sonrió y trató de poner cara de enamorada.

–De nada… cariño –contestó, y siguió comiendo.

Tras unos momentos de silencio, Abigail dijo:

–Noah, ¿por qué elegiste ejercer la medicina en este… páramo? Deberías llevar a tu esposa a Boston. Por desgracia, tu acento rústico podría cerrarte algunas puertas, pero con los contactos de los Vanderkellen podrías llegar muy lejos –suspiró audiblemente–. He tratado de convencer muchas veces a Sam para que se traslade, pero se niega a hacerlo –tras una pausa, añadió–: Creo que siente que Sally lo necesita.

Se produjo otra pausa durante la cual Sally tuvo que apretar las mandíbulas para no gritar «¡Sam puede irse adonde quiera! ¡No soy una niña y no necesito que me vigilen solo porque me parezca más a mi padre que a mi madre!».

Noah carraspeó.

–Creo que ha llegado la hora de mi sorpresa.

Sally lo miró, confundida. ¿Más sorpresas? La de las crêpes ya había sido bastante. ¿Podría soportar una más?

Noah fue hacia la puerta y Abigail observó cómo se alejaba.

–Me pregunto qué estará haciendo –dijo la abuela.

Sin saber qué decir, Sally sonrió débilmente.

–Uy… Noah está lleno de sorpresas.

Esperaba que regresara a la cocina con un Hubert completamente recuperado. Sabía que Noah había examinado varias veces a su abuelo. Tal vez consideraba que había mejorado lo suficiente y pensaba sorprender a Abigail con la buena noticia.

Sus esperanzas crecieron. ¿Sería posible? «¡Por favor, por favor, que sea cierto!». Sería un maravilloso regalo de cumpleaños ver desaparecer a Abigail y a Hubert.

Capítulo 7

LO QUIERES mucho, ¿verdad?

Sally aún estaba mirando la puerta por la que había salido Noah cuando Abigail hizo aquella pregunta. Sorprendida por el hecho de que su abuela, prácticamente una desconocida, hubiera hecho una observación tan personal, se volvió hacia ella.

–¿Qué?

Abigail no sonrió, pero tampoco arrugó el ceño.

–He dicho que lo quieres mucho. Se te nota en la cara.

Sally estaba anonadada, pero trató de disimular. En aquella ocasión, el rubor de sus mejillas sirvió para dar credibilidad a la farsa.

–No te avergüences, jovencita –dijo su abuela–. Es un hombre estupendo.

Sally solo pudo mirarla. Quería gritar: «¡También lo era mi padre! ¡Te habría encantado si le hubieras dado la más mínima oportunidad! En lugar de eso, como no pertenecía a vuestra clase, repudiaste a tu propia hija por haberse casado con él. ¡Eres una mujer altanera y pretenciosa y me da igual lo que pienses!».

De pronto sintió una mano sobre la suya. Unos fríos dedos se la estrecharon.

–Me alegra que hayas decidido llamar a tu hija Vivica –los ojos de Abigail brillaron y Sally se dio cuenta de que eran del mismo tono verde suave de los de su madre. En aquellos momentos parecían menos severos y fríos que de costumbre. Por un instante pudo ver a su madre en el rostro de Abigail y experimentó una punzada de tristeza y anhelo por una familia de la que carecía. Estaba su hermano mayor Sam, por supuesto, pero este tenía su propia vida. Estaba sola, excepto por la pequeña Vivica…

El bebé dio una patada y Sally retiró su mano de debajo de la de su abuela para apoyarla, en un gesto de protección, sobre su inquieta hija. Abigail siguió el movimiento y parpadeó varias veces. Dios santo… ¿estaba a punto de llorar? Después de haber permanecido voluntariamente alejada de su propia hija y de su nieta durante treinta años, Sally no comprendía a qué venía aquel repentino sentimentalismo familiar por parte de su abuela.

Tal vez el hecho de que creyera que el padre de Vivica era médico redimía de algún modo a Sally la Soldadora de portar genes de un texano de clase obrera. Un nuevo arrebato de rabia hizo que su propio sentimentalismo se esfumara al instante. Tomó otro bocado de su crêpe y cuando terminó murmuró:

–Quería a mi madre –miró a Abigail con tanta urbanidad como pudo y añadió–. ¿Por qué no iba a ponerle su nombre a mi hija en su honor? Tu hija era una persona maravillosa. Por nada del mundo habría renunciado al tiempo que pudimos pasar juntas.

El rostro de Abigail volvió a adquirir de inmediato su expresión habitualmente amargada. Fue como si la hubiera abofeteado. Sally sintió un momentáneo remordimiento, pero no había podido evitarlo.

–Vaya, vaya, veo que mis sorpresas no despiertan demasiada anticipación.

Sally se sobresaltó al oír la voz de Noah. Se volvió para mirarlo. Él sonrió. La visión hizo que su enfado se esfumara al instante. No entendía por qué le pasaba aquello, pero los acelerados latidos de su corazón le decían que era cierto. Si no tenía cuidado, sus pujantes hormonas del embarazo iban a matarla.

Noah se detuvo y se arrodilló ante ella, de manera que sus rostros quedaron a la misma altura.

–Feliz cumpleaños, corazón –la mirada que dirigió a Sally pareció cargada de auténtica devoción. Había que reconocer sus dotes de actor. De no saber la verdad, ella habría creído que era sincero.

Lo miró, aturdida. ¿Qué se traía entre manos? ¿Cómo sabía que era su cumpleaños? No podía hacerle aquellas preguntas delante de Abigail, de manera que no dijo nada.

Él le ofreció una pequeña caja envuelta en papel plateado y con un lazo rojo.

–Espero que te guste.

La escena resultaba surrealista. ¿Cómo era posible que Noah supiera que era su cumpleaños y que además tuviera un regalo para ella? Excepto el primer día, cuando salió a enviar por correo las gafas de Sam y a comprar los encargos de Abigail, no había salido de la casa.

Tomó la cajita y la miró.

–Es… una caja… encantadora. ¿Qué es?

–¿Por qué no la abres y lo compruebas por ti misma?

Sally sentía que su cerebro estaba atascado en una especie de bucle. Estaba realmente conmovida y emocionada por el regalo de

Noah.

El regalo de Noah.

Aquellas dos palabras evocaron un cálido resplandor por el que se dejó envolver. Pero una voz en su interior no paraba de repetirle que aquello solo formaba parte del espectáculo. Lo más probable era que se tratara de alguna chuchería. «Pero Noah te está haciendo un regalo», le recordó otra voz interior con su suspiro.

Además, teniendo en cuenta que se lo estaba entregando delante de Abigail, no podía ser una baratija. ¿O sí? Jugueteó un momento con el lazo y luego miró a Noah.

–¿Debo… abrirlo? –trató desesperadamente de telegrafiarle telepáticamente su dilema. Si se trataba de una caja vacía y la abría ante su abuela, todo se iría al traste–. ¿Aquí?

–Por supuesto –Noah miró un momento a Abigail–. A la abuela no le importará formar parte de nuestra celebración, ¿verdad? –volvió a centrar su atención en Sally. La pseudoadoración que percibió en su mirada hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas. Tuvo que parpadear para alejarlas. Con un nudo en la garganta, empezó a abrir la caja.

Los dedos le temblaban.

Dejó a un lado el envoltorio y levantó la tapa. Dentro había una caja de joyero negra más pequeña.

–Ay… no imagino qué…

Sacó la elegante cajita y miró a Noah. Trató de decir algo, pero no sabía qué…, al menos, no ante Abigail. Tragó saliva y la abrió. Dentro había una encantadora pulsera dorada salpicada de delicados diamantes. No podían ser verdaderos, por supuesto, pero lo parecían. Se mordió el tembloroso labio inferior y alzó el delicado regalo, que brilló a la luz del sol.

–Oh… oh, Noah, es tan… perfecta.

–La perfección para la perfección, querida –dijo él con suavidad. Tomó la pulsera de manos de Sally–. Veamos cómo te queda puesta.

De inmediato, ella refugió las manos en su regazo.

–No… es demasiado bonita –miró sus encallecidas manos, las pequeñas quemaduras que inevitablemente sufría en su trabajo. Nunca llevaba anillos ni pulseras para no atraer la atención sobre ellas.

Noah frunció el ceño, aunque no dejó de sonreír, como si no pudiera creer su rechazo. Movió la cabeza y tomó una mano de Sally.

–Tienes unas manos preciosas. Son manos de artista –inclinó el rostro y le besó la palma a la vez que murmuraba–: Nunca te

avergüences de ellas.

Antes de que Sally pudiera recobrarse, Noah le había puesto la pulsera.

Ella se sentía extrañamente alejada de la realidad. Lo único que lograba sentir era la palma en que la había besado Noah, y lo único que lograba ver eran sus ojos.

Aunque él estaba sonriendo y le hablaba, apenas logró escuchar sus palabras. Cuando le soltó la mano, miró la pulsera que rodeaba su muñeca. Giró el brazo y miró la endurecida palma de su mano. «Trata de controlarte, Sally», gritó su lado más lógico. «Noah solo está actuando. No hablaba en serio».

Sintió que una mano masculina se deslizaba por su mandíbula hasta tomarla con delicadeza por la nuca. Un cálido aliento acarició su boca. Un instante después, unos delicados y persuasivos labios se unieron a los de ella, haciendo que un río de fuego recorriera sus venas. Solo era consciente de su íntima cercanía, de su aroma.

Lo que Noah podía hacer con una leve e inocente caricia de sus labios era increíble y Sally no pudo evitar rodearlo por el cuello con sus brazos y suspirar contra su boca.

Oyó un grave y primitivo gruñido, y de pronto, el beso acabó. Aturdida, solo fue capaz de mirar.

Noah se había apartado de ella, aunque mantenía la mano sobre su hombro.

–Dios santo, mujer –dijo–. También frente a tu abuela… –Sally se limitó a mirarlo mientras él se volvía hacia Abigail–. Tendrás que perdonar a mi esposa –añadió con voz ronca–. Siempre está tratando de seducirme. Temo por mi reputación.

Abigail se aclaró la garganta.

–Bueno… lo cierto es que esa pulsera es un regalo encantador.

Sally respiró profundamente para tratar de recuperar la compostura. Noah retiró la mano de su hombro.

–Gracias, abuela. La he comprado aquí mismo, en Texas. Imagínate.

El tono de Noah tenía un matiz claramente burlón. Sally miro a Abigail, preocupada. Como de costumbre, tenía el ceño fruncido.

–No hace falta que te pongas en plan gracioso –lo reprendió–. Mis comentarios sobre Texas solo han sido un intento de animarte a mejorar tu posición.

Sally miró su pulsera, que brillaba incluso a la sombra de la mesa. De algún modo, el regalo le dio valor y miró a su abuela a los ojos.

–Ninguno de nosotros necesita mejorar su posición.

–Texas es un lugar estupendo para vivir y formar una familia –dijo Noah con una sonrisa–. Mi tono burlón solo era un intento de que mejoraras tu opinión respecto a nuestro estado.

Abigail lo miró a los ojos con dureza, pero, para sorpresa de Sally, su expresión se suavizó casi de inmediato.

–Está bien, hijo –se volvió y tomó su taza de café–. Feliz cumpleaños, Sally –murmuró. Mientras bebía, su mirada permaneció fija en algún lugar por encima del borde de la taza.

Después del desayuno, Sally dejó la pulsera en su tocador, pues iba a trabajar casi todo el día con sus esculturas y no quería que se estropeara. Mientras trabajaba en un encargo, su mente no dejaba de regresar a lo sucedido aquella mañana, al regalo de Noah y al beso que le había dado.

Durante la cena se sintió más relajada que de costumbre. Incluso rio mientras Noah contaba a Abigail que en una ocasión tuvo que asistir a una mujer que dio a luz a gemelos en la parada de un autobús, delante de un restaurante en el que él estaba comiendo.

En conjunto, el día de su cumpleaños había resultado sorprendentemente agradable. Cansada, pero extrañamente animada a pesar de las molestias que le estaba dando su espalda, entró en su dormitorio. Tras tomar una ducha se puso su bata favorita y unas zapatillas. Noah no estaba en la habitación, pero sabía que todas las tardes pasaba a examinar a Hubert a última hora, de manera que no la sorprendió.

Un destello procedente del tocador llamó su atención y no pudo evitar una sonrisa. La pulsera parecía hacerle señas para que se acercara y ella lo hizo sin dudarlo. Se sentó, tomó la joya de su caja abierta y se la puso. Si hubiera tenido que elegir entre un millón de pulseras habría elegido aquella. Alzó el brazo para que reflejara la luz del techo.

Al oír que la puerta se abría, supo que Noah había regresado.

–Hola –saludó, y se volvió para recibirlo con una sonrisa. Dejó caer el brazo y enlazó las manos sobre su regazo–. ¿Cómo está el abuelo?

Noah sonrió con ironía.

–Sigue sin querer levantarse –movió la cabeza–. Empiezo a creer que tu abuela tenía razón. Sospecho que no tiene la más mínima intención de visitar las pirámides.

Sally rio y volvió a sorprenderse del buen humor que sentía.

–Se porta como un niño mimado. Y Abigail es su severa pero

inútil niñera.

Noah fue hasta la cama y se sentó junto al tocador. Vestía unos vaqueros y una camisa del mismo color azul de sus ojos. Estaba muy guapo y Sally decidió disfrutar de la visión.

–Inútil pero insistente –dijo, y alzó una ceja–. No deja de machacarlo. Hubert es el hombre más obstinado que he conocido, o el más agobiado. Si yo estuviera en su lugar, ya habría salido de la cama, aunque solo fuera para que su esposa se callara.

Sally volvió a reír.

–Teniendo en cuenta lo galante que eres con ella, nunca habría creído que pensaras eso. Ella te considera un encanto.

–Sí, claro –el tono de Noah fue claramente escéptico–. Nunca he conocido a nadie que haga más mohínes y muecas –se encogió de hombros–. Normalmente suelo conseguir caerles bien a las mujeres con bastante facilidad.

«¡No lo dudo!», pensó Sally.

–Está totalmente encantada contigo. No la conozco demasiado bien, desde luego, pero el hecho de que te haya sugerido que te traslades a Boston es casi equiparable a que la reina de Inglaterra nombre caballero a alguien.

–Olvidas que odia mi «rústico» acento –Noah guiñó un ojo y el corazón de Sally dio un vuelco.

–Si supiera que eres un Barrett de Boston…

Noah se irguió y miró al techo.

–Sí, bueno…

Sally experimentó una punzada de aprensión.

–¿Qué sucede?

Noah negó con la cabeza.

–Nada, es solo que…

Dejó la frase sin acabar y Sally se mordió el labio, pues temía haber intuido sus pensamientos.

–Estás deseando irte de vacaciones, lo sé.

Sus miradas se encontraron y Sally experimentó una abrumadora necesidad de mostrar cuánto apreciaba el sacrificio que estaba haciendo por ella. Alargó una mano y tocó su rodilla. Habría preferido darle un abrazo para demostrar su gratitud, pero teniendo en cuanto que le resultaba prácticamente imposible olvidar sus besos, un abrazo habría resultado demasiado peligroso.

–No sé cómo podré pagarte lo que estás haciendo por mí –murmuró–. ¿Alguna sugerencia?

«¡Dios santo, Sally!», se reprendió. Si aquella pregunta no tenía connotaciones sexuales, no sabía qué podía tenerlas.

Noah miró su mano.

–Te has puesto la pulsera.

Ella miró la joya.

–Sí –mientras la contemplaba recordó con afecto cómo le había besado Noah la palma y había murmurado que tenía manos de artista. Aquel beso había permanecido con ella todo el día. De pronto, las manos que según su ex prometido no eran dignas de la esposa de un médico, se habían convertido en las manos de una artista. Alzó la mirada hacia Noah y sonrió. Con aquel comentario había hecho maravillas por su autoestima–. ¿Cómo sabías que era mi cumpleaños?

Noah se inclinó hacia atrás y apoyó las manos sobre la cama.

–Ayer, mientras estabas en el estudio, Sam llamó para decirme que le habían llegado las gafas. Me dijo que era tu cumpleaños.

–Ah –Sally quiso preguntarle por su novia, por cómo se sentía sin ella, pero no quería oír su respuesta. Finalmente dijo lo primero que acudió a su cabeza–. ¿Y cuándo tuviste tiempo para salir de compras?

Noah pareció confundido.

–¿De compras?

Sally alzó su pulsera.

–Para mi cumpleaños.

Él la observó con el ceño fruncido. Tras unos segundos pareció comprender lo que había querido decir y su confusa expresión se transformó en otra de preocupación.

–Ah, la pulsera –miró a Sally a los ojos con expresión seria–. El regalo formaba parte de la ilusión –se inclinó hacia delante, apoyó los antebrazos en las rodillas y enlazó las manos–. Lo llevaba conmigo, así que… –hizo una pausa y los músculos de su mandíbula se tensaron. Sally temió ver en sus ojos un destello de compasión–. Pensé que lo habías entendido.

«Pensé que lo habías entendido».

Sally solo necesitó una fracción de segundo para asimilar aquella frase.

La verdad cayó sobre ella como un cubo de agua helada. Noah no le había comprado la pulsera a ella. ¡La había comprado para su novia! Al parecer, cuando Sam mencionó que era su cumpleaños, Noah había decidido llevar la mentira hasta sus extremos y había simulado hacerle un regalo que era para otra mujer.

Lo había simulado.

Por supuesto. ¿Y por qué no? Toda su relación estaba basada en algo ficticio. ¿Cómo podía haber llegado a creer que le había hecho

aquel precioso regalo de verdad?

Tragó saliva y trató de sacar su corazón del oscuro pozo en que de pronto había caído. «¿Cómo puedes ser tan estúpida, Sally?». Pero había una pregunta aún más dura. «¿Por qué te duele tanto la verdad?».

–Por supuesto que había entendido –dijo, y sonrió. Mostrando una despreocupación que estaba muy lejos de sentir, alzó la pulsera una vez más y la giró para que brillara a la luz. No era de extrañar que las piedras parecieran diamantes. Para su novia, Noah compraría diamantes de verdad.

Y el beso en la palma de su mano también debía haber formado parte de la ilusión. Cerró la mano y la dejo caer en su regazo.

–Solo me la estaba probando para pasar el rato –sonrió. Las mejillas le dolieron al hacerlo, pero echó un rápido vistazo al espejo y comprobó que la sonrisa parecía real–. Pero… ¿cómo surgió el tema de mi cumpleaños cuando hablaste con Sam? –aquella salida fue muy débil, pero fue todo lo que se le ocurrió decir para tratar de no echarse a llorar.

Miró a Noah a los ojos, decidida a comportarse como un adulto al respecto. ¿Qué más daba que hubiera olvidado durante un rato que todo aquello era una mera farsa? Sabía que tenía las manos muy ásperas y, además, ¡ni siquiera llevaba nunca pulseras!

–Me dijo que te diera un beso de cumpleaños de su parte.

–Ah… ya veo –el hecho de que ni siquiera el beso de Noah hubiera sido idea suya resultó demasiado deprimente como para tratar de asimilarlo–. Bueno… –Sally jugueteó con el cierre de la pulsera–. Ha sido una gran… escena. Muy realista. Gracias por pensar en ello –se quitó la pulsera, la metió en su caja y entregó esta a Noah–. Opino que lo hemos hecho muy bien –se aferró con desesperación a su sonrisa mientras se levantaba–. Y ahora, si me disculpas, estoy agotada.

Unos momentos después estaba en la cama, rodeada de una fortaleza de almohadas y esforzándose por no echarse a llorar.

Sabía que los cambios hormonales causados por el embarazo podían alterar sus emociones, pero no sabía que pudieran volverla tonta.

Noah permaneció sentado en el borde de la cama, mirando la cajita que contenía la pulsera. La pulsera de Jane. Durante su conversación con Sam no solo habían hablado de las gafas y del cumpleaños de Sally.

Al parecer, Jane se había encontrado con una antigua amiga del instituto… y con el hermano mayor de esta, que era cirujano plástico. Al parecer este había decidido dedicarse a aliviar la soledad de Jane. Según el cínico informe de Sam, Jane se había mostrado totalmente dispuesta a ser aliviada.

Noah se encontró apretando la caja, no en un arrebato de celos, sino herido en su ego. ¿Por qué no lo enfurecía que su casi prometida, la única mujer con la que había estado en dos años, se hubiera arrojado con tanta facilidad en brazos de otro hombre?

Tal vez no era así. Tal vez estaban pasando las tardes en trío, con la antigua compañera de instituto de Jane como carabina. Pero Sam había mencionado al «dúo» y, por su tono, las implicaciones de sus palabras eran evidentes.

Movió la cabeza. Se sentía más ofendido que celoso, y eso lo sorprendió. Abrió la caja y miró la pulsera de oro y diamantes. Ya no le parecía adecuada para Jane, y no porque pudiera estar teniendo una aventura a sus espaldas. Simplemente, ya no parecía encajar con ella. Pero lo más absurdo de todo era que casi podía entenderla. Probablemente, él habría hecho lo mismo si su novia hubiera renunciado a pasar dos semanas de vacaciones con él en un sitio maravilloso por hacer un extraño favor a alguien prácticamente desconocido.

¿Y qué decía de su relación el hecho de que Jane estuviera dispuesta a salir con el primer hombre aceptable que se le presentaba? ¿Cuál era exactamente su relación? ¿Qué eran el uno para el otro? ¿Amantes? ¿Amigos? Nunca lo había analizado porque nunca había habido necesidad. Ambos se sentían satisfechos con su situación. Su trabajo lo mantenía tan ocupado que Jane y él apenas habían tenido tiempo de hacer algo más que comer y dormir juntos.

Lo cierto era que apenas habían hablado y que no habían profundizado en su relación. Se pasó una mano por el pelo. ¿Qué quería él de Jane? ¿Qué quería ella de él? Era algo en lo que más le valía pensar seriamente.

Un ruido apagado llamó su atención. Escuchó atentamente.

Volvió a sonar más alto. ¿Un gemido? Miró el muro de almohadas que había en la cama.

–¿Sally? ¿Estás bien?

–Es solo… un falso… –Sally se interrumpió bruscamente en medio de la frase y volvió a gemir– aviso de parto.

Sonaba tensa, dolida. Noah se puso en pie de inmediato y rodeó la cama.

–¿Cada cuánto te vienen los dolores?

–Más o menos cada dos horas…

–Deja que te ayude –Noah tomó una mano de Sally y tiró con suavidad para ayudarla a sentarse–. Ven conmigo.

–¿Adónde? –preguntó ella, reacia.

Noah apartó la sábana y la manta a un lado y la tomó en brazos.

–Vamos a tomar un baño.

Capítulo 8

SALLY no podía creerlo. ¿Estaría empezando a fallarle el oído?

–¿Qué quieres decir con que «vamos a tomar un baño»? –preguntó–. ¡Acabo de ducharme!

–Es para aliviar el dolor de las contracciones.

–Eso puedo hacerlo caminando.

–Confía en mí. Te aseguro que esto es mejor.

–¿Ah, sí? ¿Para ti o para mí? –Sally presionó la palma de una mano contra el pecho de Noah para protestar por su comportamiento machista–. Si crees que voy a tomar un baño contigo, es que has perdido la…

–Yo no voy a meterme en la bañera –dijo él mientras salían al pasillo.

–Puedes apostar lo que quieras a que no –susurró Sally, que no quería que los Vanderkellen los oyeran. La fuerte contracción que atenazaba su vientre le hizo encogerse. Lo siguiente que supo fue que estaba en la bañera.

–Quítate el camisón y abre el agua. Haz que salga tibia –Noah se volvió hacia la estantería en que estaban las toallas, tomó una grande y blanca y la dejó en el borde de la bañera–. Cuando estés desvestida, extiéndela sobre la bañera para cubrirte con ella. Si es que sientes la necesidad de hacerlo, claro.

Sally lo miró fijamente.

–¿Qué? –farfulló, asegurándose de que su expresión dijera: «¡Estás como una cabra!».

–Soy tocólogo, Sally –dijo él, totalmente serio–, y mi trabajo consiste en ver mujeres desnudas.

Ella apoyó ambas manos en el borde curvado de la bañera.

–Pero no eres mi tocólogo, y mi cuerpo desnudo no es asunto… –se interrumpió en medio de la frase y se encogió al sentir otra contracción.

–Esto hará que te sientas mejor. Volveré dentro de cinco minutos a darte tu masaje de espalda.

Un instante después Sally oyó que la puerta se cerraba. Tras unos segundos, murmuró:

–¡Tienes mucho valor, doctor Barrett! –pero solo tardó unos

segundos más en empezar a quitarse el camisón. Estaba segura de que a su dolorida espalda le iría muy bien un masaje. «Noah es médico», susurró una vocecita en su interior. «La visión de una mujer desnuda y embarazada no le debe afectar lo más mínimo».

Cinco minutos después, la bañera estaba llena a medias de agua tibia. La toalla estaba extendida a lo largo de ambos lados y Sally sujetaba un borde bajo su barbilla. Poco podía hacer por ocultar su espalda. Afortunadamente, la bombilla del techo era de tan solo cuarenta vatios. Con un poco de suerte, entre el agua y la falta de luz, Noah apenas vería nada.

Cuando este llamó a la puerta, Sally dio un respingo. Se aclaró la garganta, nerviosa.

–Adelante –fue todo lo que dijo, aunque lo cierto era que había planeado decirle que había cambiado de opinión, que podía irse porque no quería que le diera ningún masaje. Pero sus insubordinados labios se negaron a abrirse mientras sus mejillas se cubrían de rubor al oír que se acercaba.

Incapaz de mirarlo, fijó la vista en el papel de las paredes, lleno de preciosos almendros en flor, y trató de concentrarse en cómo animaba el baño.

Los almendros eran el árbol favorito de su madre. Tras su muerte, Sally mantuvo su mente y sus manos ocupadas empapelando el baño con aquel alegre papel. Los dos almendros que ella tenía en el jardín, plantados años atrás por su padre como regalo para su madre, estarían espectaculares dentro de una o dos semanas.

–¿Cómo te sientes?

La pregunta de Noah sobresaltó a Sally, que estuvo a punto de meter la toalla en el agua.

–No… no me siento totalmente cómoda con esto.

–¿Que no te sientes totalmente cómoda? –Noah rio–. Ese debe ser el eufemismo del año.

Estaba detrás de ella, y Sally deseó que se la tragara la tierra.

–¿Qué estás mirando?

–Tranquilízate, Sally –dijo él a la vez que apoyaba una mano en su nuca–. Voy a sujetarte el pelo en lo alto de la cabeza para que no moleste. Y en cuanto a lo que estoy mirando… –hizo una pausa para cerrar el pasador– estoy mirando tu espalda –concluyó.

Ella cerró los ojos.

–Trata de no hacerlo.

Él no dijo nada, pero llevó sus manos desde el pelo de Sally hasta sus hombros, donde empezó a darle un suave masaje con los

dedos.

–Estás muy tensa.

–Qué tontería por mi parte –replicó ella en tono irónico–. En realidad estoy acostumbrada a que siempre haya un desconocido en mi baño toqueteándome.

–Tranquilízate. Soy médico. No me dedico a toquetear a las mujeres.

–No, tú lo llamas hacer una revisión, o dar un masaje. ¡Pero de todos modos me estás toqueteando!

–Chist. Respira hondo –dijo Noah–. Esto no funciona si no te relajas.

–¿Das masajes a muchas de tus pacientes? –preguntó Sally, más que nada para tratar de no pensar en la maravillosa sensación de los dedos de Noah sobre su piel.

–No. Respira.

Sally abrió los ojos y frunció el ceño, pero no se atrevió a mirarlo. Con el rabillo del ojo podía ver una rodilla a su izquierda. Miró de reojo a su derecha. Otra rodilla. ¡Dios Santo! Noah estaba a horcajadas tras ella, sentado en el borde de la bañera. Se sintió íntimamente rodeada por él.

–¿No das masajes a tus pacientes? –murmuró. No podía creerlo. Lo hacía demasiado bien–. Entonces, ¿estás improvisando?

–Sigues muy tensa –dijo Noah–. Trata de relajarte –sus manos descendieron y comenzaron a trabajar para liberar la tensión de la columna de Sally. Hasta entonces nunca le habían dado un masaje, pero intuía que aquel era un ejemplo muy bueno de cómo debía hacerse. Le apetecía mucho suspirar en alto, pero reprimió el impulso. Noah no tenía por qué saber que se estaba derritiendo de gusto. Después de todo, en aquellos momentos debía acercarse tanto al ideal erótico de una mujer como una ballena varada.

–Así está mejor –dijo él–. Respira lenta y profundamente y contestaré tu pregunta.

Sally obedeció.

Los dedos de Noah fueron liberando la tensión de su espalda. Trabajaba sin hablar. El silencio se prolongó.

–Estoy respirando –dijo ella mientras inhalaba. Si seguía a aquel ritmo, iba a morir de hiperventilación–. Contesta mi pregunta.

–Respira despacio. No estás corriendo una maratón.

¿Qué sabía él?, se preguntó Sally. Su corazón latía como el de un corredor de maratón. Ralentizó deliberadamente sus respiraciones.

–¿Vas a contestarme o solo vas a criticar mi sistema respiratorio?

–De acuerdo –Noah siguió haciendo maravillas con sus dedos–. Un compañero de universidad me enseñó a dar masajes. Yo no se los doy personalmente a mis pacientes, pero he enseñado a varios esposos a darlas. Ese tipo de contracciones se producen porque el cuerpo está practicando para el parto.

Sally deseó poder pensar en algo que no fueran las manos de Noah, pero resultaba realmente imposible, pues, aparte del placer que le producían, habían descendido en el agua prácticamente hasta el límite de la decencia. Pero lo único que podía hacer era relajarse y disfrutar. Oyó un suspiró y comprendió con horror que acababa de perder el precario control que estaba ejerciendo sobre su excitación. Enmascaró rápidamente el suspiro con una tos.

Enfadada consigo misma, la tomó con él.

–Así que todo este dolor se debe a que mi cuerpo está practicando, ¿no? Para ti es fácil decirlo. ¿Tienes alguna idea del dolor que estoy sintiendo?

Noah no dijo nada mientras seguía trabajando con sus manos. Casi contra su propia voluntad, Sally se fue relajando hasta que su hostilidad se desvaneció.

–No me eches en cara ser un hombre –dijo él finalmente.

«Oh, cariño», susurró una vocecita en el interior de Sally. «Eso sería lo último que se me ocurriría echarte en cara».

¿Pero en qué estaba pensando? Estaba teniendo pensamientos muy atrevidos y desconcertantes respecto a un médico que solo le estaba haciendo un favor. «Aleja tu mente de las relaciones sexuales, Sally!». Sobreestimulada, se apartó de él.

–Ya es suficiente –dijo–. Ya estoy mucho mejor.

–¿Estás segura?

–¡Saca las manos del agua y apártate!

Noah no dijo nada ni se movió. Tras unos momentos, sus rodillas desaparecieron de la visión periférica de Sally.

–De nada. Ha sido un placer.

Sally sintió un inmediato remordimiento al oír su burla, pero mantuvo la vista apartada y la boca cerrada.

–Deja que te ayude –una mano de Noah apareció ante su rostro.

Odiaba que se mostrara tan galante después de cómo lo había tratado. Enfadada consigo misma, miró la mano de Noah. Aunque odiaba la idea de aceptar su ayuda, sabía que en su estado habría sido absurdo rechazarla.

Alzó la mirada hacia su rostro y se encogió de hombros.

–Siento haber sido tan grosera. Yo solo… La verdad es que no puedo explicar mi comportamiento –si podía, pero no quería

hacerlo–. Perdóname, por favor.
Noah frunció el ceño.
–¿Acaso crees que eres la primera mujer que la toma conmigo? Esto forma parte de mi trabajo.
Parte de su trabajo. Aquello lo decía todo. Había excitado a Sally hasta el punto de obligarla a gritarle como a un perro callejero, pero para él aquello solo formaba parte de su trabajo.
Movió la mano ante ella para que la tomara.
–Sal de ahí antes de que empieces a arrugarte como una pasa.
Reacia, Sally aceptó su oferta a la vez que con su mano libre aferraba la toalla y cubría con ella la parte delantera de su cuerpo. Sin aparente esfuerzo, Noah le hizo ponerse en pie. Un momento después estaba fuera de la bañera. A continuación hizo acopio de todo su valor, miró a Noah y trató de dedicarle una sonrisa de agradecimiento.
–Te agradezco mucho el masaje. Ahora me siento mucho mejor.
Él asintió con expresión pétrea. Sally notó que se había apartado de ella y estaba apoyado contra la puerta, como si aquel lugar no fuera lo suficientemente grande para ambos. ¿Podía culparlo por tener prisa por irse? Era tarde y probablemente quería irse a la cama.
–Es una lástima que no tengas marido –dijo Noah con expresión áspera–. Él podría… –por algún motivo, no terminó la frase.
A Sally no le gustó el cariz que estaba tomando la conversación, a pesar de que había sido bruscamente interrumpida. Al parecer, en aquella ocasión Noah había decidido no reprenderla por haber tomado la decisión de tener un hijo sola.
–Escucha, Noah –dijo mientras notaba que su ira volvía a aflorar–. Sé lo que piensas respecto a lo que he hecho. Si no te lo he dicho antes, te lo digo ahora: guárdate tus opiniones para ti mismo. Puedo arreglármelas perfectamente sin un marido que me dé masajes o me ayude a criar a mi hija –alzó la barbilla, no solo irritada, sino también extrañamente deprimida–. De ahora en adelante no volveré a molestarte cuando mi cuerpo se ponga a… practicar –a continuación señaló la puerta con un dedo–. Buenas noches.
Noah frunció los labios como si se estuviera esforzando por no responderle. Con un breve asentimiento de cabeza, giró sobre sí mismo.
Un instante después se había ido.
El estado de ánimo de Sally pasó de inmediato de la indignación a la melancolía. Fue hasta la silla que había junto al lavabo y se

sentó. Repentinamente débil y angustiada, enterró el rostro entre las manos y rogó con todas sus fuerzas para que lo que se temía no fuera cierto. Lo único que le faltaba en aquellos momentos era enamorarse de otro doctor mandón y entrometido… aunque el contacto de sus manos fuera como el paraíso en la tierra.

Sally no entendía cómo había pasado. Probablemente, debido a su karma por haber mentido a sus abuelos sobre su matrimonio. Tras pasar todo el lunes evitando a Noah cuando podía y obligándose a sonreír cuando tenían que estar juntos frente a su abuela… ¿cómo había acabado con él en la clase de preparación para el parto? Y peor aún, ¿cómo había acabado el pecho de Noah contra su espalda y su cuerpo reclinado contra el de él?

De todos los hombres del mundo, ¿por qué tenía que ser él el que la estaba tentando con su aroma y su fuerte y varonil cuerpo? Estaba muy enfadada con él por la actitud crítica que adoptaba ante su decisión de ser madre sin contar con una pareja. ¡No quería estar acurrucada contra él! Y no solo porque estuviera enfadada. Noah era un hombre demasiado estimulante, y estaba furiosa consigo misma por pensar así.

–No estás relajando el muslo, Sally –murmuró él junto a su oído.

Ella ya lo sabía. ¿Cómo esperaba que lo relajara con su mano apoyada en él?

–En realidad esto no es necesario. Ya soy una experta en esto. No necesito que me des un cursillo rápido de relajación.

–Tus ejercicios de disociación neuromuscular son importantes –dijo él, y su aliento acarició el cuello de Sally–. Con ellos aprendes a relajar otros músculos durante el parto, mientras tu útero está tenso.

–¡Sé para qué son! –susurró ella. Miró a su alrededor. Afortunadamente, las otras siete parejas del grupo estaban concentradas en sus ejercicios. La matrona se movía entre ellos, sonriendo y charlando. Estaba a varias parejas de distancia.

–Vamos –dijo Noah en tono persuasivo–. Relaja ese muslo. Demuéstrame que puedes hacerlo.

Sally quería gritar que estaba siendo injusto, que se suponía que aquel ejercicio debía hacerse sin la más mínima tensión. Pero ella estaba tensa. El pecho de Noah contra su espalda y la parte interior de sus muslos contra sus caderas eran los causantes de su tensión. ¿Pero cómo iba a decirle eso?

No era habitual en ella sentirse tan perdidamente atraída por un

hombre, y no le gustaba la nueva e irritable Sally en que se estaba convirtiendo. ¡Estaba embarazada de ocho meses! Se suponía que debía estar concentrada en la creación, ¡no en la procreación!

–Mis hormonas me han estado dando problemas –murmuró.

Noah se inclinó hacia ella y susurró junto a su oído:

–¿Qué?

Sally tragó saliva.

–He dicho que mis hormonas me están dando problemas. Estoy… ansiosa. No puedo relajarme –aquello era cierto–. Puede que sea por mis abuelos. Me están produciendo mucho estrés –también había mucha verdad en aquellas palabras.

–La clase casi ha acabado –susurró Noah–. Relaja un muslo para mí y podemos irnos.

Sally decidió que no tenía nada que perder por intentarlo, de manera que cerró los ojos y respiró profundamente. Comenzó a vaciar su mente y trató de apartar de ella, el aroma de Noah, el fuerte tirón de su sexualidad. «¡Relájate, estúpido muslo! ¡No! No le grites. Relájate, muslito. Relájate aunque tengas encima la mano cálida y sexy de Noah… ¡No! ¡Aquel no era el camino más adecuado para relajarse!».

Respiró profundamente. «Puedes hacerlo, Sally», se dijo con firmeza. «Pretende que es Sam, el buenazo de tu hermano, que te promete un buen helado de melocotón si relajas los músculos».

Se concentró en su helado favorito, en su textura, en su sabor…

–Así está mejor –dijo Noah–. Siento que te estás relajando.

Sally abrió los ojos de par en par. ¡Él! ¡Por un instante había olvidado que era él!

–¿Qué ha pasado? Vuelves a estar tensa.

Ella se irguió y se apartó de su pecho.

–Por hoy ya he tenido bastante. He relajado mi muslo. Vámonos.

–¿Sally? –dijo la matrona–. ¿Te vas ya?

–Gladys… –Sally se puso en pie con dificultad–. El doctor Barrett… tiene que irse –improvisó con poca convicción–. Pero prometo practicar los ejercicios en casa.

Gladys era una mujer alta y pelirroja con el rostro lleno de pecas. Miró a Noah con expresión preocupada.

–Espero que no sea nada serio.

Sally lo retó con la mirada a que la contradijera. Él se puso en pie con expresión amistosa, aunque ella detectó en sus ojos ciertos indicios de exasperación.

–Yo espero lo mismo –dijo, y ofreció su mano a la matrona–. Ha sido un placer conocerla.

–Ha sido estupendo que Sally lo haya traído –Gladys estrechó calurosamente la mano de Noah–. Varias de sus pacientes asisten a mis clases y hablan maravillas de usted –cuando soltó la mano de Noah, miró a Sally y frunció el ceño–. Te veo muy acalorada, cariño. ¿Seguro que te encuentras bien?

Sally temió que aquella observación no iba a ayudar a que desapareciera el rubor de sus mejillas, pero asintió de todos modos.

–Estoy perfectamente. Pero me ha parecido que hoy hacía más calor que de costumbre. Eso es todo.

–Oh –Gladys, que vestía un grueso jersey de lana, pareció sorprendida–. Vaya, yo…

–Probablemente son mis hormonas –interrumpió Sally. Se volvió hacia Noah, tomó su mano y tiró de él–. Será mejor que nos vayamos.

Él la miró un momento y luego miró a Gladys.

–Sí, será mejor que nos vayamos.

La matrona asintió y dio unas palmadas para llamar la atención de los demás.

–Sally y el doctor Barrett se van. Queremos darle las gracias por sus palabras de ánimo y apoyo, doctor Barrett.

La clase empezó a aplaudir. Noah sonrió y asintió mientras Sally tiraba de él hacia la salida. Una vez en el exterior, él le hizo detenerse y le dedicó una oscura mirada.

–¿Qué te pasa?

Para que su cerebro volviera a funcionar, Sally liberó su mano de la de Noah. No tenía ninguna explicación convincente que darle, de manera que recurrió a la tradición que ella y Sam habían establecido.

–¿Podemos ir a tomar un helado de melocotón? Hay una heladería cercana en la que venden el mejor de Houston.

Noah frunció el ceño.

–¿Has salido corriendo de clase porque se te ha antojado un helado?

Ella se encogió de hombros.

–La verdad es que sí –aunque era un motivo pueril, resultaba creíble–.Tengo un antojo terrible.

El movió la cabeza como si fuera un maestro de escuela reprendiéndola.

–Ese no es motivo para hacer novillos.

–¡No he hecho novillos! –protestó Sally–. Si quieres, puedes quedarte tú solo a relajar tus músculos. Yo puedo ir a la heladería por mi cuenta –dijo, y a continuación giró sobre sí misma y se alejó.

Noah la alcanzó en dos zancadas y la tomó del brazo.

–¿A qué viene toda esa hostilidad?

–¡Qué típico! Te crees que lo sabes todo, ¿no? –espetó Sally–. Soy perfectamente capaz de relajar cada músculo de mi cuerpo. Cuando llegue el momento haré un trabajo impecable –Noah siguió caminando junto a ella mientras despotricaba–. Haré el mejor trabajo de relajación muscular que hayas visto en tu vida. Lo único que sucede es que me pones nerviosa. Crees que no hago bien teniendo un bebé sola. Crees que una mujer sola no puede criar competentemente a un hijo. Criticas todo lo que hago.

Noah no pronunció palabra hasta que entraron en la heladería.

–Elige una mesa –dijo, sin sonar especialmente animado.

Sin mirarlo, Sally señaló la más cercana.

–Esa vale. El helado de melocotón sabe bien lo tomes donde lo tomes… o lo tomes con «quien» lo tomes –tomó una silla y se sentó antes de que Noah pudiera ayudarla.

Sin hacer ningún comentario, él ocupó la silla contigua. Unos segundos después se acercó una camarera a la mesa.

–Hola, Sally –saludó mientras sacaba su cuaderno de pedidos–. ¿Lo de siempre?

–Ajá –Sally sonrió a la desgarbada adolescente con el pelo multicolor. Como de costumbre, no dejaba de mascar chicle y su uniforme amarillo estaba lleno de manchas de helado.

La camarera miró a Noah y debió notar por primera vez que no era Sam.

–Ah… hola –dejó de masticar su chicle y le dedicó una lasciva mirada–. Tú eres nuevo.

Noah sonrió sin humor.

–No tan nuevo como tú.

La camarera tuvo que pensar un segundo, pero cuando lo captó, rio y miró a Sally.

–¿Es tuyo?

Sally no podía creer que hubiera preguntado aquello.

–Limítate a anotar lo que quiere, Myra.

La joven volvió a mascar su chicle y sonrió a Noah con picardía.

–¿Qué quieres, vaquero? Además de mi número de teléfono, claro.

–Café.

La camarera le guiñó un ojo.

–Ahora mismo.

Cuando se fue, Sally se fijó en el balanceo de sus caderas, que no había percibido hasta entonces.

–Vaya, vaya… vaquero –colocó ambas manos bajo su barbilla con expresión remilgada y batió las pestañas–. ¿Pones así a todas las camareras?

Noah se inclinó ligeramente hacia ella y apoyó un antebrazo en la mesa.

–¿Cómo puedes dudarlo si lo primero que hiciste tú al conocerme fue ponerme un anillo de casado en el dedo? –preguntó en tono burlón–. Así que te pongo tensa, ¿no?

–Olvídalo –Sally decidió dejar a un lado las burlas y miró distraídamente a su alrededor–. La próxima semana mis abuelos se habrán ido, y tú también. Estaré tan relajada como un sapo al sol.

–Una imagen realmente pintoresca.

Sally evitó mirarlo y mantuvo la mirada fija en Myra, que ya regresaba a la mesa con el pedido. Colocó una humeante taza de café ante Noah y otro café y el helado ante ella.

–¿Necesitáis algo más? –preguntó, sin apartar los ojos de Noah. Sally se sintió invisible.

–Nada más –dijo Noah.

La camarera dejó la nota junto a su taza y se inclinó hacia él.

–Mi número está en la parte de atrás, vaquero –susurró.

Sally no podía creer el descaro con que se estaba comportando Myra.

–Tal vez cree que con todas esas tonterías va a llevarse más propina –dijo cuando la joven se alejó.

Noah la miró con los ojos entrecerrados, pero no dijo nada. Sally sabía que a Myra le daba igual la propina. Lo que le interesaba era Noah. Este dio un sorbo a su café y luego dio la vuelta a la factura. Ambos vieron que había un número de teléfono anotado en ella. Sally buscó alguna reacción en el rostro de Noah mientras tomaba su helado, pero no percibió ningún cambio. Se limitó a sacar su cartera y a dejar varios billetes sobre la mesa.

–Hace unos días que quería preguntarte cómo empezaste a esculpir en metal –dijo, y sorprendió a Sally con el cambio de tema. Pero no podía culparlo por querer centrarse en algo además de la tensión que le provocaba.

Tragó un bocado del helado, que ese día le parecía extrañamente insulso, y se encogió de hombros.

–Papá estaba interesado en ello. Cuando él y mamá compraron la vieja granja con el establo, papá transformó este en un estudio. Trabajaba con el metal como afición, y yo solía ver cómo lo hacía. En cuanto pude empecé a ayudarlo. Me encantaba.

–Se te da muy bien –dijo Noah con expresión sincera.

Sally sintió que una mano cálida envolvía su corazón.

–Gracias.

Él sonrió, pero la sonrisa no alcanzó sus ojos.

–No todo lo que haces me parece mal, Sally.

Ella sabía que cuando lo había acusado de criticar todo lo que hacía no había sido justa. Arrepentida, bajó la mirada y tomó otro bocado de helado.

–Entonces, los trofeos que hay en el estudio eran de tu padre, ¿no?

Ella negó con la cabeza.

–Son míos. En el instituto practicaba fútbol y atletismo. También hay un par de trofeos de bolos.

Noah asintió despacio.

–Discúlpame por haber asumido que los trofeos eran de tu padre. Ha sido un comentario muy machista.

Sally no supo qué decir. Aquel hombre tenía la capacidad de hacerla cambiar de estado de ánimo con tanta facilidad como si fuera una hoja a merced del viento. No sabía si darle las gracias o una bofetada, de manera que optó por terminarse el helado, que aquel día le estaba pareciendo más insulso que nunca.

–¿Lista para irte?

Sally no se había dado cuenta de que ya se había acabado el helado y estaba bebiendo distraídamente su café. Parpadeó mientras volvía a la realidad, pero no quería que pareciera que no estaba prestando atención a lo que hacía.

–Dentro de un segundo.

Myra se acercó a la mesa un momento después.

–¿Quieres que te rellene la taza?

Noah negó con la cabeza, y también Sally, aunque Myra no se molestó en mirarla.

–¿Lo has memorizado? –preguntó cuando la camarera se fue.

Noah la miró, desconcertado.

–¿Qué tenía que memorizar?

Sally hizo una mueca, miró expresivamente la factura y luego volvió a mirar a Noah.

–Ya sabes a qué me refiero.

Él sonrió sin ganas.

–Ya tengo una novia y una esposa. ¿Acaso crees que soy un obseso?

Sally dejó su taza en la mesa.

–Su número es el cinco cinco cinco siete cuatro ocho tres.

–Dos.

–¿Qué?

–El último número es un dos, pero gracias –Noah se levantó.

–¡Lo has memorizado! –Sally no sabía por qué había experimentado un arrebato de celos. No tenía derecho a ello.

–No tienes por qué comportarte como si fueras mi esposa –susurró él mientras la ayudaba a levantarse–. Tus abuelos no están por aquí.

Sally evitó mirarlo.

–Bueno… como tú mismo has dicho, tienes novia –le recordó sin convicción–. Además, apostaría cualquier cosa a que Myra apenas acaba de cumplir los dieciséis… si es que los ha cumplido.

–Aunque no fuera menor de edad, las niñas de dieciséis años con el pelo verde y púrpura no son mi tipo. Tengo buena memoria para los números. Es una maldición –Noah la tomó de la mano–. En cuanto a mi novia… –se interrumpió y frunció el ceño–. Disculpa –sacó un pequeño objeto negro y rectangular de su bolsillo y lo miró.

–¿Qué es eso?

–Mi busca. Llamé al hospital y les dije que estaba en la ciudad por si surgía alguna emergencia.

–¿Emergencia?

Noah asintió mientras volvía a guardarse el busca.

–Vamos. Tengo el móvil en el coche.

Capítulo 9

NOAH se quitó los guantes esterilizados y la mascarilla. El recién nacido estaba vivo y había sido trasladado al nido. Su joven madre había estado a punto de desangrarse antes de llegar al hospital pero, afortunadamente, ya se estaba recuperando.

Tras lavarse la cara con agua fría, Noah se secó con una toalla. Cuando lo hubo hecho, vio su triste expresión mirándolo desde el espejo. ¿Por qué estaba tan apagado? A fin de cuentas, acababa de ayudar a salvar dos frágiles vidas. Una madre de catorce años a la que habían echado de casa por quedarse embarazada. Una chica asustada y desnutrida que había creído al chico cuando este le había dicho que la amaba y que quería casarse con ella, pero que ya era tan solo un amargo recuerdo, pues hacía tiempo que se había ido de Texas.

Noah veía con demasiada frecuencia aquella clase de casos en el hospital en el que trabajaba un día a la semana como voluntario. Dejó la toalla en la cesta del hospital y suspiró cansinamente. Esperaba que la joven Jonetta diera su hijo en adopción. Así este podría tener un comienzo seguro en la vida y ella dispondría de una segunda oportunidad para crecer como una adolescente normal.

En los tiempos que corrían, criar un hijo exigía dos salarios y dos padres comprometidos. No era trabajo para una niña de catorce años.

Giró varias veces los hombros para aliviar la rigidez que sentía en ellos. Tenía que cambiarse. Sally llevaba horas en la sala de espera de maternidad. Pensó en ella mientras se duchaba. Sabía que se había puesto demasiado pesado tratando de hacerle ver que no era bueno que tuviera un hijo sola, aunque sabía que, en el fondo, era una mujer muy responsable. Además, tenía talento para su arte, y vivía bien de él. En su opinión, algún día llegaría a ser conocida. Tras ver algunas muestras de su trabajo, estaba seguro de que no dejaría de recibir encargos en cuanto su fama se extendiera un poco. Había suficientes ricachones en Texas como para que tuviera trabajo durante décadas.

Recordó los trofeos que había visto en su estudio; fútbol, atletismo, bolos… Cuanto más tiempo pasaba con ella, más

consciente se hacía de que era una mujer que no necesitaba la ayuda de nadie en ningún aspecto de su vida.

–Eres toda una mujer –murmuró.

–Si te refieres a mí, Barrett –dijo una voz grave–, es que necesito un corte de pelo con mucha más urgencia de lo que creía.

Noah reconoció la voz de un colega y asomó la cabeza fuera de la ducha.

–No estaba hablando contigo, Butch, pero un corte de pelo no te sentaría nada mal.

Una risa gutural resonó en la sala de aseo de los médicos del hospital.

–Felicidades por la operación –dijo Butch–. He oído que la madre y el bebé están bien.

–Gracias. La chica ha tenido suerte de llegar aquí a tiempo –Noah volvió a meterse bajo la ducha. Era hora de olvidar su fijación por la señorita «No Necesito un Marido». Tal vez fuera cierto. Tal vez Sally era la excepción que confirmaba la regla–. Tal vez debería dejarla en paz –dijo en alto.

–¿Estás hablando conmigo?

–¡No! –Noah estaba exasperado consigo mismo. ¿A qué venía tanta preocupación por Sally Johnson? Sobre todo teniendo en cuenta que ella estaba deseando que acabara aquella farsa para librarse de una vez por todas de él.

Noah apenas habló de la cesárea de emergencia y de la joven madre y el bebé cuyas vidas había salvado aquella noche. Sally suponía que salvar vidas era algo habitual para él. Pero no lo era para ella. Estaba sentada en la mecedora de su cuarto, leyendo. Aunque era tarde, no había logrado dormirse. Noah estaba en la cama, de espaldas a ella. Parecía profundamente dormido. Evidentemente, salvar vidas debía resultar agotador.

Tras varios intentos frustrados, Sally tuvo que aceptar que no podía concentrarse en la lectura. Su mirada no dejaba de volar hacia la espalda de Noah. La pequeña lámpara que estaba utilizando para leer iluminaba con suavidad sus masculinos y tentadores músculos.

Su pelo brillaba incluso en la relativa penumbra reinante, limpio, suave y cruelmente tentador. Deseaba tocarlo, entrelazar sus dedos en él.

En el hospital, mientras esperaba, no había podido evitar escuchar a las enfermeras hablando sobre el atractivo médico y la

arriesgada operación que estaba realizando. Por sus sonrisas y disimuladas miradas cada vez que Noah salía al pasillo, era evidente que más de una habría estado encantada de recibir sus atenciones.

Una fuerte patada de Vivica la hizo volver al presente. El sobresalto hizo que el libro se le cayera de las manos y, como a cámara lenta, vio que este rebotaba en la cama y aterrizaba entre los omóplatos de Noah.

–¿Qué diablos…? –Noah giró sobre sí mismo y la miró con expresión adormecida–. Si quieres llamar mi atención, decir mi nombre funciona muy bien.

Sally se quedó petrificada, con la boca abierta y la mano curvada en el aire como si aún sostuviera el libro.

–Yo… no te lo he tirado –oír su propia voz pareció liberarla de su parálisis, y extendió las manos sobre su vientre–. Ha sido Vivica –sonrió al sentir que su hija seguía moviéndose–. Está organizando toda una fiesta. Ven a sentirla.

Noah dudó un segundo, sorprendido por la oferta. Sally también estaba un poco sorprendida, pero no se echó atrás. Noah salió de la cama y se acercó a ella. Solo llevaba puestos unos calzoncillos a rayas. Cuando se arrodilló a su lado, Sally empezó a arrepentirse de su ofrecimiento. Era demasiado peligroso tener cerca aquel cuerpo tan tentador.

–¿Estás sugiriendo que tu hija ha dado una patada tan fuerte al libro que ha volado hasta la cama y me ha golpeado? –la expresión de Noah era una mezcla encantadora de escepticismo y diversión.

–Te aseguro que no he sido yo –Sally indicó con la cabeza su vientre–. Adelante. Compruébalo por ti mismo –dijo, y tomó una mano de Noah para colocarla donde hacía un momento estaba la suya. Vivica dio le dio la bienvenida con un buen golpe.

Noah rio.

–¡Guau! Sospecho que va a ser la primera mujer en ocupar el puesto de delantero centro de los Dallas Cowboys.

–Lo dudo, porque va a ser astronauta.

–Qué lástima –bromeó Noah.

Sally hizo una mueca.

–Mi hija será una brillante científica y filósofa.

–¿Eso es todo? –preguntó él con expresión escéptica.

Sally alzó la barbilla.

–No, eso no es todo. También será una gran artista.

–Eso no lo dudo.

Hubo algo en el tono de Noah, algo tan absolutamente sincero,

que Sally se quedó mirando sus ojos. A la luz de la lámpara, parecían arder de emoción. Su sonrisa se desvaneció lentamente y tragó saliva. Podía acostumbrarse a ver a Noah así, sin camisa, con la mirada anhelante y animada mientras le acariciaba el vientre con sus manos grandes y capaces. Volvió a tragar.

–Gracias, Noah –susurró.

–Me alegro de estar aquí –dijo él con suavidad, y sonrió. Sally creyó que iba a besarla, pero la sensación duró solo un instante antes de que Noah carraspeara–. Eso me recuerda que debo ponerme el despertador –añadió.

–¿Por qué? –la pregunta surgió de los labios de Sally un poco tarde. De hecho, lo que quería saber era por qué había dicho Noah que se alegraba de estar allí. Su loco corazón esperaba una respuesta absurda y muy poco sabia: que le alegraba estar pasando sus vacaciones con una «soldadora» excéntrica y embaraza.

«¡Sí, claro, Sally! ¡Sigue soñando!».

–Prometí a Jonetta que pasaría a verla por la mañana. Es una niña asustada y está pasando una época muy dura. Me alegra haber podido serle útil cuando me ha necesitado –Noah se irguió–. Y tú debería dormir un poco –señaló el libro que había quedado sobre la cama–. Creo que Vivica quiere que dejes de leer por esta noche.

A Sally no le hacía gracia que la trataran como a una niña, especialmente Noah. Prefirió no analizar si su repentino enfado se debía al hecho de que Noah se alegrara de estar en Houston a causa de su joven paciente, en lugar de por ella.

–¡Gracias, doctor! –dijo en tono sarcástico–. ¿Qué sería de mí sin tus consejos?

El día siguiente trajo consigo una agradable sorpresa. Hubert se sentó. Se sentó para comer, y por la tarde se quejó de lo aburrido que estaba. De algún modo, Sally se encontró sentada junto a su cama con una mano de cartas de bridge pegadas al pecho. Noah, su compañero de partida, estaba sentado frente a ella. Abigail, compañera de Hubert en la partida, apenas se había quejado, tal vez porque le gustaba tanto jugar al bridge como deambular entre unas pirámides en ruinas.

A Sally no le gustaba demasiado jugar al bridge, pero sabía cómo hacerlo. Sin embargo, Noah estaba demostrando que era un jugador ingenioso y excepcional. Por muy hábil que fuera Abigail en el juego, desde el principio quedó claro que ganar a Noah iba a requerir una habilidad extraordinaria. Sally se preguntó si su abuela

podría hacerlo.

–Tu turno, cariño.

Sally miró a Noah.

–Ah… sí –echó un vistazo a sus cartas, indecisa–. Soy tan mala en esto… –un pensamiento cruzó su mente y miró a Abigail–. Sospecho que en lo referente al bridge he salido a mi madre. Era terrible. Por mucho que se empeñó papá, nunca llegó a jugar bien –quería mucho a su madre, pero aquello era cierto. Su padre era el experto en bridge de la familia.

La expresión de Abigail se oscureció un momento. Parecía triste, tanto que Sally tuvo que apartar la mirada. Se concentró en su mano y tomó una decisión difícil. Dejó una carta en la mesa y dedicó a Noah una mirada de disculpa.

–Espero que esto no complique demasiado las cosas.

Él le guiñó un ojo y Sally sintió que se acaloraba. Había veces en que la interpretación de Noah era demasiado real para su salud mental. Avergonzada, volvió la vista hacia su abuelo. Este estaba con los brazos cruzados y miraba a su esposa con el ceño fruncido.

–Juega –dijo, irritado–. Y más vale que lo hagas bien, porque ya sabes que te doblan.

–Chist –dijo Abigail–. Si hubieras tenido lo que habías declarado yo no tendría ahora tantos problemas.

Hubert miró a lo alto, exasperado, y tomó un vaso de agua que tenía sobre la mesilla de noche a la vez que murmuraba algo sobre no volver a jugar nunca más con ella. Sally tuvo la sensación de que había dicho aquello mismo un millón de veces a lo largo de los años.

Abigail jugó su carta y miró a Noah con expresión seria. Sally también lo miró, pero su expresión no revelaba nada. Además de jugar bien al bridge, sabía poner cara de póquer.

Tras unos segundos, él dijo:

–Casi me has hecho creer que podías doblar esos cuatro corazones, Abigail, pero… –arqueó una ceja para enfatizar la pausa y luego dejó sus cartas sobre la de ella–. Creo que tengo el resto. Si prefieres, podemos jugarlo.

Abigail miró las cartas de Noah, luego las suyas, y dejó escapar un gemido de derrota. Hubert refunfuñó y dejó el vaso sobre la mesilla con más fuerza de la necesaria.

Abigail sorprendió a Sally cuando alargó una mano y palmeó la de Noah.

–Muy buen juego, hijo. Para alguien que vive en un lugar tan rústico, juegas muy bien.

Sally observó el rostro de Noah para ver cómo se tomaba el malintencionado comentario. Se limitó a sonreír.

–Gracias, abuela –tomó las cartas de la colcha y empezó a barajar–. El bridge era una asignatura obligatoria en mi familia. ¿Estás dispuesta a recibir otra paliza?

–No, por favor –dijo Sally con un bostezo–. Son más de las once y Vivica y yo estamos agotadas.

Noah dejó de barajar.

–Por supuesto, pastelito –entregó las cartas a Hubert–. Jugad vosotros al gin –se levantó y fue hasta la silla de Sally para ayudarla a levantarse–. Buenas noches, abuela –pasó una mano por los hombros de Sally y la estrechó con afecto contra su costado–. ¿Qué tal va esa espalda, Hubert?

El anciano hizo una mueca.

–No va mal. Supongo que dentro de un par de días podré caminar… un poco.

El bufido de desprecio de Abigail fue muy poco aristocrático.

–Te refieres a caminar un poco por el campo de golf de St. Martin, ¿no, viejo farsante?

–Vamos, Abigail, no te pongas así –se quejó Hubert–. Aún me duele la espalda.

Sally y Noah salieron de la habitación antes de que Abigail contestara.

Sally movió la cabeza mientras pensaba en el comportamiento de su abuelo.

–Es asombroso. No puedo comprender cómo han pasado cinco mil años casados.

–Yo creo que son graciosos.

–¿Graciosos? –repitió ella, incrédula–. ¿Cómo puedes decir eso? –preguntó mientras entraban en el dormitorio–. La abuela no deja de meterse contigo –el brazo de Noah seguía sobre sus hombros a pesar de que ya habían cerrado la puerta, pero ella no se apartó–. Me encantaría ver la cara que pondría si supiera que estaba siendo grosera con un auténtico Barrett de Boston.

–Das demasiada importancia a esas cosas, Sally –dijo él, y apartó su brazo de ella. La habitación pareció enfriarse de pronto.

–¡No! ¡Son ellos los que dan importancia a esas cosas! Esa es la cuestión. Me gustaría ver a mi abuela siendo objeto del desprecio al que ella somete a otros. Le estaría bien empleado.

Noah apoyó ambas manos en los hombros de Sally.

–Tienes que superar esa rabia que sientes hacia tus abuelos. Es…

–¿Qué sabes tú de eso? –interrumpió Sally, irritada por su

actitud de sabelotodo–. ¿Qué puede saber de eso un auténtico Barrett que además es médico? ¿Te han demostrado alguna vez con palabras y hechos que no eres digno de que pierdan el tiempo por ti? –apoyó las palmas de ambas manos sobre su pecho y lo empujó para que se apartara de ella–. Mantente al margen de mis asuntos personales.

–Tú me has metido en ellos –le recordó él, ofendido–. Además, ser un Barrett de Boston no supone tantas ventajas como la gente cree.

–Ah, ¿no? –dijo Sally en tono irónico.

Él se encogió de hombros y fue a sentarse en el borde de la cama.

–No, porque nunca sabes si la gente está contigo porque sí, o con el fin de verse asociada al apellido Barrett.

Sally le lanzó una mirada iracunda.

–Pobrecito. Has tenido que cargar todo este tiempo con la dura prueba de pertenecer a la flor y nata de la sociedad de Boston. ¡No sabes cuánto te compadezco!

Noah la miró con dureza.

–El estigma llega hasta Texas –la señaló con la mano–. Incluso tú tienes prejuicios hacia mí porque me apellido Barrett.

–¡Ja! Cualquier vibración negativa que sientas por mi parte te la has ganado a pulso –espetó ella–. Desde el día que nos conocimos me has dicho que soy egoísta, que estoy cargada de prejuicios y que no estoy preparada para criar a mi hija sola. Ahora dices que mi reacción al modo despreciable en que mis abuelos se comportaron con mi madre y su familia es exagerada. Si haces lo mismo con todas las mujeres a las que conoces, no me extraña que sigas soltero.

Noah no habló durante largo rato, y Sally tampoco, aunque una vocecita en su interior no dejó de reprenderla por haber reaccionado así.

Finalmente, él se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas.

–Lo siento –murmuró.

Sally no podía creer lo que acababa de oír.

–¿Cómo?

Noah la miró con expresión seria.

–He dicho que lo siento. Estás tan preparada para criar a tu bebé como cualquier madre soltera que conozca.

Sally escuchó su solemne comentario y empezó a darle vueltas en la cabeza en busca de algún significado oculto, de alguna

trampa. Finalmente, cuando creyó haber encontrado la laguna, le dedicó una sonrisa cargada de cinismo.

–Eso es lo que se llama condenar con elogios, ¿no?

Noah la miró un momento antes de que sus labios se curvaran en una sonrisa tan cínica como la de ella.

–Sí. Por supuesto.

Capítulo 10

NOAH volvía de visitar a Jonetta y a su bebé, que se encontraban en perfecto estado. Afortunadamente, la joven madre había decidido entregar a su hijo en adopción. Noah había conocido a la pareja que iba a adoptar al niño y le había gustado de inmediato. Ambos lloraban de alegría mientras veían al recién nacido a través del cristal.

En cuanto entró en el vestíbulo de casa de Sally, el teléfono se puso a sonar. Miró su reloj. Eran las diez y media. Sally estaría en su estudio, trabajando en la cuna de Vivica. Descolgó el auricular. La persona que llamaba se identificó como un arquitecto y dijo que sus clientes habían aceptado el presupuesto de Sally para la barandilla de su escalera. Quería saber cuándo podían reunirse para hablar de los detalles. Noah tomó nota de un número de teléfono y dijo que le transmitiría el mensaje.

Acababa de colgar cuando oyó que se cerraba la puerta trasera.

–¿Sally?

–¿Sí?

–Has tenido una llamada.

Sally vestía un peto de maternidad y un jersey de cuello alto rosa. Sus mejillas tenían el mismo tono que el jersey a causa del calor. Unos mechones de pelo húmedo enmarcaban su rostro. Tomó la nota que le entregó Noah y la miró. Luego llenó un vaso de agua y lo bebió con fruición.

–Eso es mucho dinero –dijo él, impresionado.

Ella dejó el vaso en la encimera y respiró profundamente.

–Es un trabajo de seis meses –miró a Noah como retándolo a que sugiriera que estaba cobrando demasiado–. ¿Cuánto ganas tú en seis meses?

Noah sintió la punzada de su pregunta. Él ganaba más que eso, si era lo que Sally quería sugerir. Moviendo la cabeza, se acercó a la mesa y apoyó las manos en el respaldo de una silla.

–No pretendía sugerir que estuvieras cobrando demasiado –no sabía por qué pero, al parecer, no podía decir nada sin ofenderla. ¿Qué problema había? Normalmente solía llevarse bien con la gente. Lo intentó de nuevo–. Solo quería decir que si puedes cargar

esos precios por tu trabajo, este debe estar muy bien considerado.

Sally se apoyó contra la encimera y posó las manos sobre su abultado vientre. Miró a Noah con expresión escéptica. Al cabo de unos segundos, se encogió de hombros, como aceptando la posibilidad de que aquello fuera un cumplido.

–Lo cierto es que tampoco es un precio tan elevado. Pero me gano la vida.

–Debería serlo –dijo Noah.

Ella entrecerró los ojos.

–¿Qué quiere decir eso?

Noah se dio cuenta de inmediato de que ya estaba pensando de nuevo lo peor.

–Quiere decir que deberías cobrar lo que tú consideras un precio elevado, porque eres muy buena en lo que haces.

Sally lo miró como tratando de leer su mente. Luego suspiró y se apartó de la encimera.

–Gracias –dijo mientras se encaminaba hacia la puerta–. Supongo que será mejor que vaya a concertar esa cita.

Pasó junto a Noah con la atención puesta en la salida. Cuando ella salió, él se sirvió un café y se sentó a la mesa. Pudo oírla hablando por teléfono, pero no entendió lo que decía.

Sally rio por algo. El sonido de su risa fue alegre y demasiado desconocido. Su alegría y su musicalidad rodearon con sensual calidez el corazón de Noah y lo estrecharon.

Sally estaba teniendo un día duro. Había pasado la tarde en el estudio, trabajando en la cuna de Vivica, no solo porque iba a necesitarla pronto, sino porque estaba teniendo pensamientos inquietantes. El último cumplido de Noah no abandonaba su mente. Parecía realmente impresionado con su habilidad artística. Pensaba que sus creaciones eran valiosas, y el hecho de que trabajara con el metal no la situaba de modo automático ante sus ojos en una clase social inferior.

Tal vez fuera médico, pero se parecía muy poco a su estirado y arribista ex prometido. Y tampoco encajaba mucho con la idea que ella tenía de los Barrett de Boston. Se preocupaba de verdad por sus madres solteras e indigentes, como Jonetta y su recién nacido. No era un snob. En conjunto, Noah era un hombre sensible y cariñoso. Incluso debía admitir que tenía derecho a sus ideas sobre las madres que tenían hijos sin contar con una pareja. Después de todo, tenía información de primera mano sobre el tema y, sin duda, conocía

muchos casos terribles.

No debía olvidar que le había hecho un gran favor sacrificando una semana de vacaciones con su novia para ayudar en una farsa que ella empezaba a considerar estúpida e innecesaria. ¿Qué más daba que los Vanderkellen la aceptaran o no, o que ella les demostrara lo equivocados que habían estado respecto a su maravilloso padre? Lo creyeran o no, seguía siendo maravilloso. Además, su decisión de convertirse en madre era una decisión suya, y el hecho de que no estuviera casada solo era asunto de ella.

No sabía exactamente cómo, pero Noah también la había ayudado a darse cuenta de eso. Tal vez era debido al modo en que se comportaba estando con ellos. Simplemente era él mismo. No alardeaba de su apellido, ni de su profesión. Se había adaptado perfectamente a la situación y había sido muy servicial y, aunque la había sacado de quicio con sus comentarios, tenía derecho a expresarlos, sobre todo teniendo en cuenta que ella lo había arrastrado a aquella farsa. No muchos hombres habrían aguantado siete días y siete noches. Después de todo, su novia lo estaba esperando.

Experimentó una punzada de celos y trató de no pensar en ello. La vida amorosa de Noah era la última de sus preocupaciones. ¡Estaba a punto de dar a luz, por Dios santo! Iba a ser responsable de una vida humana. Cualquier fantasía lujuriosa debía ser reprimida, sobre todo porque el objeto de su deseo tenía intereses amorosos en otro lugar.

Se limpió el sudor de la frente. Hacía mucho calor en el estudio y llevaba mucho rato en él. Estaba trabajando en uno de los laterales de la cuna, cuyas barras representaban unas ramas cargadas de motivos florales. Sonrió mientras contemplaba su trabajo.

–Vas a tener una cuna preciosa, corazón –murmuró a la vez palmeaba cariñosamente su vientre–. Solo lo mejor para mi pequeña.

–Sally.

Al oír su nombre pronunciado por su abuela con el típico acento de Boston, Sally se sobresaltó. No había oído abrirse la puerta, porque solía tenerla entreabierta para refrescar el ambiente.

Se volvió con el ceño fruncido.

–¿Sucede algo malo?

Abigail caminó con cautela entre la maquinaria. Sally supuso que su abuela se sentiría mucho más cómoda en el taller de la casa Mercedes cuando iba a recoger su coche tras una revisión. Debía

temer que se ensuciara su vestido de seda gris.

Abigail se fijó en la cuna y siguió mirándola mientras avanzaba.

–No… no pasa nada malo. Noah me ha enviado para que te diga que la comida está lista.

Sally experimentó una punzada de remordimiento. Noah había preparado la comida. Debía encontrar un modo de compensarlo por todo aquello. Tal vez le gustaría tener en su casa una bonita verja de hierro, o un banco. No debía olvidar ofrecérselo.

–Ah, gracias –se quitó los guantes de trabajo y los dejó a un lado–. Ya estaba a punto de terminar –se quitó la gorra de béisbol y la dejó junto a los guantes–. Enseguida voy –se volvió para quitarse el pesado delantal. Al ver que su abuela no decía nada, se volvió–. ¿Querías algo más? –no lograba imaginar qué podía significar la expresión de inquietud de su abuela.

–Me… me preguntaba… –Abigail enlazó sus manos, claramente nerviosa–. Me preguntaba si… si podrías considerar la posibilidad de permitir que Hubert y yo formemos parte de la vida de tu hija –apartó la mirada un instante, como para darse valor, pero enseguida volvió a mirar a su nieta–. Sé que no lo merecemos, que nos hemos ganado tu desprecio, pero… –tragó saliva y se aclaró la garganta–. Pero significaría mucho para nosotros.

Sally miró a su abuela mientras un torbellino de emociones se agitaba en su interior. ¡Desde luego que se habían ganado su desprecio! ¡Y no merecían llegar a formar parte de la vida de Vivica! ¿Cómo se atrevían a caer por allí una tarde, a obligarla a que los acogiera durante una semana y luego a pedirle que les permitiera formar parte de la vida de su hija? Miró a su abuela con expresión iracunda, sin saber muy bien cómo expresar su aborrecimiento, su rechazo. Quiso pronunciar un rotundo «ni hablar», pero no logró encontrar su voz.

¿Cuántas veces durante su adolescencia fantaseó con que sus anhelados abuelos rogaban que les permitiera estar con ella y ella los rechazaba? ¿Qué problema había? ¿Dónde estaba la mordaz reprimenda que tantas veces había imaginado dedicarles?

Tras un par de intentos frustrados de decirle a su abuela exactamente lo que podía hacer con su petición, Sally vio que Abigail movía la cabeza como renunciando a obtener una respuesta.

–Por supuesto, por supuesto. Comprendo tus sentimientos. Tienes todo el derecho a despreciarnos –respiró profundamente, con la clara intención de mantener la compostura. Señaló la cuna–. Es preciosa –volvió a mirar a su nieta y dijo–: Me encantaría encargarte algo de tu trabajo, Sally. Como ya sabes, estamos

redecorando nuestra casa en Boston. ¿Querrás plantearte la posibilidad de hacerlo? Pagándote, naturalmente. A Hubert y a mí nos encantaría tener una de tus creaciones. Tienes mucho talento.

–Lo heredé de mi padre –replicó Sally con frialdad.

Abigail pareció desinflarse al oírla y bajó la mirada hacia sus manos cargadas de joyas.

–Debió ser… una persona estupenda –miró a Sally con tristeza–. Supongo que te alegrará saber que Hubert ha salido de la cama y está caminando. He llamado al aeropuerto y podemos tomar un vuelo esta noche para encontrarnos con nuestro crucero en St. Martin. Tú y Noah habéis sido muy generosos con… –su voz se quebró, pero no apartó la mirada–… con nosotros. Nos iremos en cuanto hayamos comido.

Se volvió y, sin decir nada más, salió del estudio.

La justificada ira de Sally se disipó poco a poco y dejó en su lugar una sensación de incertidumbre. ¿Había dicho realmente su abuela lo que había creído oír? ¿Se iban?

¿Esa noche?

Miró la puerta abierta, atormentada por un repentino arrebato de emociones conflictivas. Si ellos se iban, entonces Noah también se iba.

Para seguir hasta el final con la farsa, Sally y Noah acompañaron a los Vanderkellen al aeropuerto.

Sally se alegraba de que sus abuelos se fueran, y no entendía por qué aquel breve trayecto de despedida le producía aquella sensación de pesar. ¿Por qué no estaba charlando alegremente? ¿Por qué no dejaba de ver en su mente la expresión de tristeza de Abigail cuando le había pedido que le dejara formar parte de la vida de Vivica? ¿Por qué? Hubert y Abigail se habían ganado a pulso un lugar «fuera» de su vida. ¿Por qué iba a plantearse ni por un segundo compartir su bebé con ellos?

En la puerta de embarque se mordió el labio inferior mientras Noah deseaba buen viaje a sus abuelos. Cuando se oyó el aviso para que los pasajeros embarcaran, Noah estrechó la mano de Hubert y besó a Abigail en la mejilla. Sally se quedó horrorizada al ver que sus ojos brillaban. ¡Su abuela estaba a punto de llorar! Algo en su interior se rompió en mil pedazos. Tal vez se trataba de la barrera que tanto le había costado alzar a lo largo de los años para protegerse del desdén de aquellos egoístas desconocidos que eran sus abuelos.

Pero de pronto ya no eran unos desconocidos, y pudo ver el dolor y el arrepentimiento en la expresión de su abuela. Unos ojos que eran la viva imagen de los de su madre. Incluso Hubert parecía más pequeño y frágil.

Cometieron un grave error cuando dieron la espalda a su hija. Sally pudo ver en sus expresiones cuánto habían pagado por ello. A su modo, rígido y lastimoso, estaban pidiendo perdón y una oportunidad para volver a relacionarse.

Sin darse tiempo a considerar la sabiduría de su decisión, Sally abrazó a su abuela.

–Adiós –dijo, con la voz áspera por la emoción–. Te llamaré cuando haya dado a luz –se apartó para dar un rápido abrazo a su abuelo–. Espero que lo paséis bien, y cuídate esa espalda.

A continuación tomó a Noah de la mano y se alejó a paso ligero mientras parpadeaba para contener las lágrimas.

–Vaya, vaya –dijo Noah–. Eso ha estado muy bien.

Sally se limpió una lágrima con el dorso de la mano.

–Ha sido debilidad.

–¿Debilidad?

–Al parecer, no tengo el suficiente coraje para mantener mis convicciones.

Noah le hizo detenerse.

–Claro que tienes coraje, Sally –apoyó una mano bajo su barbilla y le hizo alzar el rostro–. Y también has demostrado tener una gran clase –pasó un brazo por sus hombros–. Pero tengo que preguntarte una cosa.

–¿Qué? –dijo ella con suavidad.

–¿Qué piensas decirles a tus abuelos de mí? ¿Que ya no somos tremendamente felices? ¿Que te dejé antes de que naciera el bebé?

Sally suspiró.

–Les diré la verdad.

–¿Sobre la inseminación artificial?

–Sí. Después de todo, la abuela tuvo el mismo problema que la mayoría de las mujeres de mi familia.

–Pero tú no.

–Bueno… todavía no. Pero más vale prevenir.

Noah sonrió, pero no dijo nada. Ya en el coche, preguntó.

–¿Vas a decirles que no me llamo Noah Step, sino Noah Barrett?

Sally permaneció un momento pensativa.

–Probablemente no.

–¿Y vas a perderte la oportunidad de ver la cara que pone tu abuela?

–Supongo que sí –Sally suspiró y, al ver que Noah sonreía, preguntó–: ¿Qué es tan divertido?

–Nada –Noah la miró y su sonrisa hizo que ella sintiera una inmediata calidez por todo el cuerpo–. Pero te agradezco que no me utilices.

Sally se sintió confundida al oírlo.

–Pero si te he utilizado durante una semana…

–Me refiero al asunto del apellido.

Salió asintió al comprender y sonrió a pesar del peso que sentía en su corazón.

–De nada.

Experimentó una dolorosa contracción e hizo un gesto de dolor. «Estupendo. Otro falso aviso de parto». Cerró los ojos, soportó el dolor en silencio y se concentró en el agradable olor de Noah.

Al día siguiente tomaría su vuelo para Aruba. Se mordió la mejilla mientras la contracción continuaba.

En aquellos momentos prefería no pensar en las «prácticas» de su cuerpo ni en la marcha de Noah. Aspiró con fruición su fragancia y se permitió por un momento la absurda fantasía de que Vivica iba a llegar al mundo con padre y madre.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Noah.

Sally asintió.

–Tan bien como podría esperarse –contestó sin abrir los ojos. Incluso con aquellos dolores, sabía que atesoraría en su corazón durante mucho tiempo aquel trayecto de vuelta a casa con Noah.

Se negaba a permitir que la palabra amor entrara en su cabeza, aunque le estaba costando verdaderos esfuerzos. No podía permitirle entrar. Si lo hacía, sabía que le causaría un dolor tan profundo que no podría soportarlo.

Capítulo 11

SALLY recordaba claramente que le había dicho a Noah que no volvería a molestarlo de nuevo con sus falsos dolores de parto. Por desgracia, los que estaba sintiendo no parecían falsos en lo más mínimo. Había estado cronometrando las contracciones que sentía desde hacía dos horas y estas se habían vuelto alarmantemente regulares. Le venían cada cinco minutos.

Estaba tumbada en su lado de la cama, rodeada de almohadas y sola. Ya que no había necesidad de seguir disimulando, Noah había recogido sus cosas y se había trasladado al otro dormitorio. Ni siquiera habían hablado de ello.

Absurdamente, ella se sentía abandonada, y no dejaba de preguntarse cómo podía ser tan tonta.

Se mordió el labio inferior. Según lo que había leído y lo que le habían contado en las clases, el hecho de que las contracciones fueran tan regulares y tan frecuentes era un signo de que el verdadero parto había empezado. ¿Estaría planeando Vivica salir al mundo tres semanas antes de la fecha prevista? Suponía que esas cosas pasaban, incluso con el primer hijo.

Tras unos minutos más de vacilación, hizo un esfuerzo y se sentó en la cama. Debía llamar a su médica para preguntarle qué debía hacer. Salió de la cama y se puso la bata y las zapatillas. Luego bajó a llamar por teléfono. Dejó el recado en la consulta de su médica y le dijeron que esperara unos minutos a que esta la llamara. La espera no se prolongó más allá de un minuto, pero a Sally se le hizo eterna. Descolgó el auricular sin apenas darle tiempo a sonar.

–¿Doctora Plattan?

Describió sus síntomas y la doctora le dijo que debía ir al hospital. Cuando colgó se volvió con intención de ir a despertar a Noah, pero no fue necesario. Estaba en lo alto de las escaleras.

–¿Estás de parto? –preguntó mientras se metía la camisa por la cintura del pantalón.

Sally se quedó sorprendida con su aparición y sus aparentes habilidades adivinatorias.

–Eh… sí. Es posible. Mi médica piensa que debería ir al hospital –hizo una mueca de dolor al sentir otra contracción–. Tengo que

cambiarme –murmuró.

Noah bajó las escaleras a toda prisa.

–¿Tienes tu neceser en el coche?

Sally asintió

–En ese caso, vámonos –Noah la tomó en brazos–. Mañana, cuando vaya al aeropuerto, pasaré a llevarte algo de ropa.

Ella no estaba en condiciones de discutir. Su energía estaba concentrada en respirar para aliviar el dolor.

Un momento después estaba sentada en el coche junto a Noah. Una vez más, se alegró de que estuviera allí. Conseguir un taxi en las afueras solía resultar complicado y lento, y sospechaba que su hija no tenía intenciones de esperar mucho para nacer.

–¿Cómo estás? –preguntó Noah.

–Creo que voy a tener un bebé –murmuró ella entre dientes.

Él frunció el ceño.

–¿Has roto aguas ya?

–No, y preferiría no hacerlo hasta que llegáramos, así que no le des ideas a mi cuerpo.

Noah no la miró mientras aceleraba.

–No te preocupes. Llegaremos a tiempo, pero si decides dar a luz en el camino, recuerda que soy médico.

Sally mantuvo los ojos cerrados y trató de relajarse.

–Tú concéntrate en que lleguemos.

–¿Pero qué diablos…? –la pregunta incompleta de Noah hizo que Sally abriera los ojos.

–¿Qué sucede?

Él señaló hacia delante a la vez que reducía la marcha.

–Parece que hay un atasco.

Sally vio que había un coche de la policía de tráfico bloqueando la carretera, lo que hacía pensar que algo no marchaba bien por delante.

Un policía hizo señas para que se detuvieran. Noah bajó la ventanilla.

–¿Qué sucede? Me dirijo al hospital con una mujer que está a punto de dar a luz.

El policía se inclinó para mirar por la ventanilla. Sally le dedicó una débil sonrisa justo antes de que otra contracción atenazara su vientre.

–Lo siento, señora –el agente se llevó una mano al sombrero a modo de saludo y luego señaló hacia delante–. Un camión lleno de ganado ha volcado y se ha organizado un atasco terrible. Me temo que aún van a tener que esperar un par de horas para poder seguir –

miró a Sally con gesto preocupado–. No sé, señora. Tal vez debería pedir que le mandaran el helicóptero de emergencia. Es la única posibilidad que veo de que llegue a tiempo.

Noah asintió despacio y, tras dar las gracias al agente, giró el coche de nuevo en dirección a casa de Sally.

–¿Y ahora qué? –preguntó ella.

Noah le dedicó una mirada a la vez compasiva y decidida.

–Vamos a tener un bebé.

–¿«Vamos»? –repitió Sally. No le gustaba aquel plural. La idea de que Noah la ayudara en el parto era demasiado… íntima–. Lo que vas a hacer es llamar al helicóptero.

–¿No te fías de mí?

Sally no sabía cómo expresar lo que estaba sintiendo.

–No es eso… es solo que… tú no eres mi médico –aquello era cierto, pero no era lo que la preocupaba.

–El helicóptero es para casos de vida o muerte, Sally. ¿Te ha comentado tu médica en algún momento la posibilidad de que haya problemas en el parto?

Sally se preguntó si debía mentir para conseguir el helicóptero. ¿Iba a atreverse a insistir en ello sabiendo que en cualquier momento podía producirse un accidente grave ? La única posibilidad de supervivencia de una víctima podía perderse por su mojigata actitud. No, no podía correr el riesgo de ser la responsable de una tragedia que no tenía por qué suceder.

–Bueno… no –murmuró–. Supongo que la doctora Plattan esperaba que todo fuese normal.

–Bien –aunque la expresión de Noah siguió siendo seria, le dedicó una sonrisa que afectó a Sally de un modo demasiado parecido a un afrodisíaco para las circunstancias en las que se encontraba–. He traído al mundo cientos de niños. Prometo traer a Vivica al mundo con todos los deditos de sus manos y de sus pies.

No era aquello lo que preocupaba a Sally. Intuía que Noah era un médico maravilloso, pero eso no bastaba para tranquilizarla. Se movió en el asiento, incómoda.

De vuelta en la casa, Noah volvió a tomarla en brazos para llevarla al interior.

–Tal vez, si esperamos un poco aún podamos llegar a tiempo al hospital –dijo ella, cada vez más inquieta.

Noah empujó la puerta con el hombro para pasar al interior.

–Más vale que lo consultes con Vivica. Puede que ella tenga otros planes.

Antes de que Sally se diera cuenta, Noah la había dejado en la

cama.

–Aguanta mientras voy por unas toallas.

Ella fue a protestar, pero una nueva contracción la dejó sin aliento.

–Respira –se dijo–. Ya conoces el ejercicio. Respira.

Cuando regresó, Noah acercó la mecedora a la cama, se sentó y tomó la mano de Sally. Ella lo miró.

–He llamado a tu médica y le he explicado la situación.

–¿Qué ha dicho? –preguntó ella, con la vana esperanza de que la doctora Plattan hubiera dicho que pidieran el helicóptero de inmediato.

Noah sonrió.

–Ha dicho que le dieras un beso a Vivica de su parte.

Sally cerró los ojos y gimió. Aquello parecía una conspiración.

–Este parto va a ser totalmente natural –dijo Noah–. No tengo nada para aliviar el dolor.

Sally lo miró con el ceño fruncido.

–Podrías darme en la cabeza con una silla.

Él la miró con expresión a la vez seria y tierna.

–¿Recuerdas los ejercicios de relajación?

Ella asintió y cerró los ojos.

–Dijiste que te salían muy bien –añadió Noah–. Este sería un buen momento para demostrarlo –apartó con delicadeza un mechón de pelo de la frente de Sally, quien, a pesar del dolor, experimentó un caprichoso cosquilleo de deseo.

–Pides mucho –dijo, pero sabía que Noah tenía razón. Si no, ¿para qué había acudido a todas aquellas clases? Sabía lo que hacer, de manera que asintió–. De acuerdo.

Él sonrió y ella sintió que su sonrisa le llegaba a lo más hondo. Nunca habría creído que la vida pudiera complicarse tanto en una sola semana. Al día siguiente tendría a su querida hijita, el bebé que tanto había deseado, el regalo más maravilloso que pudiera imaginar.

Debería sentirse completamente satisfecha… y así habría sido hasta hacía muy poco tiempo. Creía que todo lo que necesitaba para tener una familia feliz era a su bebé y a sí misma.

Y sabía que cuando tuviera a su niña en brazos se sentiría encantada. Pero de pronto, y con total claridad, también supo que ni el tiempo ni el amor por su hija sanarían su corazón herido.

Pues al día siguiente Noah ya no estaría con ella.

Cuando Sally despertó al día siguiente, el sol brillaba en el exterior y la brisa balanceaba con suavidad los visillos de la ventana. Estaba cansada, pero también feliz. Bajó la mirada y vio a su bebé, que miraba con los ojos abiertos de par en par el mundo al que había salido poco antes del amanecer.

Besó su cabecita, cubierta de un halo de cabellos rubios de bebé. Aspiró con fruición su aroma a bebé y su mente volvió a las horas que había pasado con Noah antes del amanecer. Había sido maravilloso ayudándola durante el parto y, muy lejos de resultar vergonzosa, la experiencia había sido totalmente natural.

Después de haber pasado por ello sabía que no habría querido que su primer bebé llegara al mundo de otro modo, o con la ayuda de otra persona. Noah había dado la bienvenida al mundo a Vivica hablándole con infinita delicadeza. Luego la había limpiado y envuelto en una de las mantas especiales que Sally tenía previstas para aquella circunstancia.

Pero el mejor momento de todos fue cuando se la entregó.

Sally estaba agotada, pero también feliz. Nunca olvidaría el modo en que Noah había besado la pequeña frente de Vivica. Luego se inclinó y besó a Sally en la comisura de los labios.

–Siento que he formado parte de algo muy especial esta noche –murmuró.

Luego se fue para que madre e hija pudieran dormir un poco.

Él también necesitaba dormir, por supuesto. Sally no lo culpaba por ello. Pero no podía esperar a verlo de nuevo, a abrazarlo, a darle las gracias y decirle que por supuesto que había formado parte de algo muy especial. La experiencia había sido impresionante. El nacimiento de Vivica, sus primeros gritos, los ojos brillantes de Noah y su dulce sonrisa… Él había hecho que la llegada de su hija al mundo resultara aún más extraordinaria de lo que había esperado.

Bostezó y se estiró perezosamente. Teniendo en cuenta que hacía pocas horas que había dado a luz una niña de tres kilos seiscientos gramos, se sentía sorprendentemente bien. Movió la cabeza y sonrió a su hija.

–¿Cuánto habrías pesado si hubieras nacido cuando se suponía que tenías que haberlo hecho, jovencita?

Vivica bostezó y agitó sus manitas en el aire.

Sally oyó pasos en el pasillo y su corazón latió más deprisa. Noah se acercaba. Una cálida mano envolvió su corazón. Ya sabía sin la más mínima duda que sus sentimientos por Noah no se debían a la hiperactividad de sus hormonas, como había tratado de decirse

a sí misma. No. En algún momento de aquellos siete días se había enamorado perdidamente del hombre al que había arrastrado a aquella absurda farsa. Abrazó a su hijita y la besó en la frente.

–¿Crees que podemos atrevernos a esperar que él también nos ame? –susurró. En aquellos momentos, con su niñita en brazos, cualquier cosa parecía posible.

Noah y ella habían pasado por una experiencia muy especial, íntima y única. Por supuesto, él había asistido a muchos partos antes, pero ella sentía que aquel había sido diferente para él. Lo había percibido en el brillo de sus ojos, en el timbre de su voz, en su beso, por casto que hubiera sido. En su corazón, sabía que Noah sentía algo muy real por ella.

–Adelante, Noah –dijo cuando oyó una suave llamada en la puerta–. Puedes dejarte de formalidades –añadió, sonriente.

La puerta se abrió y la sonrisa se esfumó al instante del rostro de Sally. No era Noah, sino una mujer vestida de blanco la que había subido al dormitorio.

–¿Señora Johnson?

Sally se quedó mirándola un momento.

–No. Señorita Johnson. ¿Quién es usted?

La mujer pasó al interior y cerró la puerta a sus espaldas. Su vestido blanco resultó ser el uniforme de una enfermera. La mujer era una robusta matrona de pelo gris, con gafas y una agradable sonrisa.

–Soy Agnes Himes. El doctor Barrett me ha contratado para que la ayude unos días –mientras hablaba, la enfermera ya estaba recogiendo la habitación–. ¿Le apetece desayunar, cariño?

Sally negó con la cabeza, más por lo confundida que estaba que para responder a la pregunta.

–¿Dónde está Noah? –quizá lo hubieran llamado para atender una urgencia.

La enfermera se acercó a la cama y apoyó una mano en su frente.

–Se fue hace una hora. Creo que tenía que tomar un avión.

Sally sintió que su corazón se hundía en un profundo abismo. Las vacaciones. Las vacaciones que Noah iba a pasar con su novia.

Su mirada se oscureció y tuvo que parpadear para contener las lágrimas.

–Ah, sí. Lo… lo había olvidado.

La enfermera se irguió y sonrió.

–Tiene una hija preciosa, señorita Johnson.

–Gracias –la felicidad que Sally sentía hacía unos momentos se

había esfumado–. Llámeme Sally, por favor.

–Y tú a mi Agnes, cariño –la enfermera alisó su inmaculado uniforme–. Debes tomar líquidos. ¿Qué te parece si te traigo un buen zumo de naranja?

Sally asintió, aunque en aquellos momentos no sentía el más mínimo interés por la comida. Pero si así se libraba por unos minutos de la mujer, tanto mejor.

–Me parece muy bien. Y también quiero tomar un poco de avena con leche –añadió para tener más tiempo.

–Estupendo. Luego empezaremos con los pasos básicos para alimentar a tu preciosa Vivica.

Sally solo pudo asentir, pues un intenso pesar atenazaba su garganta. Noah se había ido. Ni siquiera había esperado para despedirse. Al parecer, aquel acontecimiento no había sido tan especial para él como ella había creído. Probablemente, todas las madres entraban en un pequeño proceso de delirio cuando daban a luz. ¿Por qué iba a ser ella diferente?

La enfermera salió de la habitación y cerró la puerta. Sally lo agradeció, porque ya se sentía incapaz de contener las lágrimas. Su tristeza se había convertido en un nudo agobiante y angustioso en su interior, mucho más doloroso que cualquiera de las contracciones que había experimentado.

Con un sollozo acunó a su pequeña Vivica contra su pecho.

–Ay, corazón… –su voz se rompió y tuvo que tragar varias veces antes de poder continuar–. No acabes convirtiéndote en una tonta romántica como tu madre.

Capítulo 12

SALLY y su hija estaban empezando su segunda semana de una nueva tradición familiar. Los domingos por la tarde quedaban reservados para picnics en el jardín delantero, bajo la sombra de los almendros. La mayor parte del año estos no estarían en flor como aquel día, de manera que las flores blancas que cubrían el árbol hacían que aquella tarde de picnic fuera especial. Sally estaba sobre una manta de cuadros, apoyada hacia atrás sobre sus manos y mirando los delicados capullos que anunciaban la llegada de la primavera. Vivica estaba a su lado, dando patadas al aire con sus piececitos desnudos.

La niña gorjeó y Sally la miró, sonriente. Acercó un dedo a ella y su hija lo aferró con fuerza.

–¿Aún no tienes sueño, cariño? –la pequeña Vivica ya había comido, de manera que al cabo de poco rato estaría dormida. Bostezó aparatosamente–. Sí, es hora de que mi niña eche su siesta.

Tomó a su hija en brazos y la arrimó a su pecho a la vez que empezaba a tararear una nana. Inhaló su agradable aroma a bebé y se balanceó con suavidad hacia delante y hacia atrás para mecerla. Apenas llegaban ruidos de aquella apartada carretera, y si algún coche se acercaba, lo más habitual era que se tratara de alguna visita. Pero aquello sucedía raramente, ya que Sam solía estar muy ocupado y ella llevaba una existencia relativamente solitaria. Pero no le importaba. Tenía su trabajo y a su hija.

Los pájaros cantaban en los árboles y la brisa mecía las ramas. Hacía un día cálido y el olor a tierra, hierba y flores lo invadía todo. Sally no podía imaginar un lugar más encantador en la Tierra, ni un modo más agradable de pasar un domingo por la tarde.

Pero lo cierto era que sí le habría gustado poder introducir un cambio en aquella idílica imagen. El rostro de Noah afloró en su mente, desobediente, como insistía en hacer cientos de veces cada día. Noah Barrett, su marido de alquiler, que había entrado en su vida durante una semana para transformarla para siempre, que la había ayudado a traer al mundo a la preciosa Vivica. Después, el hombre al que amaba en silencio y sin esperanza se había ido tan inesperada y rápidamente como había llegado.

Sam había vuelto de sus vacaciones la semana anterior y había pasado por allí para conocer a la pequeña Vivica. Cuando, incapaz de contenerse, Sally le preguntó por Noah, se encogió de hombros y dijo que no había visto ni a Noah ni a Jane durante las vacaciones.

Sally se arrepintió de haber preguntado. ¿Acaso necesitaba saber que Noah y su amada habían estado tan ocupados celebrando su reencuentro que él no se había molestado en ir a bucear con su compañero en sus vacaciones dedicadas al buceo? Por mucho que tratara de evitarlos, aquellos pensamientos no dejaban de pasar por su cabeza.

Miró a su hijita, que ya había cerrado los ojos. Apartó a un oscuro rincón de su corazón los pensamientos sobre Noah, la besó en la frente y la dejó con gran delicadeza sobre la manta. Vivica se echaría una larga siesta y ella podría comer y leer un poco antes de adormecerse escuchando a los pájaros.

Los sueños de Sally estaban estropeando su descanso. Una vez más, el rostro de Noah apareció en ellos, y también su voz y su olor. Qué injusto. Qué cruel. ¿Acaso le iba a ser imposible volver a dormir sin verse perseguida por su imagen, sus palabras, su propia esencia?

En su sueño, alargó una mano y lo abofeteó.

–¡Ay!

Sally frunció el ceño al sentir que la mano le ardía. Abrió los ojos y se quedó sorprendida al ver algo por encima de ella además de las flores de los árboles.

Se trataba de un rostro. Un rostro conocido, atractivo, que la miraba con expresión de duda.

–¿Noah? –dijo, tan sorprendida de oír su nombre como de estar viendo su imagen.

Él apoyó la palma de una mano en su mejilla.

–¿Debería alegrarme de que no supieras quién era antes de que me dieras la bofetada?

Ella se quedó mirándolo, sin atreverse a tener esperanzas.

–¿Qué…? –se apoyó sobre los codos para erguirse–. No te he oído… pensaba que estabas… –tragó saliva, demasiado confundida como para comprender lo que estaba pasando. Movió la cabeza y luego volvió a mirar a Noah. Sí, parecía ser él–. ¿Qué sucede?

Noah se sentó con ella en la manta, serio.

–He venido porque necesito quitarme un peso de encima –miró a la niña y su expresión se suavizó–. Es preciosa –volvió a mirar a

Sally–. Y tú tienes un aspecto estupendo –sus labios esbozaron una sonrisa, pero enseguida volvió a ponerse serio.

Ella se aclaró la garganta.

–¿Qué te hace pensar que pueda estar interesada en escuchar lo que quieres contarme?

Noah se apoyó en un brazo y sus dedos quedaron muy cerca de la pierna de Sally. Por alguna extraña razón ella fue incapaz de moverse. Reprendió en silencio a su cuerpo por ser tan traidor.

–Te guste o no, vas a escucharme –dijo él con firmeza–. Tienes un gran defecto, Sally.

Ella apretó los dientes. Estupendo. Aquello era justo lo que necesitaba para entrar en acción.

–Gracias por su aguda perspicacia, doctor, y ahora, si me…

–No me interrumpas –el tono de Noah fue tan dominante que Sally cerró la boca y se quedó mirándolo–. No te conozco hace mucho tiempo, pero hemos pasado por suficientes cosas juntos como para saber de qué estoy hablando –se inclinó hacia delante e invadió el espacio de Sally pero, por algún extraño motivo, ella no fue capaz de apartarse. Una parte de sí misma estaba encantada con la cercanía de Noah y anhelaba sus caricias, sus besos–. Sally –continuó él–, tienes la mala costumbre de guardar rencor a las personas que te menosprecian.

Ella se quedó anonadada por su audacia. ¿Cómo se atrevía a ir allí para criticarla? Abrió la boca para decirle dónde podía meterse su opinión.

–¡No! –la orden de Noah fue tan vehemente que Sally se limitó a apretar las mandíbulas y a fulminarlo con la mirada–. Ese rencor es un mecanismo de defensa. Lo utilizaste contra tus abuelos durante muchos años. Me alegró comprobar que lo superaste después de conocerlos un poco más. Me sentí orgulloso de ti.

A Sally le hervía la sangre, pero el «me sentí orgulloso de ti» fue como un cubo de agua fría sobre su rabia. De todos modos, le quedaba suficiente fuego para darle una respuesta adecuada. ¡En cuanto Noah terminara su pequeño discurso de reprimenda se iba a enterar!

–También deberías superar tu antagonismo a los médicos –dijo Noah–. No tienes por qué culpar a todos los médicos solo porque un cretino que se graduó casualmente en la facultad de Medicina hiciera que te sintieses como una ciudadana de segunda clase. No tienes nada de qué avergonzarte, y nunca lo has tenido. Odia a los cretinos si quieres, pero déjanos tranquilos a los demás.

Sally se sentía confundida. ¿Qué estaba haciendo Noah? De

algún modo, su severa reprimenda se había transformado en una alabanza. Lo miró con escepticismo.

–Ahora puedes hablar –concluyó él con más suavidad.

–De acuerdo. Yo… no te odio –dijo ella, con más cautela que enfado–. ¿Eso es todo?

–No –replicó Noah–. Eso no es todo –cuando la tomó de la mano, Sally se sorprendió tanto que dio un gritito ahogado. Él pareció momentáneamente desconcertado, pero enseguida se recuperó–. Voy a decirte esto directamente, ¿de acuerdo?

Ella estaba tan confundida que no sabía qué decir. Al parecer, su cerebro había quedado inutilizado a causa del contacto con la mano de Noah.

–De… de acuerdo –susurró.

Él estrechó su mano con suavidad.

–Cásate conmigo, Sally –la breve petición de Noah surgió cargada de ternura y pasión. Su expresión era una mezcla de deseo y vulnerabilidad. El efecto resultaba deslumbrante, y Sally solo fue capaz de mirarlo, pues las increíbles palabras que acababa de escuchar la habían dejado paralizada.

–Te quiero –añadió él con suavidad.

Ella pensó que tenía una voz maravillosa, profunda y clara. Pero tenía dificultades con lo que le estaba diciendo aquella voz. Creía haber escuchado algo parecido a «te quiero», pero no se atrevía a creerlo.

–¿Sally? –Noah apoyó las manos en sus hombros–. Déjame ser el padre de Vivica. La noche en que diste a luz sentí… supe que la única mujer que podía haber en mi vida eras tú. Pero tenía que ir a… –dejó la frase sin concluir y movió la cabeza–. He pasado esta semana solo, caminando por la playa, tratando de buscar un modo de decírtelo, de convencerte, de darme la oportunidad… –dos profundas arrugas de preocupación aparecieron entre sus ojos, como si estuviera buscando las palabras exactas. Se aclaró la garganta–. Tú eres lo que tanto tiempo llevaba buscando, Sally. Te necesito en mi vida. Necesito poder perderme cada noche en la calidez de la sonrisa amorosa de una mujer inteligente. En tu sonrisa, mi amor –se inclinó hacia ella y la besó con delicadeza en los labios–. Sé que dijiste que no necesitabas un padre para Vivica, y sé que eres capaz de criarla sola. También se lo que piensas de los médicos. No soy ninguna ganga, Sally. Si aceptas casarte conmigo, tendrás un marido al que podrán llamar para acudir al hospital a cualquier hora del día o de la noche, o justo antes de las vacaciones, pero…

–Sí.

Noah se interrumpió, desconcertado.

–¿Qué?

Sally sonrió. ¡Noah la amaba! ¡Quería ser el padre de Vivica! El cielo había abierto sus puertas y le había permitido entrar en el paraíso. Deslizó las manos en torno a la cintura de Noah y susurró junto a su oído:

–Sí, cariño. Me casaré contigo –tras besarlo en los labios, murmuró–: Y por cierto, te quiero.

Cuando Noah la rodeó con sus brazos, Sally se sintió plenamente viva y feliz por primera vez en su vida, y decidió que podía confiar a aquel hombre maravilloso un secreto que nunca había contado a nadie.

–Más vale que lo sepas cuanto antes –dijo–. Quiero tener tres hijos antes de cumplir los treinta –respiró profundamente y miró a Noah con timidez–. Si quieres retirar tu oferta, dímelo ahora.

Él rio y la sentó sobre su regazo.

–Solo puedo decirte una cosa, pastelito… –la tierna y amorosa mirada que dedicó a Sally estaba llena de promesas–. Si queremos conseguir lo que pretendes, no tenemos un minuto que perder.

Incluso a pesar de los ajetreados horarios de Noah, lograron su propósito. Después de Vivica llegó William, y el día que cumplía treinta años Sally dio a luz a Cynthia.

En cuanto a Abigail y Hubert, acabaron por recuperarse del asombro que les produjo averiguar que su nieta se había casado con un Barrett de Boston. Luego encargaron a Sally una fabulosa barandilla de hierro forjado que mostraban a sus invitados sin dejar de mencionar ni una sola vez que había sido hecha por su «brillante y talentosa nieta».

Y las únicas ocasiones en que los Barrett de Houston aparecían en las páginas de sociedad de la prensa era cuando visitaban a su familia en Boston.

Algunas cosas no cambian nunca.